

Pluma en ristre

PRIMERA EDICIÓN

SANTIAGO

IMPRENTA CHILE

Morandé 767 - Casilla 120

1925

A mi querido y
respetado amigo D. José
Miguel Salmerón que, padre es
nuestro de más de uno de estos
artículos, con el sincero afecto de
M. Ant. Pichó

PLUMA EN RISTRE

Julio 24/25.



ESTAS CRÓNICAS

A pesar de su cara de Cristo de anticuario, Jenaro Prieto es un espíritu griego, como Camba en España.

La risa nació en el Olimpo y fué siguiendo al sol por Atenas y Roma para concentrarse en París. Anda dispersa y está en cualquier parte, menos en su tierra de origen, allá donde el animal hombre hizo la primera mueca facial de regocijo que debía diferenciarlo de toda la fauna para convertirlo en Rey de la creación.

La Grecia moderna no ríe: está neurasténica de politiquería y negociados, pero sus mieles, sus flautas, sus cerámicas y cascabeles andan sueltos por el mundo. Demos gracias a los Papanastasios y otros buitres que ahuyentaron a tantas avecillas del esprit y permitieron llegar a algunas de ellas hasta este valle del Mapocho.

El arte es sensible y la risa su máxima expresión. La risa es sensación extrema de regocijo, cuando es espontánea. Hay también la risa forzada que parece la preparación a un mordizco. Es la risa sarcástica que los franceses llaman *rire rouge*.

Durante la guerra el periódico *Le Rire*, el más gracioso

so de París, se llamó *Le Rire Rouge*. La risa roja. El ironista también algunas veces se ríe rojo.

Dice Darwin que cierta risita incisiva, irónica, con un movimiento de hombros desdeñoso, muestra los colmillos del lado derecho y proviene del gesto del hombre primitivo, que se preparaba a pelear como perro.

La ironía es otras veces una forma de dolor. «Los idealistas han sido grandes satíricos: Cristo daba latigazos...» dijo Guerra Junqueiro.

A veces sabemos reír rojo o reír llorando. Los ingleses, que tienen el don de ocultar las mismas pasiones que echan fuego a nuestros ojos, se ríen para adentro.

Este Jenaro Prieto tiene también en el fondo de su alma un gran idealismo que se define y esparce en sátira fina como polvillo de oro. A veces también hace doler; su *esprit* saca ronchas.

Las crónicas de Prieto han sido como una rosa de los vientos de nuestra vida social y política, quizás se ha preocupado demasiado de la política. Yo no siempre estuve de acuerdo con él. No siempre, pero adivino su fondo ideal y leo crónica tras crónica, como harán posiblemente hasta sus enemigos.

Si encuentro un defecto en Jenaro Prieto es que aparezca muy local; se empecina en no apartar su nariz de marfil y su barba de palo tallado del cuadro nacional. Está demasiado cerca, y de todas sus crónicas, ciertamente, prefiero aquellas que tienen, según el decir de un poeta: «la divina inactualidad».

En este florilegio de crónicas existen algunas que pueden desprenderse fácilmente del marco local, que podrían desnacionalizarse para incorporarlas en el anato-

lesco país de gracia y pesadilla que se llama: *La isla de los pingüinos*.

Jenaro Prieto, bursátil, periodista y pintor, es genuinamente santiaguino, sólidamente chileno, y el patriotismo imprime en sus escritos una gran esperanza de mejor patria.

Yo no sé cómo hago este pequeño prólogo para sus crónicas, puesto que muchas veces disparaba dardos desde su bosque pánido contra el templete donde están mis propios ídolos. Pero es que Prieto es además compañero. Yo veo cómo se van melancólicamente unas tras otras las hojas cotidianas en el Otoño del periodismo, y me es simpático este gesto de querer pescar algunas para echarles un lazo y perpetuarlas.

El periodismo es triste: el barniz del follaje dura una mañana. El público sesudo juzga bagatela nuestra labor y desconoce la íntima tragedia que se llevan muchas hojas muertas. El periodista, moderno Sísifo, sube, jadea cada mañana, y en la tarde ve caer la roca por el acantilado hasta el valle, para volver y volver a empezar en la eterna subida.

El periodismo es medida, sensación, acorde. ¡He ahí lo que no entiende la gente grave! En Chile son cuatro o cinco los periodistas verdaderos que no torturan ni apelmazan la idea.

Ellos tocan su flauta en el bosque, como el pastorcillo, pero los pernos, los cilindros, las rotativas, los mil engranajes centuplican el acorde y ellos van enredándose en el mecanismo gigantesco de una empresa. Se convierten en ferralla a su vez, y como tales se gastan, se roen.

El cerebro se deshoja en él día a día; por eso la languidez y fin del periodista tiene tristeza de árbol seco.

Yo simpatizo con este gesto de Jenaro, de seguir tras las hojas dispersas de su Otoño como un niño pillando mariposas.

Joaquín Edwards Bello.

Santiago, Julio de 1925.

LA VIRUELA ARTIFICIAL

Si no hubiera sido porque ese día tenía forzosamente que acompañar al Cementerio General los restos de mi pobre amigo Pérez, habría ido derecho a vacunarme.

Tal era el horror que me inspiraba la viruela...

Desgraciadamente, el hombre propone y Dios dispone.... No tuve más que formar parte del fúnebre cortejo.

Cobijado bajo la sombra de un ciprés en la soleada y alegre morada de los muertos—que ya se quisieran para sí muchos vivos,—pregunté, con rostro compungido, a un amigo, la causa precisa de la muerte de Pérez, nuestro inolvidable compañero de colegio, que en ese instante entraba gravemente, con los pies hacia adelante, al fresco nicho que el afecto de los suyos le había deparado.

—¡Murió de viruela!—me dijo suspirando.

—¿De viruela? Pero si Pérez era un hombre aseado, aprensivo e higiénico hasta la exageración...

—Sí, sí; pero desmemoriado...

—Y ¿qué tiene que ver la memoria con la viruela?

¡Ahí tienes tú! Muchísimo.

—¿Se olvidó de vacunarse?

—No, hombre; ¡todo lo contrario!

—No comprendo una palabra...

-- Es que Pérez se vacunó demasiado...

—¡Explicáte, por Dios, hombre!

—Déjame hacerlo. Tus interrupciones son las que me lo impiden. Pérez, el pobre Ratón Pérez, como le decíamos en clase, era un hombre olvidadizo. Tú recordarás que nunca se pudo aprender la lista de los patriarcas anteriores al diluvio. Pues bien, comenzó la epidemia de viruela, y Pérez corrió, el primero, a vacunarse. Todavía no existía la costumbre de dar certificado de vacuna. La medida se dictó un día después, y para obtener ese pasaporte indispensable, se vacunó en el otro brazo. Pero perdió el certificado. Esa mañana tuvo que ir a la Bolsa de Comercio; se lo exigieron, y ahí tienes tú, que Pérez, para obviar dificultades, optó por vacunarse por tercera vez. La suerte lo protegió. Ganó unos quinientos pesos, en un «relaucheo» afortunado, y, antes de esperar la mala, se fué a emplear el fruto de sus esfuerzos donde Gath y Chaves. Cuando, al entrar, buscó el certificado en todos los bolsillos, no lo encontró en ninguna parte. No era cosa, sin embargo, de dejar de comprar zapatos por una inoculación más o menos... Además, ya sabes, el Ratón Pérez era un hombre profundamente sensible a la belleza femenina, y allí, para colmo de desdichas, estaba vacunando una señorita de la Cruz Roja de Mujeres, capaz de convencer con sus ojos, de la utilidad de la vacuna, hasta al propio Director de Sanidad.

Pérez entregó sus doloridos biceps en manos de la bella, y aceptó, con deliciosa voluptuosidad, los dos nuevos lancetazos.

Ni siquiera pidió certificado. ¡Cómo lo iban a vacunar más en el día! Pero la suerte no lo acompañaba ya como en la Bolsa y, al salir, dos militares, con sus correspon-

dientes placas y lancetas, le pidieron la comprobación documental de su inmunidad.

Enemigo, por principios, de toda discusión, Pérez se levantó uno de los pantalones y puso en las aguerridas manos del representante del ejército sus débiles panto-rrillas.

—¡Vamos! ¡Lo que abunda no daña!—se dijo—y recibió el certificado.

Debió calcular mal, sin embargo, el sitio del bolsillo, porque en la tarde, al querer penetrar a la estación para tomar el tren a San Bernardo, no tuvo medios de convencer en forma satisfactoria a la autoridad cuando le dijo, por boca de uno de sus más enérgicos y porfiados representantes:

—Usted no puede entrar. ¡Muestre su certificado de vacuna!

—¡Pero si ya me he vacunado diez veces en el día...!

—¡Enseñe su certificado...!

—Señor: ¡créame usted! ¡Yo soy un hombre de honor! ¡Véame los brazos y las piernas! ¡Por favor, que el tren va a partir...!

—Aquí no hay piernas ni brazos que valgan. Esas magulladuras son picadas de chinches... Usted, más que nadie, necesita, por eso, vacunarse.

Pérez miró con desesperación el reloj. Faltaban cinco minutos para la partida.

—¡Vacúneme usted, si no me cree!—exclamó en un arranque de desesperación.

Los sanitarios pinchazos de la autoridad no se hicieron esperar, y Pérez alcanzó el tren cuando el convoy iba ya en marcha.

Esto fué el Jueves. Dos o tres días después, Pérez es-

taba con una fiebre horrible; sus cuartos delanteros y traseros desaparecían bajo un montón de granos.

— Se trata de una viruela confluyente—dijeron los facultativos.

Pérez calló. No tenía valor de hablar. ¿Qué habría sacado, además, con decir que todos esos granos correspondían a otras tantas vacunas?

Después... después... ¡para qué hablamos!—dijo mi amigo, enjugándose los ojos—...no hubo remedio posible... Ni siquiera se ha respetado su honor de hombre civilizado, higiénico y precavido. Los médicos señalan su ejemplo como un caso inaudito de testarudez y pertinacia.

Cada vez que en una familia de Santiago se habla de la necesidad de someterse a los dictados del Código Sanitario, no falta un facultativo que diga en tono dogmático:

—La vacuna es absolutamente necesaria. Ya ven ustedes lo que le pasó al señor Pérez por no querer vacunarse!

Entre suspiros y sollozos contenidos abandonamos la morada de los muertos.

—¡Y yo que tengo que ir a vacunarme!—dije por fin a mi amigo, en los momentos de subir juntos al coche.

—¿A vacunarte? ¿No te basta con el caso de Pérez?

—Pero ¿qué hago? ¡El certificado me lo exigen en todas partes!

—¡Bah, qué torpe eres! Ahí, precisamente al lado de la Estación Mapocho, un industrial ingenioso vende certificados al portador por dos pesos!

Todavía, el pensamiento de la viruela artificial me horrorizaba.

Detuve el coche, y compré un certificado.

HABLA EL MONO DE VORONOFF

César Cascabel ha dicho que cuando un mono presta su concurso para rejuvenecer a un caballero, todo el mundo se preocupa de éste y nadie del mono.

Hay en esto un error. Yo me he preocupado del mono; y, acompañado de un diputado darwinista que entiende el lenguaje de sus antepasados, por más brutos que sean, he logrado reportearlo e imponerme de su estado de salud y sus impresiones.

El abnegado mono, a cuya filantrópica actuación se debe el restablecimiento de un noble servidor público, nos recibió con la exquisita amabilidad que caracteriza a todos los entrevistados.

Dejó inmediatamente el piano donde tocaba una pieza a cuatro manos,—lo que demuestra su superioridad de ejecución sobre cualquier pianista— y se dispuso a contestar a nuestras preguntas.

— Me siento bien — nos dijo, y lo demostró dejándose caer con todo el peso de su cuerpo en una silla.— La operación no me ha contristado en lo más mínimo y, por el contrario, un dulce estado de placidez ha invadido mi espíritu.

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
Muriendo van en mi alma pesares y ansiedad.
La vida se presenta con amplias y severas
Perspectivas, y siento que estoy en las laderas
De la montaña augusta de la serenidad.

—Esos versos son de Amado Nervo—interrumpimos.

—Sí, señores, de Nervo; pero después que dejó de ser amado, es decir, cuando llegó a realizar el ideal de la vida. Porque, no se burlen ustedes, es preciso haber dejado de ser joven repentinamente como yo, para comprender las delicias de la ancianidad. ¡Qué paz, qué tranquilidad, qué reposo! Ahora puedo preocuparme de lo que quiero, del estudio, del canto, del arte, de la ciencia, sin que nada me distraiga y perturbe.

El otro día pasó por aquí una antigua amiga mona, muy mona como dicen ustedes, y me miró con ojos a la vez provocativos y enternecedores. En otra época habría sufrido horriblemente; pues, ¿lo creerán ustedes?, me reí y seguí leyendo tan tranquilo un libro sobre política económica. Porque, anoten esta diferencia, ahora me gustan las lecturas serias. ¡Nada de folletines románticos ni novelitas sicalípticas!

Observo en mí un enorme progreso moral, y la satisfacción que ello me produce basta para indemnizarme de todas las molestias que he debido soportar en beneficio de mi rejuvenecido. A él, sí, lo compadezco de todo corazón. ¡Plagiar al Doctor Fausto que deja el laboratorio para entregarse a los devaneos juveniles, que al fin sólo ocasionan remordimientos, responsabilidades y disgustos! Perder toda la experiencia adquirida y volver a las ilusiones, la ansiedad, el insomnio y todo ese sinnúmero

de perturbaciones físicas y morales que caracterizan el amor! No: ya me he molestado bastante, y si algún día el caballero rejuvenecido llegara pálido, triste y alicaído despues de un desastre amoroso a decirme que quería volver a la vejez, lo rechazaría indignado.

— Pero,— le observamos— ¿no ha sufrido usted muchos vejámenes, no ha perdido en la estimación social, a consecuencia de su prematura ancianidad? ¿Pasa usted como un benefactor de la humanidad o simplemente como un mono decrepito?

— Seré franco. Entre el elemento femenino he perdido algún partido, y aun he sido blanco de algunas burlas e ironías de parte de unos cuantos imbéciles; pero en cambio, he ganado en consideración entre las personas respetables, esposos, padres de familia, etc., que comprenden que soy una garantía para todos y no soy una amenaza para nadie.

Por lo demás, se me ha abierto un vasto horizonte administrativo.

Nadie, en efecto, más indicado que yo— aunque me esté mal el decirlo— para desempeñar un empleo de crítico teatral, visitador de liceos, médico, tutor, abogado especialista en divorcios o cualquier otro cargo de confianza.

— De manera que usted es un convencido de la teoría Voronoff...

— Sí; pero de la teoría Voronoff al revés, o sea, creo firmemente que nuestro organismo es demasiado complicado, que es una máquina a la cual le sobran rodajes y que funcionaría más uniforme y suavemente con algunas piezas menos. Múltiples razones, psicológicas, económicas y demográficas lo aconsejan. Y yo soy una prue-

ba viviente de este aserto. Mientras más decrepito, me considero más feliz .

Y con voz atiplada se puso a canturrear una romanza.

Nos despedimos para no seguir hablando con un animal tan optimista, o, lo que viene a ser lo mismo, tan bruto.

UN MATADERO OFICIAL

NOTAS DUELÍSTICAS

La característica más culminante del progreso moderno es la tendencia a hacer volver al hombre al estado primitivo.

La bestia humana, desprovista de las nociones de patria, propiedad, justicia, etc., que son producto de la civilización de muchos siglos, constituye el desiderátum de los sociólogos actuales.

No es de extrañar, por consiguiente, que en Rusia Trotzky y Lenin hayan tratado de implantar el comunismo, la supresión de la moneda, el trabajo forzado y otras maravillas de la Edad de Piedra; que en Argentina se busque ansiosamente al plesiosaurio, último resto del período secundario y que en Uruguay el doctor Ghigliani, miembro de la Comisión Nacional de Educación Física, abogue por el establecimiento legal del duelo, como en los tiempos de don Alfonso el sabio.

De todos estos animales—incluso el plesiosaurio—, el de tendencias menos avanzadas es sin duda alguna el defensor del duelo, porque aspira sólo a un retroceso de apenas quinientos años en la marcha ascendente de la humanidad: la época en que la justicia social, insufi-

ciente, débil y atrasada, prefería dejar el paso, en los asuntos personales, a la justicia individual.

Pero antes de seguir más adelante, y a fin de que no se crea que estamos levantando un falso testimonio al «progresista» profesor, sin más objeto que ponerlo en solfa, copiamos el siguiente cablegrama:

«Montevideo, 14.—El doctor Ghigliani, miembro de la Comisión Nacional de Educación Física, propuso que se destinara el pabellón existente en la Plaza de Deportes de la Aguada, con el fin de ser utilizado para realizar allí lances caballerescos. El proponente sostiene que el duelo está autorizado por las leyes y que conviene facilitar a los duelistas algunas comodidades, pues suelen batirse en lugares impropios. Este asunto será tratado en la primera reunión que celebre la Comisión Nacional».

Se trata, pues, del establecimiento por cuenta del Estado, de una pista o palenque para lances personales.

Los caballeros puntillosos que deseen acogerse a los beneficios de la ley que les permite magullarse, tundirse o romperse la crisma, con la paternal anuencia de la autoridad, tendrán, de aquí en adelante en la República Oriental, campo apropiado a sus cruentas y arcaicas actividades.

¿Qué condiciones tendrá el estadium duelístico? ¿Se parecerá a un ring, a una plaza de toros o a un salón de tiro al blanco? ¿Será de suelo blando y arenoso, de brillante parquet o de mosaico lavable? ¿Contará con bur-laderos especiales para los padrinos y tendrá anexa una sala de operaciones y una cocinería para los efectos del resultado final?

Nada dice el sucinto telegrama de nuestro corresponsal en Buenos Aires.

Es de suponer, sin embargo, que se habrán tomado cuantas medidas aconseja el caso para dar al local y a los duelistas toda clase de comodidades.

De la pequeña cantina que, sin duda, habrá en el establecimiento, el duelista pasará al escritorio donde algunos mecanógrafos copiarán las cartas que redacte, despidiéndose de sus deudos más queridos; luego, en la sección ropería se le dotará de algunas prendas interiores impermeables; retirará de la sala de armas las pistolas cargadas según lo convenido con bala explosiva, plomo o simple dulce de membrillo y entrará a la pista retrocediendo para dar la espalda al contendor que, en igual forma, penetrará por la puerta contraria.

El piso estará dividido con líneas a distancia de un paso de padrino de regular estatura, y un fonógrafo poderoso, dará las voces de mando, mientras llega el momento de llenar los formularios impresos para las actas respectivas.

Terminado el duelo, los contendores pasarán, según los casos, a la enfermería o al comedor para reconciliarse y un ministro de fe nombrado por el Gobierno pondrá su sello en las actas y dará a la ceremonia el debido carácter oficial.

No se puede negar que, dentro del atraso que supone el duelo, éste será más cómodo e higiénico que en la Edad Media

Pero, en cambio, ¡qué raudal de poesía y de espíritu aventurero y caballeresco, perdido para siempre!

¡Adiós lances imprevistos a la luz de la luna, adiós caminatas escabrosas por las nevadas cumbres, adiós tam-

bién sabrosas y succulentas cazuelas, humeando bajo los árboles en una decoración idílica y campestre!

Bajo la científica y prosaica dirección de la comisión nacional de educación física del Uruguay, el duelo habrá dejado de ser duelo para convertirse en un acto trivial de jurisdicción voluntaria peligroso y del peor gusto. Sin avanzar un ápice en cultura, en humanidad ni en sentimientos nobles, se habrá privado al lance personal del último resto de arte y tradición, entre los muros de un stadium, inhospitalario, frío y cruel, como un matadero modelo.

¡Y aun se habla con orgullo de los progresos de la humanidad!

UN PLAN

Quiera Dios y el país que nunca llegue a ser Ministro de Relaciones Exteriores, porque también tengo un plan para arreglar nuestras cuestiones internacionales.

Mi plan es complicado y sencillo al mismo tiempo: complicado, porque creo que los problemas internacionales se arreglan embolismándolos, y sencillo, porque consiste en hacer todo lo contrario de lo que, hasta hoy, ha hecho el Gobierno.

¿Que Bolivia o el Perú piden el desahucio y la revisión de un Tratado? Pues, el asunto no es para perder el sueño.

Todos los países han celebrado Tratados con las naciones limítrofes, y por lo menos la mitad está ya arrepentida de haberlo hecho y quisiera modificarlos en conformidad a sus intereses. Venga, pues, la revisión de los contratos, y que hablen a una voz todas las Cancillerías descontentas. Que el Ecuador reclame del Perú, Argentina del Brasil, Paraguay de la Argentina, Venezuela de Colombia y ésta y México de los Estados Unidos, y desahucie, si es posible, España, su reconocimiento de la independencia de cada una de las actuales Repúblicas americanas; protesten a su vez los aborígenes del derecho de conquista, alegado por nuestra madre patria,

y procédase a la revisión general de todos los Tratados de que hay recuerdo en la historia del nuevo y el antiguo continente.

Busquemos «una solución de conjunto», como dice don Eliodoro Yáñez, y opongamos a la vieja doctrina de Monroe, esta moderna teoría: «América para los indígenas».

A la semana siguiente de presentada a la Sociedad de las Naciones la revisión conjunta de cincuenta o cien Tratados, sus miembros se pondrían un botoncito en la solapa, que dijera: «No me hable usted de revisiones», y la cuestión de Tacna y Arica quedaría en «in pase» por los siglos de los siglos.

Esta es la fórmula de arreglo que he llamado «complicada»; en cuanto a la «sencilla», consiste, como está dicho, en obrar a la inversa del actual Gobierno.

En vez de iniciar gestiones que puedan disminuir el territorio, iniciar las que puedan aumentarlo.

En vez de esperar que Bolivia pida un puerto en el Pacífico, apresurarse a pedirle uno en el Atlántico, o a lo menos una salida al Titicaca.

En vez de aguardar que el Perú presentara una modificación a la fórmula Hughes, presentarla nosotros, y en vez de aceptar la de ellos, conseguir que ellos aceptaran la nuestra.

En vez de hablar en las negociaciones de un misterio que no existe, tratar de que existiera y no contárselo a nadie.

En vez de decir que Chile no toleraba el arbitraje por ningún motivo y aceptarlo al fin, haber dicho que lo toleraba y no aceptarlo nunca.

En vez de celebrar la juventud de nuestro Ministro

de Relaciones, poder felicitarnos de la juventud del Ministro de Relaciones del Perú.

En vez de que el Gobierno diera instrucciones a los delegados en Wáshington, esperar que éstos se las dieran a él, y en lugar de llegar a una fórmula que, al decir del Canciller, «da toda clase de garantías al Perú», llegar a otra que diera toda clase de garantías a Chile.

Este es mi modesto y sucinto programa ministerial. Desde luego creo contar con la opinión del señor Yáñez. Si es del agrado del país, no tiene sino tarjar de una plumada todo lo hecho y obtener del señor Barros que me ceda por quince días la cartera de Relaciones Exteriores.

PARTIDO FABULOSO

El Partido Liberal Aliancista, como aquel famoso partido portugués, de que habla Eca de Queiroz, nació una mañana de otoño, sin que nadie supiera a punto fijo si se trataba de un simple estafermo, de una nueva forma del sebastianismo o de una secta religiosa destinada al cultivo del gusano de seda.

Como su colega lusitano, el nuevo partido era invariable y contundente en sus respuestas. Se le preguntó qué opiniones sustentaba en materia política.

—¡Aliancismo! contestó.

—¿Y en punto a relaciones exteriores?

—¡Aliancismo!

—¿Y respecto del problema monetario?

—¡Aliancismo!

—¿Y en cuanto al alza de los artículos de consumo?

—¡Aliancismo!

El público estaba aterrado. Un repórter, siguiendo el procedimiento de Eca de Queiroz, hizo el ensayo de preguntarle, ¿qué hora es?

—¡Aliancismo! respondió el partido Liberal Aliancista, demostrando claramente que era sólo la metamorfosis, la reencarnación en un animal inferior, de la misma colectividad política que en las márgenes del Duero contestaba:

—¡Economía! y a las orillas del Mapocho respondía—
¡Aliancismo!

No por eso el pequeño grupo político que apoya al nuevo régimen carece de interés. Por el contrario, pese a la corta cifra y capacidad de sus miembros, es más que un partido histórico: es un partido fabuloso. Si Esopo, Iriarte, Lafontaine y Samaniego, lo hubieran conocido, no hubieran tenido que ascender tanto en la escala zoológica en busca de actores para sus apólogos. Sin duda alguna es menos gracia hacer hablar a un animal que a cualquiera de los cinco o seis caballeros que rigen los destinos del Partido Liberal Aliancista.

Todos ellos, a excepción del señor Escobar, que desde la vicepresidencia del partido hace las veces del mono, tratando de imitar a don Ladislao Errázuriz, son a cual más reservados.

¡Qué arca de Noé para la imaginación de un fabulista! Allí aparecen el oso grave aristocrático y peludo, avanzando torvo y misterioso con su andar plantígrado, el topo corto de vista y estudioso, la urraca negociante y gestora, el pavo incauto y coludo y tantas otras especies que sin el refugio salvador del arca se habrían sumergido, hace ya tanto tiempo, en el revuelto mar de la política.

Por lo demás, es un partido esencialmente plutócrata. Nadie entra allí sin pagar por anticipado el derecho a figurar o a disfrutar del presupuesto, a medida de su intelecto o de sus uñas.

Hay una honrosa excepción: el señor Escobar; pero ha pagado por él la entrada, y aún la salida, el señor Jaramillo.

AL MARGEN DEL DIVORCIO

EXCEPCIONES DESGRACIADAS

Para no hablar de cosas peores, charlemos sobre el divorcio con disolución de vínculo.

Es el tema de moda.

Ha reemplazado con ventaja al bridge, y este ambiente otoñal, helado y triste como una despedida, añade especial encanto al vago romanticismo de las argumentaciones femeninas en pro o en contra de la ley.

Porque, es curioso anotarlo: la defensa o el ataque del proyecto se desarrolla siempre en forma más o menos anecdótica. ¡Ah! El caso de la pobre fulana! ¿Y el caso de los hijos? ¡Y el caso de zutano!

En las acaloradas discusiones que se traban al margen de la ley, no se dan argumentos sino nombres.

A la desdicha matrimonial de una señora, se opone la dolorosa situación de un caballero, y a ésta se replica con la desventurada vida conyugal de otra señora o de otro caballero. Todo ese conjunto de olvidados héroes del séptimo sacramento, sale de pronto de su anonimato y toma parte, sin saberlo, en la contienda que se traba lejos de ellos, en torno de las ventajas y defectos de una posible ley de la República.

La población femenina, en cuyo favor parece estable-

cido el matrimonio sin derecho a arrepentirse más de una sola vez—actualmente en vigencia—es la que tercia con más pasión en el debate.

Cualquiera al leer las enérgicas diatribas que se suscitan sobre la reforma, creería que, divididas las mujeres en partidarias y enemigas del divorcio, la institución del matrimonio se encuentra seriamente amenazada.

Nada más erróneo. En el fondo la afición al divorcio, tal como ahora se proyecta, no es sino la admiración del matrimonio.

En realidad no hay partidarias del divorcio. Sólo hay partidarias del matrimonio. La diferencia está en que algunas mujeres se contentan con uno y piden que sea indisoluble y eterno; y las otras no se dan por satisfechas con menos de dos o tres, y exigen, por lo tanto, que sea temporal y anulable.

Lo curioso es que las que más se lamentan y se exhiben como víctimas de la vida conyugal, son las más interesadas en obtener que la ley les permita hacer un nuevo ensayo. Porque si su deseo fuera simplemente verse libres del marido, les bastaría con la ley actual que autoriza el divorcio; pero no el nuevo matrimonio.

¿Hasta qué punto puede creerse en la desdicha de estas víctimas que no escarmientan? ¿Son ellas tan numerosas que hagan necesaria una ley de carácter general?

Puntos son éstos que debieran ser resueltos antes de pensar en la aprobación del proyecto.

Porque, o los matrimonios desgraciados son la mayoría, y en tal caso el Gobierno debe evitar que se repitan, o son la minoría, la excepción, y en tal caso tampoco constituyen motivo suficiente para legislar.

Hay sin duda algunos cónyuges cuya vida en común,

es un tormento. Son víctimas, son mártires, pero por desgracia, las leyes que, por su naturaleza misma son de carácter general, no pueden hacerse tomando en cuenta las excepciones.

¿Hay gente más desdichada y digna de lástima que los ciegos, los mudos, los lisiados?

Y sin embargo, ¿se figura el público cómo andaría la ciudad si las leyes, los reglamentos, etc., se dictaran basándose solamente en estas dolorosas excepciones?

¿Sería razonable que la ley de instrucción primaria obligara a todos los ciudadanos a usar el alfabeto para ciegos, y que el reglamento del tránsito obligara a los vehículos detenerse un cuarto de hora en cada bocacalle, tocando la bocina, por si pasaba algún lisiado? Sería razonable obligar al señor Alessandri cuando se dirige al público, o al señor Olavarría, a hacerlo solamente en el lenguaje de las manos como si todos sus oyentes fueran mudos?

Las leyes no se han hecho para las excepciones, por muy dignas de lástima y de respeto que ellas sean.

Y este punto es, por desgracia, el que se olvida cuando se citan nombres y casos aislados, como argumentos decisivos en favor del proyecto de divorcio con disolución del vínculo.

Escrito lo anterior, me recuerdo de que, según me ha asegurado un amigo, las mujeres más simpáticas, más bondadosas y más asequibles, que ha encontrado en su vida, han sido precisamente partidarias del divorcio.

En obsequio a ellas, quisiera desdecirme; pero son ya las once de la noche y no cuento con el tiempo suficiente para rehacer este artículo, que pido a mis lectores lo tengan por no escrito.

EL AMIGO ANECDOTICO

Tengo un amigo porteño que conserva la evangélica costumbre de hablar siempre en parábolas, o, como él dice, de ilustrar la conversación con casos prácticos.

Mi amigo vino ayer a contarme que acababa de vender la propiedad que poseía en Valparaíso, porque había oído decir que el Gobierno estaba ya decidido a arreglar las dificultades con Bolivia, concediéndole el puerto que quisiera en el Pacífico, y «por si acaso», emigraba y venía a domiciliarse en Santiago, territorio que esperaba permaneciera mayor tiempo en poder de los chilenos.

—Hombre—le dije—no seas pesimista. Acuérdate del mensaje que dice «paso a los que esperan». La cuestión con el Perú se arreglará en forma satisfactoria. El Gobierno está en el secreto y se muestra muy contento.

—¡Ah, con que esas tenemos! Pues es el caso patente de aquel sermón de las tres horas en que todos los fieles lloraban a lágrima viva menos uno, que continuaba en su reclinatorio satisfecho y alegre.

—Pero ¿usted no se conmueve con la muerte de Nuestro Señor?—le observó su vecino.

—No, mi amigo; es que yo estoy en el secreto.

—¿Qué secreto?

—¡Que va a resucitar al tercer día!

Por desgracia, me temo que el secreto del Gobierno no sea tan seguro y positivo.

Y mi amigo, descargado ya de un cuento, sacó su vieja petaca y comenzó a liar un cigarrillo.

—¿De modo que tú crees que el Gobierno, hasta ahora, la va errando?

—Pues hombre, así me parece. Y si la acierta, será que le ha pasado lo que al gato...

—¿Qué gato?

—El que sirvió en París hace años para ciertas experiencias de mecánica. Los sabios aseguraban que, pesando más el cuerpo que las patas del pobre animalito, si se le cogía de ellas y se le dejaba caer, en esa posición, desde una altura, debía desnucarse, en conformidad al teorema de que el centro de gravedad se inclina siempre hacia el área más pesada. Pues bien: se hizo el ensayo, y el animalito cayó en sus cuatro patas. ¿Por qué? Porque, según los sabios, el gato no entendía de mecánica. Ahora, si nuestro Gobierno, después de dejarse caer patas arriba en la cuestión Tacna y Arica, resulta bien parado, puedes tener la seguridad de que se libra por la misma razón que el gato: ¡Porque no entiende de cuestiones internacionales!

—Estás realmente insoportable.

—El insoportable eres tú, que, como periodista, no haces nada.

—Y ¿qué cosa quieres que haga?

—Prepararle el ánimo al público para que en todo caso no sufra una impresión muy violenta. Hacer, en una palabra, lo de Pérez Zúñiga con la esposa de su amigo Xaudaró, cuando éste se vino a tierra desde un globo aerostático, enviándole una carta en estos térmi-

nos, para infundirle esperanzas y valor: «Señora viuda de Xaudaró.—Estando su marido a 3,000 metros de altura, cayóse de la barquilla. Chínchame posible despanzurramiento. Posible llegue al globo de rebote. Saludos.—Pérez Zúñiga». Hay pues, que ir preparando el ánimo al público, si no...

—Amigo—le interrumpí—por favor no me cuentes otro caso, porque los tres los conocía...

—¿Los conocías?

—Sí, hombre, sí, de nacimiento. Te digo más: la última anécdota que has referido termina con que Xaudaró se salva porque, al caer del globo, que, por casualidad, tenía un ancla se enredó y quedó colgado de la pretina de los pantalones... Puede ser que también el Gobierno quede colgado de los pantalones...

—¡Qué va a tener pantalones el Gobierno!

Y mi anecdótico amigo se despidió con manifiesta terquedad.

SITUACIÓN LEGAL DEL CADÁVER

Cuando Espronceda, con un criterio parecido al del doctor Corbalán, se atrevió a decir hace años:

«¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!», no supo lo que decía.

Un cadáver, sea cual fuere la conducta que haya observado anteriormente, importa siempre. El hombre más inofensivo, inútil o pernicioso, adquiere, después de muerto, una importancia incalculable: se valoriza, se incrementa, se convierte en potencia electoral o política, y representa un contingente apreciable para la colectividad en que presta sus servicios.

Como arma de oposición, un difunto equivale, por lo menos, a un cañón de grueso calibre.

Por fuerte que sea la autoridad siente un ligero escalofrío al pensar que tendrá que habérselas con un occiso.

Y tiene razón: un muerto, especialmente cuando lleva varios días insepulto, es más fuerte que todos y cada uno de los señores Ministros, sin hacer excepción de los demócratas.

Pero la especie más temible de difuntos es, sin duda, la del cadáver paseador o ambulante.

No hay para qué extenderse en consideraciones sobre el particular. Hace poco se presentó un caso de éstos, y

el Gobierno, para salir del conflicto, tuvo que «echar el muerto» al doctor Corbalán.

Esta situación, afortunadamente ya solucionada, ha sumido nuestro espíritu en hondas reflexiones.

Hay aquí una cuestión trascendental, de la cual fluyen una serie de problemas de los más variados caracteres.

¿Es lícito pasear a un difunto sin su consentimiento?

Y en caso que lo sea, ¿quiénes pueden suplir su voluntad? ¿Quiénes son sus legítimos dueños? ¿Cuál es, en otras palabras, la situación legal del cadáver?

Parece natural que la familia, y a falta de ella, el Estado, sean los únicos llamados a invocar derechos sobre el muerto. En tal caso los amigos y correligionarios no tendrían pito que tocar en el asunto, o más bien dicho, no tendrían vela que llevar en el entierro. ¿De dónde emana, entonces, el macabro derecho de paseo a que nos hemos referido?

La Constitución no coarta, en verdad, a los difuntos el derecho de trasladarse de un punto a otro de la República sin permiso previo y sin armas.

Pero de ahí a presumir que cualquiera agrupación de personas pueda tomarse la atribución de cargar con el muerto y pasearlo como recurso de propaganda o de ataque a la autoridad, hay un mundo de distancia.

El cadáver, que es inmueble por naturaleza, no puede ser considerado bien nacional de uso público.

Tampoco sería lícito, aunque se le halle en un sitio más o menos oculto, verbi-gracia, una alcantarilla, aplicarle las reglas correspondientes al hallazgo, y repartírsele entre el descubridor y la Municipalidad. Eso sería simplemente monstruoso.

No sabemos tampoco hasta qué punto el poseedor de

buena fe de un cadáver pueda invocar en su favor las disposiciones generales, según las cuales no está obligado a devolver los frutos ni a indemnizar los perjuicios, a menos que, con la posesión de la cosa, se haya hecho más rico.

De todos modos—y esto parece fuera de duda—el usufructuario de un difunto es responsable hasta la culpa levísima, y está obligado, en consecuencia, a proceder con él como un buen padre de familia.

La muerte, que es seguramente el acto menos ridículo del hombre, merece, por sí misma, ciertas consideraciones, opinen lo que quieran los gusanos y otros seres inferiores, dignos de figurar únicamente en la poesía macabra y en el queso Rochefort.

Y conste que citamos primero la poesía por ser mucho más dañina e indigesta que el segundo. Ella ha sido, en efecto, la que ha dado el ejemplo a los difuntos paseadores, con sus innumerables producciones en que aparecen los muertos abandonando sus tumbas, haciendo rechinar sus esqueletos y aún danzando a la luz de la luna.

Pero, hasta qué punto esta clase de ejercicios pueda ser aceptada por la autoridad, es harto dudoso y, en realidad, las resoluciones del Ejecutivo han sido hasta la fecha bien contradictorias.

Hasta hace un año—y con el consentimiento de alguno de los hombres del actual Gobierno—hubo paseos macabros frente a la Moneda.

Ahora parecen haber cambiado de opinión.

¿En virtud de qué principios constitucionales o legales aceptaron aquellas manifestaciones? ¿En virtud de qué principios las prohíben ahora?

No lo sabemos; pero seguimos creyendo, sin embargo, qué, por razones de moral, de estética, de higiene y hasta de economía en el servicio de transportes, es conveniente llevar a los cadáveres por el camino más corto hasta su última morada, antes de que comiencen a caminar por su cuenta.

Y en caso de que falten fundamentos legales al respecto, díctese pronto una ley que los asimile a la calidad de jueces y los declare inamovibles o por lo menos impaseables.

EL ULTIMO LANCE

Conjuntamente con una amabilísima invitación de Aquiles Vergara para ir a almorzar a Quilicura, sin cambio de balas, «conforme es uso entre la gente educada», me impongo de las actas del último lance de honor producido entre el capitán señor León y el diputado don Ismael Edwards.

Nunca he sentido tanto, como ahora, verme en la imposibilidad de disfrutar de la simpática hospitalidad de mi amigo, que, al agrado de su conversación interesante y amena, habría agregado el comentario profundo, el estudio crítico y el juicio reposado sobre este duelo que es, sin duda, el más extraño que se haya verificado en el país.

Puede sentarse como un aforismo que los desafíos en que intervienen «leones» son siempre los menos encarnizados. Los comentaristas Rivera, Zañartu, etc., así lo afirman por lo menos.

Pero en este último la fiera se pasó de preparación. Los padrinos, en cambio, no iban preparados.

Según resulta del acta I, el señor León se sintió ofendido en su honor por las palabras del señor Edwards Matte y designó a un militar y a un periodista para que,

siguiendo el uso, exigieran al ofensor explicaciones o una reparación por las armas.

Así lo hicieron los padrinos; pero sucedió algo inusitado: Los representantes del señor Edwards declararon que su apadrinado no daba explicaciones y aceptaba el duelo.

¿Qué hacer en un caso semejante?

Cortada en seco la cuestión por donde menos lo esperaban, no quedó a los padrinos del señor León otro camino que pedir a sus colegas media hora de permiso para consultar al ofendido.

Por desgracia, si por el lado del señor León había un periodista, por el lado del señor Edwards Matte había dos, precaución muy natural tratándose de un desafío a la chilena, que, según el diccionario de chilenismo de Román, es aquél que se resuelve por medio de la pluma y la cazuela. Así no se pierde nada. Por otra parte, cuando las aves escasean, nunca falta un duelista que se ofrezca para hacer el papel de «gallina», mientras los periodistas proporcionan gentilmente la pluma que a aquél pueda faltarle.

Estos duelos, que podríamos llamar al arma negra, se diferencian de sus congéneres al arma blanca en que se resuelven en tinta en vez de sangre.

Pues bien, el desafío entre los señores León y Edwards resultó a primera tinta. Los periodistas del señor Edwards, en mayor número que sus adversarios, los arrollaron al primer encuentro, obligándolos a dejar constancia por escrito de su extraña consulta al desafiante.

Cogido de sorpresa el señor León y considerando la increíble terquedad de su adversario, resolvió, a fuer de estratega, hacer un cambio de frente.

Yo me figuro al capitán clamando con voz de trueno al oír la relación de sus padrinos: «¡Está bien! Ya que el miserable ofensor se empeña en no dar explicaciones, yo las doy! El quiere batirse ¿no es eso? Pues bien, yo no me bato y veremos quien sale con la suya!»

Y, efectivamente, salió con la suya el señor León. Al señor Edwards Matte no le quedó otro camino que aceptar las explicaciones del temerario ofendido.

Aquí viene el punto que me ofrece dudas y que siento no poder consultar con mi amigo: ¿Qué habría sucedido si el señor Edwards Matte, hubiera rechazado esas satisfacciones y se hubiera declarado ofendido a su vez? ¿A cuál de los dos le habría correspondido elegir las armas y fijar las condiciones conforme al Código del Honor?

Porque esta legislación que, con razón, Aquiles Vergara quiere reformar por arcaica e inadecuada a las costumbres del país no se ha puesto en el caso de un duelo en que el ofensor se vuelve a ratos ofendido y viceversa.

Una dificultad de esta naturaleza, no tiene, a mi juicio, más solución que dos actas y dos platos de cazuela.

Y ya que los redactores han cumplido, en este caso, su misión, la cocinera tiene la palabra.

DESNUDO Y VESTIDO

Tengo horror a los meses de primavera y de verano, no tanto por el recrudecimiento del calor, sino por el recrudecimiento de los moralistas.

Porque estos últimos, a semejanza de los árboles, dan de preferencia sus flores y sus frutos al acercarse la canícula.

¡Sabia disposición de la naturaleza que hace aumentar los moralistas en los meses en que, según la estadística, más disminuye la moralidad!

Digo esto porque no creo, como algunos, que ambos fenómenos están ligados por una relación de causa o efecto, y que la inmoralidad es sólo una consecuencia del exceso de prédica moral. ¡Tenemos tanto espíritu de contradicción!

Pero, en fin, esto no hace al caso. Todo depende de la calidad de la disertación.

El último moralista que ha salido a la cancha con los calores veraniegos, es nuestro colaborador don Juan Gómez, que ha publicado, hace poco, un enérgico discurso en contra del desnudo en el arte. ¡Atacar el desnudo cuando el termómetro marca 30 grados a la sombra! ¿Se ha visto mayor inoportunidad?

Pase, sin embargo, este detalle, ya que está compen-

sado con las justas alabanzas que tributa a uno de nuestros más distinguidos artistas, don Ramón Subercaseaux, alabanzas inspiradas, desgraciadamente, no tanto en sus méritos de pintor y literato, sino en un detalle de ornamentación casera. «En toda la casa de Ramón Subercaseaux, del artista, del gran artista, del único artista caballero de Chile—dice don Juan Gómez—no hay ni una sola estatua, ni un solo cuadro que con su desnudez o su desvergüenza ofenda el pudor de nadie, ni de grandes ni de chicos».

No sé lo que habrá pensado el aludido de semejante laudatorio; pero, si yo fuera artista, me imagino la indignación que me produciría el que alguien considerara como mi más alto mérito no poseer ninguna estatua clásica o ignorar las bellezas del desnudo, o considerar que están reñidas la moral y el arte cuando ambos tienden al fin único de elevar los espíritus.

Hay un libro de Merejkowki, «La Resurrección de los Dioses», que, faltando a la verdad histórica, se esfuerza en presentar al cristianismo empeñado en destruir los bellos mármoles de faunos, ninfas y dioses de la antigüedad pagana. Ese libro está prohibido por la Iglesia.

El incienso que se quema cada día en el altar de la capilla Sixtina, envuelve en una santa nube los desnudos que pintara Miguel Angel. El Papa no cree, como don Juan Gómez, que deja de ser artista al conservarlos, ni que ellos significan un ataque a la moral o un mal ejemplo.

Acaso el Santo Padre lleve su divergencia de criterio con el moralista veraniego, hasta el punto de creer que sería irrespetuoso provocar en la capilla la carcajada de los fieles, poniendo a Adán un pantalón bombacho, a

Eva un traje de dama de la «Salvation Army», o una capa de teatro a la Sibila de Cumas.

No es el caso de decir con Bartrina:

¡Qué escándalo ha precedido
A la invención del vestido,
Y qué delitos tan graves
A la invención de las llaves!

El desnudo no es inmoral. De haber algo inmoral, es el vestido.

Colóquese al más puro mármol de la Venus de Médicis, un par de medias de seda, un manguito de pieles, un sombrero, y si se quiere una camisa, y aquello será un escándalo. Cuatro prendas de vestir bastan y sobran para producir la inmoralidad, aunque se trate de una diosa.

Y tratándose de mujeres, ¡cuántos pecados se deben exclusivamente al deseo de vestirse! ¡Cuántos pecados se evitarían, también, si los vestidos no fingieran líneas y formas tan engañosas como tentadoras!

Con nuestro aventurero espíritu chileno, que prefiere para invertir sus capitales una imaginaria cantera de piedras en Bolivia a una rica mina de oro en las puertas de Santiago, son más peligrosas las fantasías que las realidades.

En todo caso, no abominemos del desnudo, por lo menos en los dominios del arte, y hagamos votos por que termine el veraneo y con él las exageraciones de los moralistas.

CARTA ABIERTA A DON AQUILES VERGARA

Estimado amigo:

En obsequio a nuestra antigua amistad, me permitirá que conteste sus artículos sin haberlos leído.

Es esta una vieja costumbre periodística que no quisiera interrumpir, tanto más cuanto se trata de una persona a quien de veras estimo.

En esta forma las polémicas son más dulces y llevaderas para los contradictores y el público, ya que las armas de los contendores, por lo general, no se chocan.

El debate se reduce así a un duelo a sable a quince pasos de distancia, condiciones que creo el desiderátum para un asalto al arma blanca.

Queda usted, por lo demás, relevado de la obligación de leer mis artículos para contestarlos.

Está usted empeñado—según me han asegurado personas fidedignas—en una patriótica campaña en pro de la reglamentación de los lances de honor a fin de hacerlos menos cruentos y más equitativos.

Es un noble propósito, un paso preliminar, una especie de limitación de armamentos antes de llegar al ideal que sería la Conferencia del Desarme.

No estoy de acuerdo, sin embargo, en el camino elegido para llegar a tan plausible resultado.

Persigue usted la promulgación de un Código del Honor, para restringir la mortalidad, y me permito observarle que con igual objeto se dictó el Código Sanitario, que tanto ha contribuído a la despoblación del país.

Temo que pase otro tanto con su Código, aun cuando no intervenga en su aplicación directa el doctor Corvalán.

Por otra parte, creo que será difícil encontrar una fórmula más inofensiva de duelo que la que rige el país.

La estadística ha dejado bien en claro que la cuota de accidentes fatales del football, la natación en nuestros balnearios, el polo y otros deportes, es muy superior a la que se produce en los lances de honor. De los 1,248 duelos habidos en la República, sólo tres han tenido consecuencias fatales, debido a la mala puntería de alguno de los duelistas.

Los demás se han traducido en una alza en el precio de las mulas, apunamiento de padrinos, indigestión de contendores y ganancia de las lavanderías y de los importadores de champagne.

Más de uno de los contrincantes me ha declarado, en efecto, que sólo conservaba del duelo una emoción embriagadora.

El lavado del honor por medio de la cazuela de gallina—como usted mismo habrá podido observarlo—es inofensivo y perfecto: limpia, fija y da esplendor, de igual manera que la Real Academia de la Lengua.

Pero, aunque así no fuera, no valdría la pena reemplazarlo por otro medio más moderno de limpieza, v. gr.: el lavado químico, pues en la mayoría de los casos no merecen nada mejor los duelistas. Bartrina ha dicho con razón:

«Que busca un lance de honor
quien tiene un honor de lance».

Y conste que no digo esto por espíritu religioso o por mala puntería.

En este punto creo que lo que en Chile llamamos duelo, no cae de cerca ni de lejos en las sanciones de la Iglesia, porque nunca ésta ha condenado el término de las disputas humanas por medio de un simulacro de combate seguido de un almuerzo campestre.

¡Ojalá existiera en el Partido Conservador este inofensivo y bucólico sistema de poner fin a las desavenencias de sus miembros!

Una lamentable confusión de palabras entre lo que es el «duelo» real y efectivo que comparte la doble condición del homicidio y del suicidio, y estos otros «duelos» suculentos y alegres, ha proscrito entre los católicos chilenos esta piadosa costumbre.

Verdad que el hábito de batirse tiene sus inconvenientes; pero son sólo para el anfitrión que tiene que proporcionar campo, almuerzo y bebida a los duelistas. Cuando llegan éstos a una propiedad en demanda de «campo de honor» aunque ignoren el manejo de la espada y se batan a pistola, tienen todo el aspecto de «sablistas».

La voz de fuego coincide siempre con el grito del anfitrión llamando a la cocinera.

En cuanto al médico que lo acompaña es una simple fórmula. La prueba es que se lleva siempre no a un cirujano entendido sino a un especialista en materias políticas o doctrinarias.

No me negará usted que la presencia del doctor Lois, como médico en el duelo que usted tuvo la honra de abastecer, es harto sugestiva.

¿Cree usted posible estancar la sangre de una herida con un discurso doctrinario?

Pues bien, si usted no quiere conceder una audacia temeraria en sus puntillosos huéspedes, tendrá que convenir en que ninguno de ambos esperaba salir herido en el lance.

Por mi parte, estimo que el duelo chileno es al desafío europeo lo que la vacuna a la viruela: un cultivo de laboratorio, un antídoto.

Acaso dictando el Código que usted propone se pondría peligroso.

Creo que para concluir con los lances personales hay que ir al fondo mismo del mal: al factor psicológico.

La gente, en general, se bate sólo por dos motivos: por dar que hablar y por escribir cartas sentimentales a los suyos.

Busque el medio de que los duelos no se publiquen, e impida a los duelistas la correspondencia y la absurda costumbre medioeval habrá terminado para siempre.

En cuanto a la cazuela, puede usted reservarla para otros amigos menos belicosos.

Suyo afmo.

P.

SISMOLOGIA DOCTRINARIA

La Cámara, a indicación de uno de sus miembros, entró a ocuparse el Martes de una cuestión trascendental: El terremoto del norte desde el punto de vista doctrinario.

El problema sismológico-político, arduo de por sí, encierra, naturalmente, numerosas materias: Si el terremoto fué o no anunciado por un cura. Influencia de esa predicción en la corteza terrestre. Motivos que pudo tener en vista la Divina Providencia para autorizar el fenómeno. Culpabilidad del Arzobispado y en especial de los jesuítas, en el desarrollo de las ondas sísmicas. Actitud enérgica del Partido Radical para contrarrestarlas, etc.

No es preciso nombrar al diputado que llevó tan interesante y grave asunto a la Cámara. Por el hilo se saca el ovillo y hasta puede colegirse su tamaño.

Por lo demás no hay que empequeñecer el debate, ni menos el terremoto, personalizando la investigación científica en el diputado interpelante.

El director de este diario, a mayor abundamiento, me ha pedido que ataque las ideas, sin tocar a las personas, lo que resulta aún más fácil tratándose de personas que carecen de ideas y hasta de la facultad de producirlas.

A decir verdad, yo creo tanto en las dotes proféticas del Cura Negro, como en las dotes parlamentarias de su detractor; pero hay que reconocer a aquél una ventaja sobre éste. El cura suele acertar, por casualidad o lo que sea, y el segundo no ha podido acertar nunca.

Además, en el orden material, al cura no se le cayó la iglesia, y en cambio a su impugnador se le cayeron dos manzanas—¡grande y sensible pérdida!—en la zona del siniestro. Esto coloca al diputado radical en manifiesta inferioridad con relación al cura.

En cuanto al punto sismológico, a la influencia de las ideas religiosas en el derrumbe de las capas terrestres, la cuestión se pone más peliaguda.

Los sabios no logran aún concordar sus hipótesis sobre las causas de los terremotos. ¿Hundimientos de cavernas subterráneas, manchas solares, erupciones volcánicas, deslizamiento de la corteza terrestre? ¡Quién sabe!

Sólo en un punto parece la ciencia estar de acuerdo y es en que los temblores se producen con absoluta prescindencia de los jesuitas y los radicales, y sin tomar en cuenta para nada la opinión del señor Lois que ha llevado este asunto al Parlamento.

Igual cosa afirman los teólogos con respecto al Supremo Hacedor cuya indiferencia por los intereses del diputado por Taltal ha quedado de manifiesto con el derrumbamiento y pérdida de sus dos manzanas.

¡Un caso más de la armonía entre la ciencia y la fe, que el señor Lois no reconoce por ahora, pero que reconocerá dentro de poco, cuando, iniciada la reconstrucción, asuma una actitud que podríamos llamar «edificante!»

Entre tanto, no deja de preocuparme la forma en que el diputado radical pondrá fin a sus observaciones. Porque es claro que un debate de esta naturaleza, para que no sea estéril, tendrá que terminar con un proyecto de ley concebido más o menos en los términos siguientes:

«Artículo 1.º Suprímense los terremotos de carácter doctrinario en la zona comprendida entre los paralelos 17 y 55.

Art. 2.º Las salidas de mar, maremotos, etc., no comprendidos en el artículo anterior, que en adelante se realicen, sólo podrán extenderse a lo largo de la Quebrada de los Camarones, a fin de solucionar nuestra cuestión de límites con el Perú y dotar a Bolivia de un puerto en el Pacífico.

Artículo transitorio.—Mientras esta calamidad no se lleve a efecto, se dará cumplimiento estricto a las disposiciones del Protocolo de Wáshington».

Terminado así el debate en una forma práctica y patriótica, acabarán también las dudas, tan persistentes como ingratas, sobre el estado o la capacidad mental del elocuente diputado.

RENOVANDO VALORES

NUESTRO PROGRAMA

Una enfermedad del director me ha dejado, accidentalmente, a cargo de este diario.

Pienso romper los viejos moldes y entrar de lleno a un régimen de renovación de valores periodísticos.

He aquí, pues, mi programa, que cumpliré con la misma exactitud del señor Alessandri, pese a quien pese, pise a quien pise y pase lo que pase.

Estoy seguro de que el público sabrá agradecer debidamente la oportuna influencia del señor Director.

En obsequio a la amenidad de la publicación, puedo anunciar a los lectores que, de aquí en adelante y mientras permanezca en el cargo, el diario cambiará todos los días de opinión, no sólo en su sección editorial, como lo hace «El Mercurio», sino que también en las de crónica, sport, turf, vida social y hechos de policía.

Así, si un día se publica que el ratero Pedro Soto le robó la cartera al Ministro don Manuel Suárez, al día siguiente se dirá que el Ministro don Manuel Suárez fué el que se robó la cartera.

En la sección teatro se procederá de igual manera, y el público que haya sido desfavorablemente impresionado

do por la crítica que afirma que «a la cupletista Paquita Quiroz se le escapó un gallo», al día siguiente tendrá la satisfacción de leer «que a un gallo se le escapó la cupletista Quiroz».

De este modo se agradecerá sucesivamente y por orden estricto a todos los lectores.

La sección Vida Social, está anticuada y requiere también amplias reformas.

Hasta hoy, sólo se ha dado cuenta de los cambios de residencia, los matrimonios, las defunciones, los nacimientos y otros sucesos más o menos inconfortables. Es preciso agregar noticias más modernas, verbi gracia: «Posibles flirts», «Ingresos a la aristocracia», «Edades efectivas de las señoras y los cancilleres», etc.

Por otra parte, se tratará de que los títulos de los párrafos guarden armonía con ellos. Es tan absurdo que en la «vida» social aparezca una defunción, como que en los «hechos de policía», figure un policía deshecho por un automóvil.

Otra mala práctica que es urgente subsanar, es la que se refiere a la publicación de las cotizaciones bursátiles. En adelante, apartándonos de la rutinaria costumbre de los otros rotativos, publicaremos los precios del día siguiente y no los del día anterior, que a nadie interesan, salvo a los que han tenido diferencias en contra y a sus respectivos corredores.

De esta suerte se fomentará sobre bases seguras y científicas la especulación pública y privada que, como es notorio, constituye el fundamento de la riqueza nacional.

Respetuosos del derecho de las mayorías, no publicaremos discursos parlamentarios, ya que el número de

congresales incapaces de hablar, es mayor y menos perjudicial que el de sus colegas verbosos.

En cambio se establecerá una «Sección Latas», donde se reproducirán los editoriales de todos los diarios, los manifiestos y discursos de Su Excelencia el Presidente de la República y las publicaciones a favor del Protocolo que necesiten hacer los aspirantes a cónsules.

Tomando en consideración la carestía del papel, sólo atacaremos al gobierno en aquellas eventualidades en que proceda con acierto. De ordinario colaboraremos a su acción, abriendo un registro en que podrán inscribirse todas aquellas personas que deseen una ocupación decente y bien remunerada, ya sea como gestores administrativos, albergados, turistas al Brasil, o simples asistentes a manifestaciones gobiernistas en plazas, teatros u otros sitios públicos.

Este es nuestro programa, y esperamos que habrá de encontrar en el público la acogida que merece.

PROLONGACION DE LA VIDA

La vida está insoportable.

Hace dos meses que el Gobierno no hace ningún disparate de consideración.

El terremoto del norte comienza a perder su actualidad, el protocolo ha pasado. Su Excelencia guarda silencio, el mar permanece tranquilo, la crisis continúa lo mismo, y si no fuera por uno que otro caballero que se entrega a los galenos con el propósito de rejuvenecer, no habría ni de qué conversar.

Porque este intercambio de glándulas con nuestros hermanos inferiores los monos,—como los llaman los miembros de las sociedades protectoras de animales,—es lo único que mantiene el interés y la charla cotidiana.

La gente trata de prolongar la juventud, ese dulce período de las ilusiones, las locuras, la inexperiencia y los errores perdonables.

Pero la juventud, estilo Voronoff, la juventud a base de mono, la juventud quirúrgica, carece de todos esos defectos, que son precisamente sus encantos. Porque una juventud sin ilusiones, ni locuras, experta, precavida, desconfiada y prudente, no es juventud, ni cosa que lo valga.

El descubrimiento del doctor Voronoff se reduce, en

buenas cuentas, a prolongar la vida, la vida humana. triste, accidentada, pesadosa y llena de responsabilidades.

Para ello hay que sacrificar la existencia alegre, despreocupada e inconsciente e higiénica, de un orangután, y abandonarse a los peligros del bisturí, los anestésicos y las infecciones.

¿Gana el concierto universal con que en vez de un mono feliz y alborozado en la selva, haya en la ciudad un hombre aburrido o inquieto?

Yo no sé lo que pensará a este respecto el doctor Voronoff ni siquiera si habrá mirado el asunto desde ese punto de vista; pero entre un mono alegre y un hombre triste, estoy por el primero.

Por lo demás el aumento de la longitud vital, es una cuestión de tiempo y por lo tanto relativa, conforme a la teoría de Einstein.

Si ante el prosaico mecanismo del reloj, todas las horas son iguales, no lo son para el hombre, que al fin y al cabo es el único interesado en su mayor duración.

Desgraciadamente, las horas felices parecen no durar un minuto, y las malas, ruedan con la lentitud de los años.

De ahí que alguien haya dicho que «no es que los hombres sobrios vivan más, sino que se les hace más largo el tiempo».

Y hay en el mundo una cantidad de gente que, sin ser el doctor Voronoff, ha descubierto el secreto de prolongar la vida, de hacerla lenta, pesada, y hasta interminable.

Esos hombres se llaman según los casos, oradores parlamentarios, internacionalistas, sociólogos, polemistas sobre asuntos vinícolas, economistas, lateros o simple-

mente periodistas como lo habrán notado los que han leído estas líneas.

Pueden ellos darme las gracias de que les haya prolongado la vida, sin necesidad de cambiarle las glándulas intersticiales.

TUTENKHAMEN

El cable nos trae la noticia del fallecimiento de Lord Carnarvon, el célebre egiptólogo descubridor de la tumba de Tutenkhamen.

Un insecto desconocido, acaso un exantemático del tiempo de los faraones, ha puesto término a los días del ilustre hombre de ciencia, cuando sus manos tocaban ya el último velo del misterio que cubre aún al monarca de la décima octava dinastía.

Al fondo de la antecámara henchida de tesoros como un sueño oriental, se alzaba un muro sellado, que oculta, según los sabios, el sarcófago sagrado, donde el rey de Egipto duerme su sueño milenario.

Lord Carnarvon no alcanzó a profanar ese recinto.

El espíritu de Tutenkhamen se ha adelantado a recibirlo sin duda con esa mueca burlona y desdeñosa que parece estereotipada en los rostros de las momias.

Para muchos una momia no pasa de ser un trozo de carne humana conservada, una especie de «charqui» de museo. La aduana portuguesa, según Eca de Queiroz, asimiló en cierta ocasión los venerables despojos de un Ramsés al arenque salado, para los efectos del pago de derechos.

Yo no me explico, sin embargo, qué extraña sugestión

ejercen sobre mí esos rostros pálidos y secos, que miran hacia adentro, esos labios descoloridos que se distienden en un rasgo irónico de supremo desprecio por todos los que viven, se afanan y sufren en la tierra.

Parecen tan superiores, tan misteriosos, tan henchidos de fuerzas de ultratumba que se encuentra razón a Conan Doyle, cuando cree que la muerte de Lord Carnarvon se debe exclusivamente a una venganza de los faraones al ver sus tumbas profanadas.

Esta afirmación está, además, abonada con la siguiente carta de Tutenkhamen que reproduzco a continuación sin comentario.

Señor redactor de *El Diario Ilustrado*.—Presente.

Apreciado señor:

Con motivo de algunos párrafos publicados en la prensa, con ocasión de la muerte de Lord Carnarvon, puedo decir a usted lo siguiente:

«Yo maté al inglés por curioso y por ratero. Empezó por meterse a mi antesala y no me dejó cosa en su sitio. Yo tenía allí unas sillas. El Lord pudo convencerse de que eran estilo imperio con las clásicas ornamentaciones de cabezas de carnero, patas de león, cuellos de cisne, etc., y sin otra diferencia que ser talladas en madera de sicomoro en lugar de caoba. Me llevó, no obstante, las sillas; me llevó además la carroza pintada de oro y azul, colores que desde antiguo simbolizan a todos los gobiernos.

No contento con estas raterías, se disponía a penetrar en la cámara mortuoria, donde yace mi cuerpo embalsa-

mado, si mal no recuerdo, desde el año 1328 antes de Cristo.

¡Esto era demasiado! Llamé al gran sacerdote que en mi reino solía hacer las veces de director de sanidad y le encargué que cumpliera sus funciones...

Al obrar de esta manera, he obedecido a un sentimiento de pudor. ¡Ud. me hallará razón!

Yo no quiero que me vean sin sesos, con las manos puestas en el corazón y tan sujeto y entrabado que no me falta más que hablar, para que cualquiera me tome por algún Presidente de República.

Y yo soy un faraón que me respeto.

En la momia no estoy bien; puedo decirlo sin jactancia, tengo allí un aire grave y solemne de político chileno que no tuve nunca en vida. Esto se debe, sin duda, a la influencia de las sales de natrón con que he sido desecado, porque—la verdad sea dicha—me he conservado a fuerza de salitre como el jamón y el Gobierno de su patria; pero ésta no es una razón para que se me confunda con el uno ni con el otro.

El respeto religioso que, como buen egipcio, abrigué por algunos animales, no me llevó nunca a ponerlos en los puestos más altos de la administración, y en cuanto a la inamovilidad de que doy pruebas ahora en el sarcófago y que me asemeja un tanto a los jueces y hasta a algunos alcaldes de su tierra, es sólo efecto del estado de momificación.

Esto Ud., ahora, lo ve claro. Sin embargo, a pesar de todas estas explicaciones, estoy seguro de que si Lord Carnarvon me hubiera descubierto, nadie le habría quitado de la cabeza la idea errada de que los faraones, a

juzgar por todos los signos externos, éramos casi iguales a algunos mandatarios y políticos modernos.

Para evitar esta deshonra a la décima octava dinastía, me he visto obligado a proceder en la forma que lo he hecho.

Le ruego, señor redactor, hacer llegar al público por intermedio de su digno diario, la presente aclaración de mi conducta.—(Firmado).—TUTENKHAMEN».

ACADEMICOS

La grippe ha tenido su repercusión en el campo de las letras.

Más previsora que la naturaleza, la Academia Chilena, en vista del aumento de la mortalidad, ha resuelto incrementar el número de los inmortales.

Cinco caballeros de buena voluntad y además un escritor—don Carlos Silva Vildósola,—han jurado ante los Santos Evangelios imitar a este último y respetar en adelante los fueros del idioma.

Nada tiene esto de particular. Desde tiempo inmemorial, los senadores, por haberse extraviado el Evangelio destinado a ese objeto, vienen prestando el juramento constitucional sobre un volumen del Diccionario de la Lengua, cuyo formato se asemeja lo bastante al de aquél, para salvar las apariencias.

En un país en que los padres conscriptos juran ante el Diccionario, es perfectamente lógico que los académicos juren ante los Santos Evangelios.

Por lo demás, se necesitaría poseer un sutil espíritu de investigación para poder distinguir a un académico chileno del resto de los ciudadanos. No rige con ellos la frase bíblica de «por sus frutos los conoceréis».

Porque una de las características más comunes a nuestros «inmortales», es la de no ser literatos. Entre ellos hay políticos, funcionarios públicos, historiadores, co-

leccionistas de dichos populares, abogados, etc.; pero los escritores, brillan, en general, por su ausencia.

La última hornada académica puede servir de ejemplo. Figuran en ella, además del señor Alessandri—que dejando a un lado las incorrecciones de lenguaje, tiene justos títulos para optar al cargo, por el desarrollo y la importancia que ha sabido dar a la lengua durante su mandato,—el señor Yáñez—no el literato don Nathanael, sino el político don Eliodoro;—el señor Dávila, que no es, por cierto, el director de «La Nación», sino el marido de una de nuestras más distinguidas artistas; el señor Laval, que ha ocupado largos años un puesto en la Biblioteca; y el Padre Morales, virtuoso miembro de la Comunidad Franciscana.

Don Carlos Silva Vildósola, que completa el número, como una demostración de que aun escribiendo bien, se puede ser académico, semeja casi un artístico lunar en ese grupo de hombres arrancados a las más diversas actividades del país.

Ni don Pedro Nolasco Cruz. ni don Alberto Edwards, ni don Eliodoro Astorquiza, han contado con un solo voto para hacerle compañía.

Aun más,—descendiendo a la juventud que se levanta,—ni don Rafael Maluenda, autor de los mejores cursos de uno de los académicos recién nombrados, ni don Mariano Latorre, con «Zurzulita»; ni Prado, con «Alsino»; ni Acuña, con Capachito; ni siquiera Barrios, con el «Hermano Asno»—que podría muy bien haber entrado—han hallado cabida bajo la cúpula, o, mejor dicho, el tejado de vidrio de la Academia Chilena.

Para entrar allí—haciendo las debidas salvedades—se requieren otras condiciones, ajenas en absoluto al culti-

vo de las letras, lo que habla muy en alto, si no del afecto hacia la lengua castellana, del espíritu patriótico que preside las resoluciones de la docta corporación.

La Academia Chilena, amante antes que nada de la verdad, ha querido ser el fiel reflejo del país; ha querido demostrar a la madre patria y al mundo, que Chile es un pueblo práctico que desdeña las disquisiciones literarias por las realidades del trabajo; ha querido, en fin, demostrar que en este rincón de la América, la instrucción y la cultura no son patrimonio de las clases altas, y que, en consecuencia, a pesar del analfabetismo, el resto de la población no se encuentra, respecto a ellas, en una situación tan desventajosa como se pretende.

Al leer los discursos de los académicos chilenos, sus colegas españoles se convencerán de la altivez de nuestra raza, puesta a prueba por la espada de Ercilla, raza indomable que no ha aceptado jamás ni el idioma, ni la ortografía, ni las reglas de sintaxis de los conquistadores.

Cuando, v. gr., el académico señor Alessandri, diga que «la nave del Estado, una de cuyas ramas más profundas constela en el corazón del actual mandatario, le satura con las pulsaciones del alma popular», u otras metáforas por el estilo, Maura y sus colegas comprenderán toda la audacia y toda la iniciativa del pueblo que no lograron dominar los bravos tercios iberos en cuatro siglos de lucha.

Todo esto honra a la Academia nacional y hace que el público se felicite de la acertada designación de sus anteriores miembros, y también de estos últimos, o sea, de sus miembros posteriores.

PORTALES QUIERE MARCHARSE

A diferencia de lo que pasa con los jueces, las estatuas chilenas se caracterizan por su movilidad.

No hay esfinge de hombre ilustre que no esté expuesta a abandonar su pedestal y ser trasladada a otro lugar, como sucedió hace poco a Manuel Rodríguez y su sable; despojados de la noche a la mañana del sitio que ocupaban frente a la Estación Mapocho, por un simple decreto de la autoridad local.

La estatua «e movile
Cual piuma al vento...»

Y lo peor es que los próceres, en vez de protestar de tal procedimiento, tratan de acogerse a los beneficios de la movilidad.

Ahí está, sin ir más lejos, Portales. Don Diego—me lo ha manifestado hace poco, aprovechando una noche de neblina propicia a las confidencias,—no quiere continuar ocupando el puesto que, durante tantos años, ha servido a entera satisfacción del público, ante la austera y ancha puerta del Palacio de Gobierno.

Estoy cansado —me dijo,—ya soy viejo, pertenezco a otras épocas y comprendo de una manera muy diversa de la actual, mi papel de monumento. Yo entiendo que

me han puesto aquí para servir de ejemplo y de recuerdo; pero no para ocuparme en menesteres triviales y mezquinos. Cuando la gente, basándose sin duda en mi perfil ascético, dió en compararme a Manuel Rivas, no dije una palabra, a pesar de que no me hacía pizca de gracia el parecido; pero ahora las cosas se han extremado. Hace poco, y cuando menos lo esperaba, me tocó servir de «referee» en un «match» presidencial. Su Excelencia corría tras un estudiante que lo había injuriado y al cual venció «por puntos» al cabo del primer «round», según me vi obligado a controlarlo. Siempre he sido partidario de la autoridad y no puedo negarle que, a pesar de la imparcialidad que me exigía mi rol de árbitro, aplaudí el «wing» derecho y el «recto a la mandíbula» que dirigió el señor Alessandri y celebré su perfecto estado de entrenamiento; pero como el año 33 no se estilaban estas cosas, me sentí molesto en esta ocupación tan deportiva, pero tan ajena a mi cargo de ex-Ministro. Por otra parte, como en mi mano tengo un manuscrito y no un cronómetro, tuve que guiarme por el reloj del Ministerio de la Guerra, que no debe marcar el tiempo con mucha regularidad, a juzgar por las últimas reincorporaciones de algunos jefes que, a dar fe a sus partidas de nacimiento, debían estar desde mucho tiempo jubilados (1).

No es vida, además, la que se lleva aquí soportando a diario las protestas de un grupo de albergados que, conforme he oído, es el único pueblo de que dispone el Gobierno para apoyar los intereses extranjeros en materia

(1) Desde el 23 de Enero de 1925 el reloj ha comenzado a adelantarse en tal forma que es raro el militar que no ha ascendido tres grados en dos meses.

de salitre. Un pueblo tan escaso y tan caro—ya que su mantenimiento cuesta treinta mil pesos diarios al Estado, —un pueblo, sobre todo, que no comprende las palabras de Su Excelencia cuando le pide que vaya «con orden y compostura» a molestar al Senado, no es una compañía halagadora para un estadista de mi cuño.

El otro día—¡y mire usted cómo entienden las cosas estos hombres!—justamente en los momentos en que Su Excelencia se acercaba a ellos en actitud de buscar algo, comenzaron a gritar: ¡Atájenlo! ¡Atájenlo! Lo decían por un perro, un maldito perro fox-terrier que acompaña al Presidente y que me tiene ya inservible el pedestal; pero yo no le di, en tales instantes, el verdadero alcance a este incidente perruno-presidencial y pasé ratos muy amargos. Me imaginé que iba a tener que controlar un nuevo match, como el de los estudiantes.

En fin, todo lo soportaría, si los desagrados que cotidianamente veo ocasionar al Primer Mandatario, provinieran sólo de los muchachos de la federación o de los desocupados de los albergues, pero no parten exclusivamente de ellos.

No hace mucho Su Excelencia tuvo la gentileza de invitar a la Moneda a los miembros de la Comisión de Legislación Social. Se negaron a asistir. Les ofreció entonces concurrir a sus sesiones. No quisieron que fuera.

Sin descorazonarse por semejantes fracasos, invitó a los demócratas a su despacho para tratar con ellos de algunos asuntos de interés general. Los demócratas declinaron también la invitación. El invitante salió de tino y los invitados también. Hasta aquí oigo el chirrido de la rotativa ministerial que comienza a girar nuevamente sobre sus gastados ejes.

Este ya no es el régimen del amor. ¡Es el régimen del desaire!

Y ahora, para colmo, entre las innumerables soluciones más o menos atrevidas para arreglar la última crisis, se ha llegado a proponer la formación de un gabinete compuesto de amigos personales de Su Excelencia.

Pero, ¿Su Excelencia tiene actualmente amigos? ¿Dónde están ellos?

No se encuentran, por cierto, entre los estudiantes que cayeron en el «ring», ni entre los senadores cuyas sesiones van a interrumpir los albergados, ni entre los diputados que se niegan a asistir a la Moneda, ni entre los propios partidarios de hace un año que hoy no quieren terciar con los restantes.

Por más que saco la cuenta de los amigos personales, no veo más que dos o tres caballeros con cuerpo para Ministro, pero están muy ocupados en unas gestiones administrativas que no pueden desatender por el momento. No quedan sino los albergados y el fox-terrier. ¿Recurrirá a ellos Su Excelencia para formar su próximo ministerio?

Lo ignoro. En todo caso, no estoy dispuesto a que alguna de esta gente se diga sucesor mío. Yo emigro, yo me voy, mi amigo, con decreto o sin decreto del alcalde; aunque sea al otro lado del Mapocho, como el pobre Manuel Rodríguez...

Y Portales se embozó en los broncíneos pliegues de su capa, con aire de emprender la retirada...

Yo me anticipé a seguir su ejemplo para no verme comprometido en esta fuga.

UNA DEFENSA ACADEMICA

¡Desdichado de mí que sólo ahora, por una casualidad, vengo a imponerme de los méritos de la mayor parte de los académicos nombrados últimamente!

Todos los esfuerzos que hice en este sentido, entre los círculos intelectuales, no me habían dado resultado alguno.

Pero el Jueves me impuse por una carta de las obras publicadas por el académico señor Morales, y ayer—también por vía postal,—he logrado penetrarme de los merecimientos de algunos de los nuevos «inmortales».

Faltaría a la hidalguía si no reprodujera esos conceptos.

He aquí la carta:

«Despreciado señor:

En su artículo del Martes titulado «Académicos» se refiere Ud., con una ligereza impropia de tan grave cuestión, a la personalidad de alguno de los miembros recientemente elegidos para ocupar las vacantes producidas contra su voluntad en el seno de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española.

Una apreciación suspicaz y malévola en contra del

«individuo» señor Alessandri—este es el tratamiento que le otorga la Academia—apreciación que tiende a hacerlo aparecer como poco experimentado en el manejo de la lengua, me obliga a levantar, antes que nada, tan injusto cargo.

Nadie con más méritos que el señor Alessandri para llevar el título de Académico de la Lengua; nadie, tampoco, que haya cooperado más a la difusión de la palabra oral y escrita.

La importancia que ha sabido conceder al uso de diversos chilenismos—como puede aseverarlo don Ismael Edwards Matte—ha contribuído a dar al habla castellana una fuerza de expresión desconocida hasta ahora. Es preciso retroceder hasta Cervantes, y recordar algunas de las frases que el Ventero dirigiera a Maritornes para encontrar modelos de oratoria que se asemejen vagamente a la que el nuevo académico ha sabido cultivar entre nosotros.

Pero no sólo este servicio debe el idioma nacional al señor Alessandri.

A sus discursos parlamentarios que no cabrían en quince tomos en cuarto, hay que agregar todo un estudio de fisiología comparada entre la fecundidad del odio y del amor que ha revolucionado la ciencia en tan importante materia.

Tiene, además, en preparación un pequeño volumen sobre promesas electorales que dará al público con el poético nombre de «Ilusiones».

Omito, en obsequio de la brevedad, la cita de algunos discursos, verdaderos prodigios de elocuencia, atribuídos caprichosamente a la pluma del conocido cuentista y autor de «Los ciegos» y «Venidos a menos»—obras pu-

blicadas respectivamente, antes y después de la campaña electoral—D. Rafael Maluenda.

En cuanto al académico señor Laval hay que reconocer que ha prestado grandes servicios a la literatura en el importante ramo de Folklore, ciencia que tiene por objeto recoger y publicar los adagios, dichos, cuentos y demás tonterías populares.

A su paciente investigación se debe la conservación para las generaciones venideras del delicado poemita criollo:

Una vieja en Cuaresma
Se fué a Chuchunco
Con pantalón de a cuadros
Y tarro de unto.

La higiene le agradece también al folklorista la divulgación de las máximas llenas de sabidurías:

«De cuarenta para arriba
No te mojes la barriga,
Cabeza y pies
Rara vez».

Y otras de la misma índole.

No se escapará a usted, por ignorante que sea, la importancia de la ciencia cultivada con tanto esmero por el señor Laval. Desde el punto de l vista doctrinario ella tiende a demostrar la falsedad del aforismo «Vox populi, vox dei» y desde el punto administrativo a la condenación del sufragio universal, basado en la cultura de las clases modestas.

El académico señor Yáñez, además de un libro de viajes por España, obra no tan célebre por su estilo sino por la novedad del tema, puede exhibir también con orgullo, para ingresar a la Academia, dos tomos de editoriales uno a favor y otro en contra del Gobierno, que corresponden a dos períodos igualmente definidos—ante bélico, y post-bélico—o sea antes y después de comenzar la lucha senatorial por Valdivia. Ambos tomos se completan y llevan el nombre de «Solución de Conjunto».

Por lo que respecta al cuarto académico en discusión don Ricardo Dávila, si bien no ha escrito ningún libro, está dispuesto a criticarlos todos, y es el hombre llamado a evitar el desprestigio de la Academia Chilena. Ninguno, en efecto, como él, sabe exponer con mayor lentitud una materia, darle carácter trascendental, exagerar su amplitud, e impedir, en una palabra, que pueda ser leída. En estas condiciones la crítica pierde su carácter molesto, para dejar, tras de sí, la impresión de que la obra a la cual se refiere es acreedora a un largo y detenido estudio.

Un académico así, era absolutamente necesario a una institución contra la cual se ensañan todos los envidiosos, los ignorantes y los tontos, entre los cuales usted ocupa, sin duda, el primer puesto.

Saluda a usted, despectivamente. —UN FUTURO ACADEMICO».

Después de la carta que antecede, comprenderá el lector que no me queda otro recurso que callarme.

¡PASO AL FRAC!

He aquí al país en presencia de una grave cuestión de indumentaria.

S. E. ha decidido que los miembros del Congreso asistan a la ceremonia de apertura de las Cámaras en traje de etiqueta.

Los fraques, enemigos declarados de la luz, lo mismo que los murciélagos, saldrán de nuevo a relucir en obscura bandada, como en los antiguos tiempos en que el gobierno del país aun no se hacía de «palabra», y el adjetivo «honorable» jamás perdía su sentido al pasar del diccionario al parlamento.

Como la democracia y la elegancia suelen andar algo reñidas, hay personas que han creído ver en esta resurrección de indumentaria un rasgo antidemocrático del señor Alessandri, tan arcaico como su escudo de familia, en que un león con banda se erguía proféticamente en campo de gules, en actitud de rasguñar el presupuesto.

Nada más falso que semejante concepto sobre el frac.

Si desde hace algunos años a esta parte, la grave y severa prenda de vestir ha sido esencialmente aristocrática, preciso es recordar que en 1810 el frac fué republicano y se opuso a las doradas y opulentas casacas de los marqueses coloniales.

Preciso es recordar también que ahora, bajo el imperio de la crisis económica que propicia con tanto acierto el gobierno del amor, el frac ha ido poco a poco acentuando sus ideas, hasta convertirse casi en un emblema de pobreza.

Una chaqueta representa siempre un valor cierto; un chaqué, aunque algo ridículo, puede servir para sacar de apuros. Díganlo si no los estudiantes universitarios, los poetas y los maestros de escuela. ¡Pero un frac! ¿Qué se hace con un frac en tiempo angustioso?

Cortándole las colas, queda un traje inverosímil; la tela de los faldones no basta para darle forma humana, y apenas sirve para completar el mezquino chaleco. ¿Venderlo? ¿A quién? Los ricos no lo compran, a los pobres no les sirve y, sobre todo, no lo pagan. ¿Llevarlo a una agencia? Inútil. No pasan nada por él.

El frac es, sin duda alguna, la prenda de la pobreza, el sambenito de la necesidad, el baldón de la miseria.

Además, es grave, serio, casi fúnebre, con esa tristeza que provoca a risa y hace el dolor dos veces triste.

Ninguna «toilette» más a propósito para concurrir a una ceremonia como la apertura del nuevo Congreso, en un día nebuloso como la política, en que el cielo amenaza lluvia y el gobierno emisiones de papel moneda, y los empleados fiscales no perciben sus sueldos y el cambio baja, y las huelgas agrícolas anuncian acabar con las cosechas, y el salitre no se vende, y los fondos de los empréstitos pasados se evaporan, y la Cámara se puebla de elementos malsáneos, y el país se va hundiendo lentamente en un océano de palabras amorosas y vacías de sentido.

Para una ceremonia de esta clase el frac está indicado.

Cada representante de la Cámara y, en especial, cada miembro del Gabinete debe llevarlo conforme a los deseos de S.E.: grande, amplio, inmenso, que, más que un frac, sea un «fracaso» que oculte y disimule en lo posible la verdadera talla del político.

Ellos se sentirán así más a sus anchas, y el Presidente se hará por un instante la ilusión de que habla a un congreso antiguo, a uno de esos congresos respetables que asistían al Parlamento a oír el «único» discurso que pronunciaba en el año S.E., para imponer al país de la marcha de la administración.

Venga en buena hora la resurrección del frac, y sea ella el comienzo de una nueva vida. Incorpóresele en las costumbres, concédasele patente de traje cotidiano, conviértasele en uniforme bajo el nuevo régimen, y, sobre todo, ábrasele mercado y permítasele atravesar los mostradores de la Caja de Crédito Prendario.

Cientos de fraques verdinegros, ahogados en naftalina, con los codos algo gastados por el uso, esperan palpitantes el momento de «brillar» a la luz pública.

El país saluda en ellos al nuevo uniforme de la democracia.

LA LOCURA DEL BOX

Más de veinte mil personas abandonaron anoche sus hogares con el objeto exclusivo de saber si Firpo o Dempsey había «descarretillado» a su adversario.

Sin conocer tan funesta nueva, ni esas veinte mil personas, ni el resto de la población que esperaba anhelante sus noticias, habría podido conciliar el sueño.

Santiago entero estaba pendiente, no diré de la boca, pero sí de las mandíbulas de los campeones.

Empezaré por confesar—y ruego al lector se sirva no achacar esta declaración a cobardía—que el box no me disgusta. Como deporte, es más útil para la vida que el golf, el tennis o polo. Tiene además sobre ellos la ventaja que para ejercitarlo no requiere aparatos especiales. Los guantes son un lujo del cual puede prescindirse sin peligro alguno para el jugador, que, sólo por esta economía, obtiene una situación preponderante sobre su adversario.

Pero así como amo el box—y esto debo confiarlo a mis lectores bajo palabra de guardar reserva—detesto a los boxeadores.

El boxeador profesional, el hombre de pelea, que re-

sume todas sus facultades en los puños, que vive para entrenarse y no tiene más objeto en la existencia que el de aturdir en público a sus semejantes, resulta un ser inadecuado al desarrollo del país, ya que en lugar de aumentar la población, la disminuye.

La circunstancia de que las víctimas sean, también, boxeadores, no alcanza a ser una excusa: ¿quién otro se atrevería a ponerse al alcance de sus puños? Y en cuanto a la escasez de defunciones, ello se debe solamente a falta de entrenamiento del campeón que aplica el golpe.

No hay que olvidar que el knock out, que constituye en el ring la cúspide de la gloria boxeril, no pasa de ser fuera del tablado y un metro más allá de los cordeles que lo cercan, un delito penado por las leyes.

«El que hiriere, golpear o maltratare de obra a otro —dice el artículo 397 del Código Penal— será castigado como reo de lesiones graves».

El arte de los boxeadores, su astucia, la presencia de la policía y el premio que reciben por su triunfo, son sólo circunstancias agravantes, que caen en los incisos 2.º, 4.º, 5.º, 6.º, 11 y 13 del artículo 12 del Código Penal.

Según tales disposiciones, son circunstancias que agravan la responsabilidad criminal de un delito.

«Cometerlo mediante precio, recompensa o promesa». (Premio otorgado por el empresario).

«Aumentar deliberadamente el mal del delito causando otros males innecesarios para su ejecución». (Bofetadas inútiles, que son todas las anteriores a la que produjo el K. O.)

«En los delitos contra las personas, obrar con preme-

ditación conocida (entrenamiento) o emplear astucia (arte), fraude o disfraz». (Pantalón corto, zapatillas y guantes).

«Abusar el delincuente de la superioridad de su sexo o de sus fuerzas, en términos que el ofendido no pudiese defenderse con probabilidades de repeler la ofensa». (Caso de Dempsey contra Firpo).

«Ejecutarlo con auxilio de gente armada o de personas que aseguren o proporcionen la impunidad». (La policía que resguarda el sitio).

¡Un delito! Eso es pura y simplemente ante la ley, el fin último de los espectáculos del box: el knock out.

Desde el punto de vista médico, el knock out es una conmoción cerebral producida por la percusión del cóndilo en la masa encefálica.

Ahora, desde el punto de vista individual, el knock out es algo sumamente desagradable, que obliga a quedarse involuntariamente de espaldas en el suelo, mientras un hombre de chaqueta blanca le cuenta sentenciosamente de uno hasta diez.

Realmente no hay derecho para formar tan entusiasta algazara en torno de un ciudadano capaz de producir semejantes resultados.

Verdad que en Chile bien poco importa la vida humana y no siempre se respeta la sabia opinión de los facultativos; verdad también que las leyes se toman tan poco en cuenta, que hace apenas cuatro días la Comandancia de Armas castigó a varios oficiales ebrios que habían disparado contra el retrato de nuestro Primer Hablador, sin tomar en cuenta, al aplicar ese castigo, que, según la Constitución, «la fuerza armada no puede delibe-

rar», y que los oficiales, por razón de su estado, cumplieran plenamente con ese requisito.

Sólo este desprecio por la ley, la medicina y el prójimo explica que el knock out, y su legítimo productor el boxeador, sean considerados casi como una institución nacional.

LO QUE VALE UNA VIDA

«Los problemas sociales no se resuelven a balazos; cada vida está avaluada en ochenta mil pesos, de manera que no sólo por vanidad, sino por conveniencia para la economía nacional, hay que evitar los procedimientos que acarrean las pérdidas de vida».—(*Palabras del señor Arancibia Laso, «El Mercurio», 11 de Febrero*).

«En uno de estos encuentros los señores Arancibia y Gandulfo corrieron revólver en mano, amenazando a los contra-manifestantes, pero sin disparar».—(*«El Mercurio», 14 de Febrero*).

Don Héctor Arancibia estima—y es persona que entiende en materia de avalúo de los hombres—que cada individuo, sólo por el hecho de estar vivo, vale \$ 80,000 redondos.

No es, precisamente, éste un valor comercial. Si un ciudadano se presenta al Banco de Chile, v. gr., pidiendo un préstamo con garantía de su propia persona, es probable que el gerente le manifieste acto continuo, con la mejor de sus sonrisas, que necesita «consultar al di-

rectorio». «Consultar al Directorio», en términos bancarios, es sinónimo de «pasar el proyecto a comisión», en jerga legislativa, o de la frase «no tenga usted cuidado, lo tendré muy presente», con que los políticos despiden a los que solicitan algún empleo público.

Pero de todas maneras el saber que uno—aun cuando sea poeta, pentecostal, motociclista, o diputado, y no produzca el interés correspondiente—equivale a una suma respetable de dinero, halaga profundamente el amor propio.

La mayoría de la gente no lo sabe, y de ahí que haya, todavía, desgraciados que se vendan por sumas irrisorias.

El propio señor Arancibia, que es técnico en materia electoral, debe haber tropezado, en más de una ocasión, con individuos baratísimos, ciudadanos que no saben estimarse y se enajenan por mucho menos del «precio de costo», que es cuanto cabe decir en una raza tan prolífica y viril como la nuestra.

Realmente, hay elecciones que parecen verdaderas «baraturas».

Lo que no entiendo claramente es cómo el señor Arancibia ha hecho sus cálculos para llegar a obtener esta cifra única de \$ 80,000, en que estima la vida de cada uno de los habitantes «cualquiera que sea su edad, sexo o condición», como dice el Código Civil.

Nada más difícil, en efecto, que obtener un promedio sobre cantidades que, a su vez, es difícil calcular.

¿Quién es capaz de decir siquiera aproximadamente lo que vale una vida?

Las compañías de seguros tienen tablas especiales en las cuales se toma como base la edad, la salud y, más que todo, la prima que abona el suscriptor para apreciar el valor de éste.

Pero en la tasación de un individuo, hasta los detalles más insignificantes alteran el resultado del problema.

—El casco pelado de un hombre soltero—decía un celibatario empedernido—vale trescientos mil pesos.

—Verdad—le dijo un agricultor,—pero debo observarle que, a diferencia de lo que pasa con los fundos, esos cascos valen más sin animales que con ellos.

La observación del hacendado señalaba sólo uno de los muchísimos factores que influyen en la justipreciación.

No hay dos vidas que valgan exactamente. Aun desde el punto de vista netamente comercial, la vida de Edison, por ejemplo, no puede considerarse de igual precio que la del Pope Julio, o la del Gobernador de Melipilla.

Por lo demás, no hay dos personas que se pongan de acuerdo para hacer el avalúo. Es inútil nombrar, para este efecto, peritos y hombres buenos, pues no logran entenderse.

Para el señor Arancibia—verbi gracia—nada vale la persona del señor Pinto Durán.

Para el señor Pinto Durán nada vale la persona del señor Arancibia.

Y esto se debe a que la estimación del individuo varía con la oportunidad, la hora y hasta con el estado de ánimo del tasador.

Diez minutos antes del asalto a la oficina de San Gre-

gorio, nadie habría sido capaz de decir cuánto valía la vida del teniente Argandoña, ni en cuánto el teniente Gaínza estimaba la suya.

Hace apenas una semana que el señor Arancibia decía que la vida de cada hombre valía \$ 80,000, y anteayer, modificando de hecho su avalúo, empuñando un revólver, amenazaba con quitársela a algunos ciudadanos, sin pensar en abonarles la suma correspondiente.

Convengamos en que, para la persona humana, no hay avalúo seguro, y, sobre todo, en que no es posible señalar un cifra común para la vida de cada uno de los miembros de la colectividad.

Así como hay algunas que valen mucho, muchísimo, que son realmente inapreciables; hay otras que no valen nada, o, lo que es peor, sólo pueden estimarse en cantidades negativas.

¿Cuánto vale, en efecto, la de un agitador, un anarquista o un asesino que es causante de la muerte de cinco, diez o quince ciudadanos?

Según la fórmula del señor Arancibia, el problema sería muy sencillo. Estimando el valor del asesino en \$ 80,000, como el de sus víctimas, y representando el primero por A. y por N. el número de éstas, tendríamos la siguiente ecuación:

$$A.=80,000-N. (80,000)$$

En otros términos, el individuo que hubiera causado la muerte de tres personas, aun pagando él con su vida, tendría un saldo en contra de \$ 160,000, es decir, en

términos algebraicos, su vida valdría «menos ciento sesenta mil pesos».

No es posible, pues, aplicar a los criminales—llámen-se agitadores, subversivos o anarquistas—el criterio del señor Arancibia, porque sus vidas valen menos que nada.

En estos casos conviene aplicar, más bien, el criterio judicial, que cuando condena a muerte a un asesino, no paga indemnización a la familia del ajusticiado.

CON EL PLESIOSAURO

DIEZ MINUTOS DE CHARLA

Con más suerte que la delegación científica argentina, logré el Jueves, entrevistar al Plesiosauro.

Es un animal de edad proveya, aseado, hasta el extremo de darse quince o veinte baños diarios, lento en el andar y fisonómicamente parecido a Clemenceau.

Es cortés y asequible; no hizo más que verme y salió inmediatamente del lago.

No pude reprimir un gesto de estupor que él notó al momento, lo que no es extraño, recordando que es un bruto que ve debajo del agua.

—¡Ah, con que usted tampoco creía en mi existencia! No es raro, tratándose de una persona tan antigua y—si me permite esta pequeña falta de modestia—tan importante como yo. Piense usted que muchos críticos dudan de la existencia de Homero, del Cid, de Shakespeare y de una cantidad de personalidades que, puede decirse, han muerto sólo ayer. Y pasando a los vivos, ahí tiene usted al doctor Lois que pone dudas nada menos que a la existencia de Dios...

—Señor—me atreví a decirle—nadie ha dudado de su

peregrinación sobre la tierra, pero se le creía ya en estado de fósil.

—Lo mismo dijo Pablito de don Enrique Mac-Iver, que es mucho más joven que yo. ¡Son niñerías!

—Pero, si usted estaba molesto con estas apreciaciones ¿por qué no se dejó ver de la comisión argentina?

—Le diré francamente. Creí que podrían hablarme del ferrocarril de Salta, y como yo soy hervíboro, es decir, agricultor, y conservo la idea de mi época, no quise darme un disgusto...

—Sin embargo, ahora ha salido...

—Sí; por razones políticas.

—¿Cómo?

—Me he dicho que podría ocupar algún puesto en el gobierno de su patria y he estado espiando la llegada de un chileno para ofrecerle mis servicios...

—¿De veras?

—Como soy un animal tan grande, y ustedes están en régimen de renovación de valores, estoy seguro de que podría hacer carrera y llegar por lo menos a Ministro...

Recuerde usted que en su patria se está volviendo poco a poco a los tiempos primitivos. Ya hay personas que hablan allí del comunismo que es un concepto anterior a la aparición del hombre; parece que muy luego desaparecerá la moneda—¡otro absurdo de la civilización!—que no habrá ferrocarriles, ni barcos y demás embelecos modernos, y los hombres andarán a pie o a naído como es lo natural y no tendrán gobierno, ni propiedad, ni capital, y todos serán iguales...

—Pero usted cree que eso es realizable...

—Por supuesto. Y el método chileno me parece el más

seguro. Es cuestión de seguir adelante con el sistema de los albergues fiscales y la supresión de pago a los empleados públicos. Dando de comer a los ociosos y dejando sin comer a los que trabajan; verá usted que luego toda la población se cruzará de brazos y empezarán a apiñarse en esos campamentos y a vivir como albergados. De ahí se pasará, cuando escasee el alimento, al estado nómada que es el más antiguo. Entiendo que ya en su país existe cierta tribu llamada radical, que vive de la caza y de la pesca, como en los tiempos prehistóricos...

Debo declarar que me sentía realmente asombrado de la versación del plesiosauro en materias políticas y sociales...

—Lo sé todo—nos dijo;—lo sé todo, hasta en sus menores detalles... ¿Quiere usted que le diga, por ejemplo, dónde reside el actual cacique, rey o como quieran llamarlo, que dirige los destinos de su patria?...

—¿A ver?

—En la parte posterior de un circo que da a la Alameda de las Delicias...

—Pero ¿cómo ha podido averiguarlo?

—¡Más sabe el plesiosauro por lo viejo que por lo plesiosauro! respondió sentenciosamente.

—¿Y qué opina de la Alianza Liberal?

—Según entiendo se parece a mí. Poca cabeza, mucho vientre y sobre todo difícil, por no decir imposible de encontrarla en parte alguna... Porque si me he dejado ver de usted es haciendo una excepción rarísima, estu-penda... Fuera de usted me han contemplado únicamente dos niños... Creo que la Alianza Liberal, también, sólo ha sido vista por dos o tres inocentes...

Aprovechando la confianza me atreví a preguntar al plesiosauro:

—¿Qué le parece el posible nombramiento del señor de Porto Seguro para embajador a las fiestas del centenario del Brasil?

El monstruo abrió los ojos desmesuradamente, sus miembros se recogieron en un violento escalofrío y lanzando un aullido de terror se hundió de golpe en las verdes aguas del lago.

EVA HABLA SOBRE LA MODA

Era la hora del lunch en el Paraíso Celestial. Con la amabilidad que le es característica, nuestra madre Eva se irguió en la nube estilo Morris en que estaba sentada y con gesto de exquisita cortesía me indicó una nubecilla para que tomara asiento.

—¿Quiere servirse una manzana?—me dijo.

Ignoro por qué el aire de femenil coquetería que subrayó la invitación me hizo recordar el otro Paraíso, con su árbol de la Ciencia, su serpiente y, especialmente, su Arcángel con espada de fuego.

—Gracias, señora,—le dije.—Me siento algo indispuerto. Las manzanas...

—¡Curioso! A muchos les pasa igual. A Adán le caen malísimo... En cambio a mí, ¿para qué voy a negárselo? a pesar de mi edad, siguen gustándome... ¡Soy incorregible!

Y volvió a sonreír con esa maldita expresión entre ingenua y picaresca que ha causado tantos daños en el mundo.

Hubo un momento de silencio. Yo pensaba, mirándola

rubia, hermosa, insinuante, que Adán no fué tan culpable como cree el vulgo y me sentía algo turbado.

—¿Y...?—agregó tratando de enhebrar la conversación interrumpida.—Usted deseaba, según me dijo Caín (Caín me había presentado), hacerme un reportaje sobre...

—Sobre la moda, señora...

—Pero ¡qué voy a decirle! Si aquí casi no se reciben los periódicos de París, y, créame, son poquísimas, poquísimas las almas que llegan bien vestidas. Casi todas vienen contando que su ajuar se les quemó en el Purgatorio. Ahora, en el Paraíso Terrenal, la moda era tan sencilla... Especialmente en otoño, cuando comenzaba la caída de las hojas...

—Señora,—le interrumpí,—por lo mismo que esa moda era sencilla y, por lo tanto, económica, interesa particularmente al público en estas épocas de crisis, depreciación de la moneda y alza de derechos aduaneros a los artículos suntuarios.

—Si es así, no tengo inconveniente en decirle lo que pienso... pero ¡por favor! si usted encuentra que digo algún disparate, no lo ponga en su revista...

— ¡No tenga usted cuidado!

—En el Paraíso, como le decía, las «toilets» eran sencillísimas y, sin embargo, ¡qué elegantes! Eso sí, se necesitaba tener muy buen cuerpo, en especial para llevar los trajes de diario. Un traje «de vestir», por supuesto, era ya más complicado. Recuerdo que precisamente el día que Adán comenzó con insistencia a hacerme la corte, después de haberme mandado no sé cuántos recados con la serpiente, me presenté a él con un vestido precioso verde higuera ¡todo de mi propia idea! Sin «canesú», sin mangas, ni nada que impidiera lucir libremente el busto.

Yo entonces era más delgada. El vestido era ¿cómo le explicaré? así, cortito. Una falda de hojas «pliséé». Sin «panier», sin «drapéries», en fin, algo muy clásico. El «corsage» se sujetaba a la espalda por medio de una guirnalda de rosas «rococó» muy elegantes. Parecían realmente flores de mano. Me coloqué, además un «sautoir» de guindas ¡de comérselo! que me caía admirablemente y contrastaba con el verde del vestido. Adán, que traía por toda cuenta un abrigo de nutria en bastante mal estado, estaba encantado y parecía sentir una especie de voluptuosidad en arreglarme los pliegues de las hojas que yo había dejado de propósito un tanto «negligé». Recuerdo que hasta el plesiosauro, que era el animal más bruto, se sentía turbado, y varias veces se acercó a olfatearme la nueva confección. Las catas, por supuesto, hablaban pestes de mí y, medio muertas de envidia, criticaban mi vestido; decían que era de un verde chillón, que le faltaba cola, que era, además, indecente. ¡En mi vida he sentido tanto gusto! Se notaba que el cetro de la moda se les iba, y que aquello les hería en lo más vivo.

Adán mismo, a pesar de ser un hombre primitivo y no estar para fijarse en vestimentas, me preguntó de donde lo había sacado y cuánto costaría un traje así. Perdonándole su mala educación, le contesté que era baratísimo, que me había ingeniado para hacerlo en la casa, y que tenía ya el proyecto de hacerme otro con aplicaciones de hoja de naranjo, que le sentarían a las mil maravillas.

El pobre hombre, que estaba como loco, se subió así, sin zapatos, tal cual andaba, a la cumbre del naranjo, y quedó hecho una lástima. Yo no sé qué me pasó. Me puse a llorar a gritos y, furiosa con las hojas de naranjo que habían sido causa de que se hiriera de ese modo, no

quise recibírselas. El, entonces, se puso también muy triste, y noté que bajaba la cabeza, y con sus puños, más robustos que los del orangután, se enjugaba los ojos. Me dió tal aflicción, que lo abracé, comencé a hacerle mimos y a decirle que no fueratonto, que yo no estaba enojada con él sino con el naranjo, y que si se ponía contento le daría una manzana muy bonita que me había regalado la serpiente. El trató de sonreírse y me abrazó tan brusca, tan torpemente, con un modo tan parecido al de los osos cuando luchan entre sí, que no pude contenerme, y con una extraña mezcla de alegría y temor, le entregué la manzana... Ya ve usted que si no es por el vestido, Adán no se habría atrevido a declararse.

—Para eso sirven las modas,—observé.

—Sí, para entusiasmar a los hombres, pero, muy especialmente, para hacer rabiar a las caturras.

—A las mujeres querrá usted decir.

—Da lo mismo. En el Paraíso no había otros espíritus de carácter femenino, por eso me he referido a las caturras. Pero esto, a usted no le interesa... Quiere que le hable de la moda ¿no es verdad? Pues bien. Casi todas las que me ha tocado ver desde el Paraíso Terrenal hasta hace poco, las encuentro abominables...

Figúrese usted que durante siglos enteros, no sólo las mujeres orientales sino también las griegas y romanas, han llegado aquí con unos trajes—¿túnicas las llaman?—que parecían una camisa de dormir, con ligeras variantes.

Después, el Cielo comenzó a verse invadido con una serie interminable de repollos. Pero ¿siquiera hubieran sido naturales? Nó; venían amarradas en el medio, lo mismo que hacía Adán con las lechugas, sólo que la ama-

rra era exagerada y la cintura, como un hilo, les daba aspecto de avispas.

Después—creo que ustedes llaman a esa época el Imperio,—volvieron a venir en camisa, pero siempre con el talle equivocado. Una de las debilidades de la mujer a través de los tiempos parece ser, por lo que he visto, la de ignorar donde tienen la cintura. Con el pretexto de la moda, se la colocan donde cae. Pero ¡más vale así! Figúrese que después les dió a mis pobres descendientes por enmendar a la Naturaleza colocándose unos bultos que por su distribución y su tamaño, no vacilo en calificar de vergonzosos.

La primera que vi de esa manera me causó una pena horrible. Creí que, efectivamente, mi raza había degenerado y las mujeres estaban engordando sólo hasta la mitad. Soy un poco curiosa,—usted lo sabe—y no pude prescindir de tocarla disimuladamente por la espalda... ¡Qué horror! ¡Estaba toda hecha de alambres! Ella se percató de mi imprudencia y, furiosa, me dijo que eso era una elegancia, que se llamaba «polizón» y servía a las mujeres para verse interesantes.

Realmente parecían estarlo; pero no veo el objeto de semejante «camouflage», sobre todo tratándose de jóvenes solteras. Recuerdo que en mis tiempos, la esposa del cangurú andaba lo mismo, pero no por elegancia, sino por comodidad y espíritu maternal.

—Y ¿respecto a la moda actual?—le interrumpí.

—¿A cuál se refiere usted?—me preguntó.—¿A la de baño o a la otra? Porque debo observarle que he notado que las señoras se visten únicamente cuando se trata de meterse al agua. ¡Qué cantidad de ropa, Dios mío! Traje cerrado hasta el cuello, pantalones, zapatillas, medias y

hasta gorra... Yo no sé qué gusto tienen en mojar la ropa. Tanto mejor sería dejar esos abrigos para los meses de invierno y bañarse en el verano con los vestidos de baile...

—¿Los haya usted de mal gusto?

—En modo alguno. ¡Si yo lancé la moda, como le dije al principio! Pero en debida forma, decente, sin exageraciones y, además, confeccionada con elementos naturales: hojas, cortezas y flores. No con esa tela inmunda que fabrican—según me han asegurado—con baba de gusanos. Yo sólo de pensar en esos bichos me horripilo. ¡No sé cómo tienen nervios para ponerse en el cuerpo una porquería semejante! Usted debía hablar sobre esto, protestar, poner el grito en el Cielo, quiero decir en la Tierra, y, sobre todo, convencer a las mujeres de que deben imitarme; ¡pero no exagerar la moda!...

La presencia de Adán, que se acercaba hojeando un libro de Zootecnia, cortó nuestra conversación.

—¡Ya está mi mujer hablando de trapos!...

—¿Cómo yo nada te digo cuando hablas de política?

—Yo trato de lo que entiendo. En cambio, tú, ¿cuándo has sabido vestirte?

—¡Ah! ¿quieres negarme también eso? A mí que hoy día —¡fíjate bien!— hoy día, después de cuarenta siglos, mantengo el cetro de la moda!

—¡No te pongas en ridículo! ¡Acuérdate de tus años!

—¡Mal educado!

—¡Indecente!

Me retiré, sin despedirme, para no verme mezclado en una desavenencia conyugal.

DON TOMÁS Y EL DIVORCIO

Acaso habrá pasado inadvertido para muchos lectores un sueltó de crónica que, a pesar de su estilo frío y conciso, es profundamente conmovedor en el fondo.

Es el párrafo que da cuenta de haberse incluido el divorcio, con disolución del vínculo, en el programa ministerial, «porque don Tomás Ramírez Frías lo pidió expresamente por telégrafo desde Zapallar».

Hay personas ilustradas que creen, sin embargo, de buena fe, basándose en la dureza de los tegumentos, el color cetrino del rostro, los ojos cenagosos y otras particularidades físicas del leader liberal aliancista, que don Tomás Ramírez nació en el Bajo Egipto, fué contemporáneo del último Buey Apis, murió hacia el año 3000 antes de nuestra Era, y habiendo pronosticado los augures que llegaría a ser Ministro en un confín remoto de la Atlántida, fué embalsamado con todos los honores correspondientes al rango de animal sagrado, que sólo por excepción se otorgaba a los simples mortales. Manos sacerdotales se habrían encargado de extraerle las entrañas, rellenar su cráneo con aserrín de sicomoro, someter su cuerpo a la acción incorruptible del natrón, y proveerlo de un aparato de relojería que le permitiera seguir ambulando por el mundo.

Aún descontando lo que pueda haber de fábula en esta narración, es profundamente conmovedor ver a un político que toca en los linderos de la senectud, que ha sido llamado al Ministerio de Justicia e Instrucción pública, y que desde hace apenas un año participa de las dulzuras de un hogar, desentenderse de la poética y yodurante influencia de las brisas marinas para pedir que se incluya en el programa del nuevo Ministerio el divorcio con disolución del vínculo. ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Quién sabe!

Hasta ahora, a ningún Ministro de Justicia e Instrucción Pública se le había ocurrido abogar por el divorcio, ni como solución de justicia, ni como de instrucción.

Aunque don Tomás dude de ello, la mujer suele perder algo más que el hombre con el matrimonio, y, roto el vínculo, su situación no es la misma ante el concepto público que la del marido. El divorcio es bien poco equitativo, y cuando hay hijos, no es fácil aplicar al contrato matrimonial el aforismo de derecho romano: «las cosas se deshacen del mismo modo que se hacen», porque no es posible deshacer los niños.

Como factor de instrucción, el divorcio es bien poco eficaz—casi es más educativo el matrimonio,—y—dejando a un lado la teoría del aserrín de sicomoro— resulta inexplicable que lo proponga el Ministro del ramo.

Don Tomás es un hombre reposado. Cuenta a lo menos con una mayoría de los dos tercios de las potencias del alma: memoria y voluntad; y no es dable suponer que obre por apasionamiento.

Sin duda, él cree que muchos de los males nacionales se podrán solucionar con el divorcio.

¿Que el cambio baja, que el salitre no se vende. que el

gobierno es inepto, que la gente sufre miseria, que no hay medio de dar trabajo a los desocupados y el pueblo se manifiesta descontento?

—Pues, ya que no puede dársele otra satisfacción— piensa acaso don Tomás,—proporcionémosle, por lo menos, el gusto de divorciarse!

¿Y no podría solucionarse el «lock-out» de Valparaíso proponiendo a los patrones el divorcio? ¿Y no estarían dispuestos los huelguistas de Lota a abandonar sus pretensiones a trueque de obtener la disolución del vínculo? ¿Y no sería posible obtener la fijación de la moneda, la disolución de la I. W. W., la reanudación del comercio salitrero y el aumento de la producción agrícola, industrial y minera del país, mediante un plan ordenado y metódico de nulidad de matrimonios?

¡Quién sabe!

En todo caso, el señor Ministro de Justicia e Instrucción debe esperar del divorcio grandes bienes para la República, cuando, hasta ahora, es la única idea que ha insinuado al gobierno, como programa, en ese ramo.

Y su opinión no puede ser más desinteresada.

Sólo hay dos clases de personas interesadas directamente en el divorcio: los maridos desgraciados y los «conquistadores».

Don Tomás no es ni lo uno ni lo otro, y, en consecuencia, nadie tiene derecho a dudar de sus buenas intenciones.

Por eso su actitud es conmovedora. Por eso, en vez de risa, inspira lástima.

UN DUELO PRIMAVERAL

Después de dos días de injurias, se llevó a efecto anteayer el duelo entre los señores don Ismael Edwards Matte y don Cornelio Saavedra.

Todo contribuyó a dar interés y solemnidad al espectáculo.

El día claro y luminoso, que subrayaba la alarmante desproporción corporal de los duelistas; la primavera, con sus notas alegres y chillonas de fiesta estudiantil; la prensa, que después de haber anunciado la hora y el sitio del lance, enviaba allí su personal de reporteros y fotógrafos; y, finalmente, la policía, que con una abnegación paternal después de facilitar tal vez las balas, vigiló paso a paso las peripecias del duelo...

Hasta la suerte, con sus caprichos de mujer—¡cosas de la primavera!—se hizo cómplice de los legisladores, que en un ambiente de égloga, entre árboles floridos y arroyos murmuradores, se disponían a faltar al artículo 406 del Código Penal. La moneda lanzada al aire para decidir quién mediría los pasos reglamentarios, señaló a don José Maza, el «as de ases» en materia de largo y divergencias perniles.

Momentos de ansiedad. Voces de mando. Después... dos tiros disparados injusta y traidoramente contra el césped, y el honor satisfecho y los abrazos, y las congratulaciones y el acta.

El acta, sobre todo en los duelos nacionales, es lo más trascendental y duradero, como que es la documentación, la historia fidedigna y habrá de vivir, acaso, tanto o más que los duelistas.

«En la Cisterna, a 21 de Octubre de 1922—dice el acta—se verificó el duelo concertado entre los señores Cornelio Saavedra e Ismael Edwards Matte, cambiándose un disparo en la forma (acostumbrada) convenida.

«Los duelistas resultaron ilesos.

«Los padrinos dejan constancia de haberse verificado el lance en la forma acostumbrada; «acostumbrada», entre paréntesis, no vale.—José Maza.—S. Labarca L.—Armando Jaramillo.—Ladislao Errázuriz».

Ese ligero lapsus cáلامي, salvado al final del documento, y que señala la divergencia cada vez más corta entre «lo acostumbrado» y «lo convenido» en materia de lances personales, viene a señalar una efemérides notable en nuestros anales duelísticos.

El primer intento de los padrinos parece haber sido declarar que los disparos, sin dirección ofensiva, ni avieso propósito, constituyen la «forma acostumbrada».

Viejos prejuicios medioevales, los llevaron, sin embargo, a corregir este concepto, y reemplazarlo por las palabras «forma convenida», restando así todo mérito al acto de valor de los duelistas.

Porque si en efecto estaba convenido disparar contra el aire, la tierra o cualquiera de los cuatro elementos y

ambos contendores prestaban fe a este compromiso ¿qué temor podían tener al encontrarse en una quinta hermosa, a las once de la mañana, a sabiendas que de allí habían de regresar un cuarto de hora después a beber su habitual aperitivo?

Hicieron mal los padrinos y falsearon la verdad al decir que la inocuidad del duelo se debió a un convenio y no a la costumbre.

El acta, en cambio, tiene la ventaja de abrir un nuevo horizonte. Establece implícitamente el derecho de las partes a convenir en que no habrán de apuntarse.

*
* *

En el caso de los señores Edwards y Saavedra, no existió este convenio. Ambos creían que podían ser heridos y dieron prueba del único arranque caballeroso y de valor que, a mi juicio, puede existir en el duelo: no disparar al adversario,

Ruego a mis lectores que guarden un secreto que podría comprometer la tranquilidad de un hombre que hasta ahora nunca ha sido desafiado seriamente: Si, por desgracia, me encontrara en ese caso, tampoco dispararía, salvo que al oír la voz de mando me diera un miedo excesivo... un miedo de esos que obligan a pensar en la importancia jurídica y social del derecho de defensa.

Más aún, lo único lógico en un duelo por ofensas, es que los contrincantes no disparen. Porque si cada adversario considera al otro un hombre indigno no debe sentirse ofendido, ni menos ir al campo del honor, y si

no lo estima así ¡qué eterno remordimiento haberlo herido, aunque sea por error o por mala puntería!

Ojalá se abra paso la razón y las palabras «acostumbrado» y «convenido» se confundan en una sola y los duelos se realicen, pero con la precisa condición de no herir al adversario.

CARTA A DON CRISTOBAL COLON

«Señor don Cristóbal Colón.—Presente.

Estimado almirante:

Van corridos a la fecha cuatrocientos treinta y un años desde que, en un día como éste, pusisteis pies en tierra americana y con desconocimiento total de la sismología, la declarasteis tierra firme.

Aun está en duda, y la historia discutirá el problema por mucho tiempo, si fuisteis vos quien descubristeis primero a los indígenas o éstos a los españoles; pero, ya que el público ha dado en consideraros descubridor de América, no haré cuestión sobre este punto.

Por lo demás, es harto más honroso haber descubierto un grupo de hombres blancos, civilizados y cristianos que una manada de indígenas desnudos, y ninguno de sus dignos descendientes tiene interés en discutirlos la gloria de haberlos visto en ese estado.

Por lo demás, el viaje, el largo viaje, y las innúmeras molestias que os disteis con tal objeto, sólo hallan explicación en el carácter poco práctico de los españoles. Los indios, sin fatigarse, sin exponer su vida, sin salir de sus

hogares, llegaron al mismo resultado de encontrarse con vosotros.

Esto no obstante, vos y vuestros compañeros hicisteis una obra útil: dominar al indio pillo, hablador, penden-ciero e iletrado, como toda democracia, y someterla a la autoridad de los elementos más civilizados. Fué esta, sin duda, la primera lección de derecho público que recibie-ron los indígenas, y sin duda alguna también atacaron ese régimen por considerarlo oligárquico y contrario a la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas. ¿Por qué los hombres más cultos se arrogaban el derecho de regir sus destinos?

Hay que ver que los indígenas habían llegado al lími-te de las conquistas democráticas. Para ellos no había tuyo ni mío, todos eran comunistas, la carencia de mone-da—ideal a que aspiraban los revolucionarios rusos—era entre ellos una hermosa realidad: no existía la plaga del capitalismo. En cambio había la libertad más absolu-ta: la policía no perturbaba sus manifestaciones. Sin co-nocer aún las ventajas del radicalismo, el robo, entre ellos, carecía de carácter delictuoso, y era tan estimado y apreciado como en cualquier asamblea.

Sin necesidad de poseer un organismo político tan complicado como el Consejo de Estado, los aborígenes podían asesinar cuanto querían, con la seguridad de que-dar libres. Entre tanto cada cacique se decía dictador y pronunciaba cada día ante su tribu discursos intermina-bles. Para no ser menos los demás salvajes constituídos en cierta dignidad, hablaban y discutían hasta perderse de vista en los «machitunes» que suplían con ventaja a nuestros parlamentos. ¡Aquello era, en una palabra, el ideal democrático del actual régimen!

No hay que hablar de las relaciones internacionales porque ni el propio Gobierno que nos rige actualmente, habría tenido la suerte de encontrar un grupo de salvajes tan pendencieros e incultos como los embajadores que se enviaban entonces de una tribu a otra.

¡Y las ideas doctrinarias! ¡Ah, el propio doctor Lois se habría quedado con la boca abierta—posición que por lo demás le es habitual—contemplando a los indígenas! Porque hay que reconocer que aquellos indios como los radicales de hoy día, creían en el sol que más calienta...

Pero llegasteis vos, almirante; clavasteis una cruz—¡adiós conquistas doctrinarias!— esgrimisteis la espada, símbolo odioso del militarismo; repartisteis las tierras y el comunismo se batió en derrota; impulsasteis el comercio, dando origen, así, al capitalismo y como si todo aquello fuera poco, establecisteis un gobierno, imponiendo «la represión que engendra el odio», como decía hace tres años uno de nuestros oradores...

Todo esto hicisteis, almirante; pero no en vano el Rey de España os dió título de Adelantado. Os adelantasteis en vuestra obra.

Después de cuatro siglos de sumisión los indígenas han vuelto a sobreponerse a los blancos. ¡Si vierais como han tomado por asalto las cámaras, los juzgados, los cargos diplomáticos, los empleos públicos y los ministerios! ¡Si vierais a esos hombres de color cobrizo exponiendo sin el menor empacho las mismas ideas que tenían cuando vos llegasteis a América!

Todo el trabajo de organización que hicieron vuestras huestes, corre peligro de perderse.

Señor Adelantado. Aun cuando tengáis que empeñar algunas joyas, es preciso que hagáis el sacrificio y nos descubráis de nuevo.

Con que traigáis una cruz, una espada y un cetro— a pedido este último de don Alberto Edwards—el público se dará por satisfecho.

LA DESINFECCION METODICA

CARTA DE UNA COBRADORA

Harto hemos esperado y bastantes víctimas ha costado al país el nombramiento del doctor Corbalán para el cargo de jefe del servicio sanitario; pero todo lo debemos dar por bien empleado.

Ya tenemos a los dos enemigos frente a frente. Ante la blanquecina figura del «pediculus vestimenti», se yergue, ahora, la rojiza silueta del doctor Corbalán.

¿Quién vencerá? No lo sabemos; pero, a lo menos, el doctor cuenta en su abono con el enérgico y decidido apoyo del alcalde.

Si el «pediculus vestimenti», ese engreído e insoportable bicho, que, como alguien ha observado, no es sino un piojo chileno, que ha ido a Europa, no cede ante la virulencia de los municipales, ignoramos con qué pueda atacársele.

Ya, desde luego, el alcalde, previo acuerdo con el director de Sanidad, ha tomado la primera medida.

No se crea, sin embargo, que se trata del aseo de las calles, la desinfección de los conventillos u otro arbitrio de índole más o menos general.

Las autoridades son profundamente metódicas y han

empezado la campaña de mayor a menor, o sea, desinfectando aquellas cosas más pequeñas y que ofrezcan el menor peligro de contagio para llegar al cabo de algunos años en orden ascendente, y cuando las autoridades hayan adquirido práctica en la lucha, a atacar la epidemia en sus más formidables reductos.

Esta es la única manera de adquirir pericia en las operaciones bélicas, sin comprometer el resultado final.

Fiel a este método, las autoridades han tomado su primera medida salvadora, que consiste, nada menos, que en ordenar que los boletos de tranvías, cuya limpieza a nadie se le había ocurrido poner antes en duda, puesto que son tocados una sola vez desde su salida de la fábrica, sean encerrados en un cilindro metálico.

Por algo había que empezar antes de dictar la desinfección de los blocks para cartas, los cigarrillos, los fósforos, los sellos de correo, la moneda divisionaria, etc., hasta llegar, en último término, al aseo de la ciudad y sus desdichados habitantes.

Pero la filosofía popular no comprende las sutilezas de la higiene metódica ascendente, como lo prueba la siguiente carta que una conductora envía, por nuestro conducto, a las autoridades respectivas:

«Señores Corvalán Melgarejo y arcarde Ugarte.

«Muy señores míos:

«Ei léido la apreciable nota de la arcardía en que nos ordena andar con los voletos en un tarro e lata, como si fueran saldinas y además nos manda labarnos las manos a caa rrato sin aver pa qué. Según le óido a un inpeu-

tor amigo mío, que es muy letrao, esta ordenansa tiene por ojeto matarnos el piojo sistematico. Cómo si li ocurre a sus mercés que los gringos qui hacen los rrollos de boletitos ban a ser tan pallasos pa meteles piojos entre papel y papel. Aemás que tienen que ver las manos con las témporas».

«Gueno; I así como ordenan tanta limpieza con los papelitos, que naiden los a usao, ¿por qué no eucijen tamien que desinfeuten con sublimao corrompio los dieses que nos pasan los pasageros o qui al meno lo anden triendo en un tarro e lata tamien? Continás qui a niún jutre li ase farta pa compral uno. Otra, que naiden les manda a ellos labarse las manos pa pasale a una la plata y ei visto jutres y señoras con las manos arto casposas. Pero comuna es pobre toas las lelles an de ser en contra diuna.

«Desiándole que toos en su casa esten guenos y quea sus ordenes pa lo que guste mandar.—Fautina Lago, conductora de la linea Locrocan Nataniel».

No nos hacemos eco de las quejas de doña Faustina Lagos. Como hemos dicho, ellas proceden de la falta de comprensión del método del alcalde para vencer, primero, la epidemia en los puntos en que se presenta más débil; pero, talvez, hay una observación que hacer a su procedimiento.

Hay algo que ofrece todavía menos peligro de contagio que los boletos de tranvía y que, sin embargo, no ha sido comprendido en la disposición que ordena clausurarlos en cilindros de lata. Nos referimos a las yemas

de huevo, única cosa que tiene menos contacto hasta el momento de su uso, que esos rollitos de papel verde o rosado, de los cuales se arrancan los boletos tal como salen de la imprenta.

Por allí debió empezar la profiláctica labor de las autoridades.

Y VA DE FÁBULAS...

Oí hace muchos años, una leyenda árabe, «digna de ser copiada en el ángulo interior del ojo, con la punta de una aguja», [como se dice en «Las Mil y Una Noches».

Desgraciadamente, por no tomar esta precaución, sólo conservo un recuerdo muy vago del apólogo.

Cuéntase en él—si la memoria no me engaña,—que a miles de jornadas de Bagdad, más allá de los montes amarillos y arenosos que cierran el horizonte y, centelleando bajo el sol, se ven desde los altos minaretes, como las jibas temblorosas de una inmensa caravana de camellos, se extiende un ancho desierto, y, en medio de él, un oasis, tan bello como nunca lo soñaron los creyentes.

Y cuéntase que, en lo que transcurrió en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de la edad, se alzó, allí, una ciudad magnífica, y hubo un rey entre los reyes, que tenía por nombre Ali-Ben-Kar, el Cuerdo, a quien su pueblo amaba y reverenciaba hasta el límite de la reverencia y el amor.

Su palacio, con sus cúpulas, minaretes y ajimeces, cubiertos de oro y pedrería, tenía la forma de una media

luna, en cuyo centro se abría un inmensa fuente de alabastro que recogía todas las aguas del oasis y donde el pueblo concurría diariamente a llenar sus odres, abreviar el ganado y hacer sus abluciones.

Sólo el Rey y el Gran Visir despreciaban esa agua, por beber los embriagadores y dulces vinos que los mercaderes traían de los confines más dilatados de su imperio.

Y, tanto el pueblo como su Rey, eran felices sobre toda ponderación.

Mas, una noche, un genio, celoso de la dicha de Alí-Ben-Kar y de sus súbditos, arrojó en la fuente una flor que tenía la extraña propiedad de contaminar las aguas y trastornar el cerebro de quienes la bebieran.

Y cuando apareció la luz del nuevo día, y el Rey, después de tomar su baño en el hanam, pasó al harem a saludar a sus mujeres, la favorita, que le vió primero, le asió, sin respeto alguno, de sus sagradas barbas, y los eunucos, en vez de recibirlo con la zalema de rigor, se mofaron de él con crueles burlas, entre las risas y desmanes de los soldados de la guardia.

Y, furioso el Rey, subió a la sala del Diván en busca del Gran Visir, y vió que, también, venía huyendo del pueblo, amotinado frente a su palacio, que pedía a grandes voces las cabezas de ambos.

Y desesperados, y comprendiendo por inspiración de Alah—¡sólo él es justo y poderoso!—que el pueblo estaba loco, se refugiaron en la torre más alta del palacio y allí permanecieron medio día con la frente en tierra, entregados a la plegaria y a la meditación, hasta que el pueblo, cansado de buscarles, se retiró en tumulto de las habitaciones.

Cuando los últimos gritos de los genizaros, que antes custodiaban la entrada, se hubieron apagado en la distancia, el Gran Visir levantó la cabeza y dijo:

—Sabe, ¡oh Rey infortunado! que mientras meditaba he tenido un sueño benéfico, durante el cual un «efrit» me ha dicho la causa de la locura de nuestros servidores.

El Rey le dijo entonces:

—Habla.

Y habiéndole explicado el Gran Visir lo sucedido, ambos cambiaron pareceres, y vieron que la vida les sería imposible en tanto que sus cerebros no estuvieran al nivel de los de sus súbditos, cuyos gritos insanos, aún se escuchaban a lo lejos.

—Ve—dijo entonces resignado el Sultán al Gran Visir—hasta la fuente hechizada, y trae un odre de esa agua.

Y el Gran Visir respondió:

—Escucho y obedezco.

Y, habiendo traído el agua, ambos bebieron de ella hasta hartarse, y reinaron, desde ese día, muy felices.

¿Por qué me ha asaltado hoy el recuerdo de este apólogo?

Las enseñanzas que de él se desprenden, son bien poco aplicables al país.

Se comprende que dos hombres sabios, clarividentes, enérgicos, que se saben los únicos cuerdos en una tierra de insanos, busquen en la locura la paz de su gobierno.

Más interesante, sin duda, habría sido que la leyenda nos relatara el caso opuesto.

Si sólo el Rey y el Gran Visir hubieran saciado su sed en el agua hechizada de la fuente, ¿se habría resignado el pueblo a beber también de ella para ponerse al nivel de sus infortunados gobernantes?

FALTA OTRA COLECTA

Si hoy se verifica una colecta, ruego de antemano al público que tenga por no escrito este artículo y dé con generosidad.

Para escribirlo he esperado día a día que no haya alguna venta callejera de insignias, flores, etc., porque no quisiera perjudicar a ninguna; pero en vista de que ese día no llega, ni llegará probablemente en muchos años, tomo ahora la pluma para insinuar otra colecta: Una colecta a beneficio de las víctimas de las colectas.

Son muchas las personas que han llegado ya a la última miseria, así, sin explicárselo, ni encontrar en su balance la razón del déficit. Después, pensándolo más, urgando en su conciencia, han recordado que en infinidad de ocasiones, cediendo ante la influencia de unos bellos ojos y de unas manos de marfil, se dejaron colocar en la solapa una flor artificial o un cartoncito de colores.

Estas almas generosas deben también ser socorridas.

No hay, ciertamente, una sociedad que los proteja. Para ellos no se construyen asilos, la prensa no los nombra, la caridad los olvida, y arrastran una vida obscura y triste. Aún la noche les niega su reposo.

Cuando cansados de andar por calles extraviadas, huyendo de las comisiones de simpáticas niñas, que les

cierran el paso y los persiguen, se dejan caer rendidos en el lecho, al entornar los párpados, las sombras se pueblan de estandartes y una lluvia de insignias multicolores y vistosas caen sobre su pecho y se les clavan como espinas.

Esos hombres han perdido todas las ilusiones de la vida: La idea de mujer y de acreedor se confunden en su espíritu en un concepto terrorífico.

Esos hombres no se casan, ¡qué van a atreverse a hacerlo, si huyen de ellas, creyendo que cada una que les mira y les sonrío va a sacar de repente una cestita para ofrecerles una insignia!

¡Ah! quién sabe si esta crisis de matrimonio que señala con tan negros caracteres la estadística del año, no sea sino una consecuencia del desarrollo desmedido que se ha dado a las colectas!

Se objetará que se trata de donaciones voluntarias; pero, ¿quién es capaz de resistirse a ellas?

Las alcancías del Patronato de la Infancia, que no hablan ni sonríen, no recogen en un año los fondos que reúne en un día la menos diligente de las colectoras. Aquéllas sí que reciben donaciones indiscutiblemente voluntarias.

Es evidente que la caridad ha hecho un gran descubrimiento al reemplazar la prosaica e inmóvil alcancía metálica por la gentil alcancía de carne y hueso que sale al paso del transeúnte y lo detiene. La fría y muda ranura de hierro que pide un óbolo para los niños pobres es menos convincente que esos labios en que, al decir del poeta, «amor guarda sus mieles y sus besos en un nido de perlas y corales». Pero hay que convenir en que el ingenioso invento de la caridad ha consistido precisa-

mente en hacer menos voluntaria la limosna, hasta llegar al extremo de hacerla irresistible.

A no mediar esta circunstancia, no tomaría la pluma para defender a las víctimas de las innumerables colectas realizadas, cualesquiera que fuera la apremiante situación porque atraviesan. Los males aceptados a sabiendas, con pleno conocimiento, son menos dignos de compasión y de ayuda que los otros. Pero estas víctimas de las colectas, como las de la orfandad, la pobreza y las enfermedades, no tienen culpa alguna y merecen socorro.

Tiempo es ya de que la caridad pública que tanto ha hecho por sus favorecidos, se acuerde un poco de sus favorecedores.

Un día más de colecta no es gran cosa. La ciudad, como el caballo que enseñaba el portugués a no comer, comienza ya a acostumbrarse. Venga, pues, una colecta en favor de las víctimas de las colectas.

EXAMINADORES TÍPICOS

RECUERDOS

La ingeniosa pregunta «¿en qué se parece la estatua de San Martín al canguro?», formulada en una prueba final por un docto profesor universitario, y algunos interesantes artículos escritos sobre el mismo asunto por don Tomás Menchaca, han puesto una vez más de actualidad la cuestión de los exámenes.

El señor Menchaca ha recopilado algunos de los tipos más curiosos de examinadores, atendiendo a sus modos y procedimientos.

El examinador es tal vez la única autoridad cuyo poder no ha sido minado por los avances del parlamentarismo, y que aún impone respeto, a lo menos a una parte de la población. Es también, a juicio de la mayoría—yo no comparto esa opinión,—uno de los seres más nocivos para la cultura nacional.

Todo cuanto se avance en el estudio de la vida y costumbres de los examinadores, es digno del mayor aplauso, y de ahí que los detalles consignados en la clasificación del señor Menchaca, aunque parezcan nimios o extremados a muchos, tengan un gran interés.

Sirva a los eruditos que habrán de hacer la historia de

los exámenes en Chile, el modesto aporte de mis recuerdos escolares.

Fuera del tipo de examinador inconsciente, que es el que aparece más de manifiesto, y del honrado y serio, del cual nadie se acuerda, siguiendo una costumbre nacional, para mí, los examinadores se dividen en cuatro grandes categorías: Propagandistas, Editores, Incomprensibles y Pasantes, que corresponden a otras tantas causas de desprestigio para la enseñanza.

Trataré de ocuparme de cada una de estas especies.

El primer tipo de examinador que conocí de visu, pertenecía al género propagandista. Hace de esto muchos años, y de entonces acá, puede que la especie haya desaparecido por completo de la fauna universitaria.

Como si fuera hoy, recuerdo que un compañero me fué a buscar alborozado:

—Vamos a la Universidad, que el señor Torres está «rasgando» una clase.

¿Quién podía resistir a semejante invitación? La raza latina siempre ha tenido afición a los espectáculos crueles. Y desde este punto de vista, una «rasganza» deja muy atrás a los combates de gladiadores en el circo, pues en vez de un grupo de hombres esforzados y bárbaros que se detienen ante la tribuna imperial para clamar con voz de trueno: ¡Salve, César, los que van a morir, te saludan! se presentan ante el pupitre veinte alumnos, enclenques y nerviosos, que apenas tienen valor para repetir mentalmente la fórmula romana.

No sufrí una decepción. El personaje que ocupaba el asiento de honor, se diferenciaba ciertamente de los rostros acentuados, foscos y sensuales que adornaban las páginas de mi Historia Romana. El aspecto belicoso que daba a su mentón una pera militar, cortada en punta, quedaba neutralizado por un aire de farmacéutico en derrota que asomaba a su frente. La fusión del veterano y del despachador de recetas, era en él tan completa que habría podido ser un «boticario del 79».

Pero si el César no estaba a la altura de sus predecesores, el espectáculo no dejaba nada que desear, pues se trataba de una matanza de cristianos.

Prueba de ello, era un hombrecillo flaco y tímido, envuelto en negras sotanas, que al lado del pupitre, en una silla de viena, miraba con gesto desesperado a los examinadores.

Cuando entramos a la sala, el espectáculo se hallaba en su apogeo. Era un examen de química, y el «boticario del 79» interrogaba al alumno con tono entre apremiante y zumbón, sobre el milagro de la liquidación de la sangre de San Jenaro, en Nápoles.

—Vamos a ver, señor. ¿De qué substancias químicas se valen los canónigos para realizar esa superchería? No se confunda. Contesté usted.

El fraile de la silla de viena, muy rojo, muy azorado, se debatía en su asiento con visible nerviosidad.

La explicación química de los milagros no debía figurar en el texto, porque los alumnos se sucedían en el banquillo, sin dar contestación satisfactoria.

De vez en cuando, el señor Torres se salía del tema teológico para hacer una pregunta netamente química.

Era un hombre que creía a pie juntillas en su ciencia, por todo lo que dudaba de la de los demás.

En ese momento acababa de preguntar a un alumno qué condiciones se requerían en una caja de fósforos para que éstos encendieran. El examinando enumeraba preparaciones y substancias, pero omitía precisamente la circunstancia física cuya mención solicitaba el profesor.

Este salió, al fin, de tino.

—¡Pero, señor, por favor! ¿No sabe usted que se necesita que la caja sea áspera para que el fósforo encienda? ¿No le ha enseñado su profesor—el hombre de la silla de viena se puso más colorado,—no le ha enseñado su profesor que es imposible que los fósforos enciendan en una superficie lisa?

El alumno no alcanzó a responder. Un sonido estridente y rápido, seguido de un ligero resplandor, se dejó oír en uno de los bancos posteriores de la sala, al lado de una ventana.

Era un alumno que, faltando a la teoría sostenida por el examinador, acababa de encender un fósforo sobre la lisa, pulimentada y resbalosa superficie de un vidrio.

A pesar de la afición latina a los espectáculos cruentos, no tuve valor para aguardar el fatal desenlace de la escena.

Recuerdo que aquel día salí de la Universidad tan escandalizado de la incredulidad del profesor, como ahora lo estoy de su credulidad. Ese hombre no creía ciertamente en los milagros; pero creía en cambio en un ideal político, en los efectos de su propaganda y en una cantidad de principios y de hipótesis científicas, con una fe que envidiaría M. Le Bon o Poincaré.

Tal vez por esa razón, el personaje que entonces me

parecía terrible, me parece ahora cómico, y por lo mismo poco compatible con la severa austeridad de la enseñanza.

¿Quedarán todavía ejemplares del examinador «Propagandista?»

En todo caso, subsisten representantes de las otras tres categorías: «Editores», «Incomprensibles» y «Pasantes».

Ya les llegará su turno.

RECUERDOS ESTUDIANTILES

LOS EDITORES

Así como un examen de Química me permitió conocer al tipo clásico del examinador Propagandista, uno de Historia Natural me proporcionó el hallazgo de otra especie de inferior categoría: la de los Editores.

Terminaba ya el año escolar, y la sala de estudios se-
mejaba una enorme colmena. Tras de cada pupitre se
oía sin cesar una larga letanía de nombres indigestos:
«Coleópteros, Ortópteros, Hemípteros, Himenópteros,
Neurópteros, Lepidópteros». Y en el pupitre del lado:
«Ranunculáceas, Rosáceas, Papaveráceas, Umbilíferas,
Leguminosas». Y un poco más allá: «Protozoarios, Es-
ponjiarios, Celentéreos, Equinodermos, Artrópodos»...

En fin, la sala daba plena fe de la constancia de los
alumnos y de la utilidad práctica de los estudios de hu-
manidades.

De pronto el profesor se detuvo ante el pupitre co-
rrespondiente a los coleópteros e impuso silencio.

Comprendimos que se trataba de algo grave. Todo
cuanto habíamos aprendido en el año no servía de nada.
Uno de nuestros futuros examinadores, el señor Quijada
Burr, acababa de editar un folleto sobre el erizo, la tri-

quina, la lombriz solitaria y la reproducción de los he-
lechos. En consecuencia—en conformidad con las cos-
tumbres—sobre ello versaría el examen, y la clase debía
apresurarse a adquirir el folleto y a estudiarlo. Eso era
lo único importante.

En la tarde nos dirigimos en masa a la librería de Tes-
che, a adquirir el prodigioso talismán que había de ase-
gurarnos el éxito, y desde el día siguiente, el aparato
digestivo del erizo de mar, las costumbres de la tenia y
la triquina, y el esporangio del helecho, fueron nuestras
únicas preocupaciones.

Puede que esa generación estudiantil ignore que los
elefantes tienen trompa y los peces aletas; pero ninguna
tendrá más conocimientos sobre las aficiones gastronó-
micas de los equinodermos, las más ocultas particulari-
dades de carácter de la lombriz solitaria, y los más ínti-
mos secretos de alcoba de los helechos.

Como que a nadie de clase dejaron de preguntarle el
contenido del folleto del examinador.

Bien sé que al leer estos recuerdos, la envidia arruga-
rá la frente de muchos literatos y poetas que jamás han
logrado un éxito de librería semejante; pero ya saben el
camino: conseguir un puesto de examinador de Retórica
o Gramática, y editar sus producciones como destinadas
al análisis en las pruebas finales.

Las ediciones pueden repetirse año a año, con ligeras
variantes, para asegurar la venta, tratando de evitar, na-
turalmente, contradicciones u omisiones que resulten mo-
lestas, como sucedió hace poco al mismo señor Quijada,
a quien debo cuánto sé sobre la tenia y la triquina.

En efecto, en las antiguas ediciones lanzadas por el
distinguido publicista, sobre la «Teoría de la Evolu-

ción», existía un capítulo destinado a demostrar que descendemos del mono. Este capítulo ha sido suprimido en la quinta edición de 1919, y de ahí un grave conflicto para las familias, los hijos que han estudiado en las antiguas ediciones, se creen nietos del orangután, y los que han estudiado en la de este año, creen descender de un hombre. ¿No es verdad que esto da lugar a desigualdades irritantes, y que es un atentado manifiesto contra la igualdad y la fraternidad que aseguró la revolución francesa? ¿Cómo va a creer el descendiente del hombre que es un hermano legítimo el que asegura descender del mono, y viceversa?

Señores examinadores, pertenecientes a la noble y lucrativa especie de los Editores: lanzad folletos y reprovad sin piedad a los alumnos que no los hayan comprado; variad las ediciones para que nadie se excuse de adquirirlas; pero evitad, por lo menos, que ellas puedan dar lugar a desigualdades de origen u otras causas de discusión en la familia!

INCOMPREENSIBLES Y PASANTES

¡Guárdeme el cielo de poner en duda la competencia y el saber de los profesores extranjeros, aún para hacer clases de Gramática Castellana o de Historia de Chile!

Como examinadores, suelen tener, sin embargo, el ligero inconveniente de que ni ellos le entienden al alumno, ni el alumno les entiende a ellos.

Si el examinador hablara alemán, inglés o francés netos, podría solucionarse la cuestión exigiendo que las pruebas finales de cualquier asignatura se rindieran en el idioma nativo de los examinadores, si éstos son de una misma nacionalidad, y en esperanto, en caso de no ser todos compatriotas.

Pero como el Consejo de Instrucción no ha procurado salvar esta deficiencia, los exámenes suelen dar lugar a situaciones tan molestas e insubsanables como las producidas en la Torre de Babel.

Si, verbi gracia, un profesor alemán pregunta al examinando qué cosa es una «faca», se expone a que le diga que es un instrumento cortante,— la faca vil de que habla tanto Eca de Queiros - o, en el mejor de los casos, un «caballo pequeño de estatura», como dice el diccionario de la lengua; pero de ningún modo una «vaca» pronunciada con acento germánico, porque entre una y

otra cosa existe tanta diferencia como entre «fístula y Vístula.

Y no se crea que la situación contraria resulta menos molesta. Jamás olvidaré el caso de un examinador de Historia Natural que, cuando preguntaba a los alumnos ejemplos de Botánica y estos le decían el nombre castellano de las plantas, pedía que le dijeran el nombre griego o latino para poderlas conocer. Y como el Consejo de Instrucción ha desterrado de la enseñanza esos idiomas, los apuros de los alumnos para complacer al pedagogo extranjero, no son para contados.

Se me dirá que el tipo del examinador incomprensible no merece censura; que la ignorancia del idioma castellano, en un profesor, es una desgracia pero no un defecto.

Eso mismo respondía cierto chalán español a un comprador que le objetaba que el caballo cuya venta le ofrecía, era tuerto. A juicio del mercader aquello no era un defecto, era sólo una desgracia.

Pero si la especie del Examinador Incomprensible puede despertar alguna conmiseración, el tipo del Examinador Pasante, no la merece, en modo alguno, ni aún tomando en consideración la naturaleza de sus víctimas.

Corresponden estas, en efecto, a la categoría muy corriente de los perezosos adinerados que, con toda justicia, fracasan en sus exámenes.

El proceso de como estas sardinas se ofrecen voluntariamente para servir de alimento a aquellos tiburones es tan sencillo como triste.

Pasada la reprobación de Diciembre el alumno fracasado se informa de cuál de los miembros de la comisión

desempeña las honrosas funciones de pasante garantizador de exámenes y acude a su domicilio.

El examinador, previa mirada avaluadora del alumno, le manifiesta que por dos horas de clase a la semana, él pide doscientos pesos, pero no se atrevería a responderle del éxito; con dos horas y media, por trescientos cincuenta, sí que puede responderle de que logrará inculcarle los conocimientos necesarios para obtener un resultado favorable y sobre todo seguro, absolutamente seguro...

Lo demás, es sólo cuestión de que el alumno logre convencer a la familia de la absoluta necesidad de contratar al señor X, en calidad de Pasante, por la suma salvadora.

¡Cuántos alumnos han debido su éxito a estas pólizas de seguridad contra riesgos de exámenes!

Sería absurdo afirmar que todos los alumnos que salen mal en Diciembre y bien en Marzo, han tenido un pasante; pero hay casos de tal modo sugestivos que autorizan las peores suposiciones.

Hace poco recibí la siguiente relación, que publico omitiendo los nombres, por lo que pudiese haber de deshonroso en el hecho para los examinadores y el alumno que en él intervinieron:

«El alumno del Instituto de Humanidades, señor N. N., rindió en Diciembre de 1917, ante comisiones universitarias, los exámenes de 6.º año: Francés, Química e Historia Natural; obtuvo en cada uno 3 R. (Puede revisar los libros en la oficina del vicerrector del mencionado colegio). Pues bien, este señor, sin autorización del Consejo de Instrucción Pública, única corporación que puede nombrar comisiones universitarias para recibir

pruebas a alumnos fracasados (siempre que no se trate de burlar los reglamentos vigentes), tomó de pasantes a los mismos profesores del Liceo de Viña del Mar, que iban a ser sus examinadores, y el 2 de Abril de 1918 rindió los tres exámenes, obteniendo 3 votos de aprobación en Francés e Historia Natural, y un voto de distinción en Química».

¿Verdad que si fueran justas las votaciones de Diciembre, es bien sugestivo que, gracias a la dedicación de sus pasantes, el alumno obtuviera tantos conocimientos en tres meses?

¡Ah! ¡Cuándo llegará el día en que desaparezcan de las comisiones examinadoras, los Propagandistas, Editores, Incomprensibles y Pasantes.

EN EL AÑO 1970

Aunque las enfermedades y el automovilismo no dan minuto de tregua y la muerte está de moda y el oxiciánuro «se lleva mucho», según me afirma un amigo que sabe de estas cosas, sería para mí una honda satisfacción llegar a una edad avanzada, a despecho de la Dirección de Sanidad y de los gajes del oficio periodístico.

Llegar a los ochenta años, esa era maravilla de la vida en que los radicales se convierten en «patriarcas», los conservadores en «patricios» y los liberales en «repúblicos»; sentarse en un sillón de brazos junto al fuego con un chal a los pies, expuesto a la veneración de las nuevas generaciones, y repetirse mentalmente, aunque no rija con uno, el distico de don Ramón de Campoamor:

«¡Las hijas de las madres que amé tanto
Me besan hoy como se besa a un santo».

¡Oh, aquello debe ser encantador!

¡Y luego recordar y encontrar malo todo lo presente y creer en la existencia de una época feliz en que todo era bello, seductor y grande!

Aunque nunca he sido viejo y mis lectores lo creerán

bajo la simple fe de mi palabra, estoy seguro de que estarlo ha de ser una gran felicidad!

Me imagino—en una tregua de la reuma—hablar con un amigo de esos que van ahora diariamente al salón de patinar, y que ya por esa fecha— año 1970—con el motor gastado, sin carburador e inservibles, desarrollarán un andar máximo de medio kilómetro por hora.

—¡Qué tiempos aquellos! me dirá con esa originalidad de pensamientos que caracteriza a la vejez.

—¡Ah! aquellos si que eran buenos!—exclamaré por no quedarme atrás.—¡Cuántos hombres de talento, cuántas mujeres hermosas! Ahora todo ha cambiado...

—Por cierto; ya no hay hombres: quedan sólo unos cuantos muchachos! De las mujeres vale más no hablar! No hay una sola tentadora, y, sin embargo, qué falta de moralidad. Si es algo que realmente horroriza... Qué escándalos, qué enredos, qué bailes...

—¡No me digas! Figúrate que estos días he tratado inútilmente de conseguir que mis nietas bailen shimy, tango, en fin, cualquier baile con tal de que sea serio y decoroso. Y ¡no lo he conseguido!

Las niñas encuentran muy insulsos los bailes de nuestro tiempo.

Será vejez, chochera o lo que les parezca, pero yo no puedo transigir conque ahora en la danza las niñas tengan que ir al apa de los jóvenes, o las parejas recorran el salón dándose vueltas de carnero al compás de una música del Congo o de Sumatra...

—¡Ah! exclamará mi amigo con abatimiento— ¡qué habría dicho Mac-Iver, si hubiera visto estas cosas!... ¡El, que se quejaba ya, de la decadencia del país, cuando

todo era gloria! ¡Qué Presidente, qué gran Presidente teníamos! Con Alessandri terminó la era de los grandes mandatarios del país floreciente, del cambio a cuatro peniques. Sus sucesores no sirven para nada. ¿Dónde hay uno que haya sabido rodearse como él de hombres de la talla de Martner, de Medina, de Celis, de Maira?...

— ¡Oh el señor don Arturo!— repetiré yo anonadado, inclinando la cabeza con el respeto con que los viejos nacionales recuerdan a Don Manuel Montt. ¡Nunca tendremos un estadista como él, llano, elocuente popular y sobre todo ameno! Bajo su gobierno no se pasaban penas. Siempre hablando, siempre diciendo algo nuevo y curioso... ¿Te acuerdas de su célebre frase «Sólo el amor es fecundo?» ¡Qué prodigio de síntesis y de observación!

— Y ¿qué me dices de nuestro antiguo poderío? Este país que hoy es más ancho que largo, como que gracias a las últimas componendas diplomáticas está reducido sólo a la provincia de Santiago, era una franja prolongada, casi interminable.

¡En mala hora se le ocurrió al Paraguay pedir un puerto en el Pacífico y a nuestro Ministro de Relaciones acceder a semejante aspiración! Pero ya no existe en esta tierra gobierno ni opinión pública, ni prensa...

— ¡Otro gallo nos cantara si tuviéramos todavía diputados como Rojas Mery y Lois, hombres de acción como Recabarren y humoristas como César Cascabel, Ramírez Frías y Mendoza y Villa! ¡Bien se ve que el elemento intelectual no encuentra ahora el ambiente y el apoyo fiscal de que gozaban antes los más humildes proletarios!...

— ¡Es claro! En ese régimen dichoso, que nuestra juventud e inexperiencia no nos permitió comprender, nadie, por inútil que fuera, corría el peligro de morirse de hambre. ¡Para eso existían los albergues! Allí hasta el más ocioso encontraba refugio, alimento y, sobre todo, la más amplia libertad. ¿Qué un albergado deseaba ir a injuriar al Presidente? Pues, iba y lo injuriaba. ¿Qué quería matar a un policial? Pues lo mataba con la anuencia y el respeto de los poderes públicos... Y todo andaba bien: la administración, los ferrocarriles, la Dirección de Sanidad...

— ¡Si nos quejábamos de puro llenos!

— Exacto. ¿Recuerdas que más de una vez escribiste en contra del Gobierno?

— ¡No sabes cuánto me pesa!

— Es natural. El presupuesto podría no guardar siempre relaciones con las entradas nacionales; pero la abnegación de los empleados públicos suplía esas deficiencias. ¿Cuándo se quejaban por estar impagos? ahora los ferrocarriles, si no siempre tenían material, por lo menos parecía que lo tuvieran de sobra. No había día en que la empresa, dirigida por el sabio señor Trucco, dejara de dar cuenta de un choque o un siniestro. ¡Es que, entonces, había qué destruir! Y además de riquezas naturales, había gente de sobra... La Dirección de Sanidad no daba abasto para reducir la población a sus verdaderos límites... ¡Qué tiempos aquellos!

— ¡Oh, qué tiempos!

.....
El lector disculpará que no siga relatando estas apacibles confidencias, pero es el caso que, en este mismo

momento, el director ha venido a sacarme de mis sueños:

—Es preciso que usted escriba—me ha dicho—condenando en forma enérgica la actual administración, el desorden en las finanzas, la falta de plan gubernativo, en materia social, ferrocarrilera industrial y sanitaria... ¡Este país está perdido! ¡En esta tierra no se puede vivir!

EL DELIRIO DEL DIVORCIO

Una señora que, según se dice, ha sido enviada por el Gobierno a Estados Unidos, para investigar las reformas industriales y políticas que es conveniente implantar en nuestra tierra, ha hecho al «Evening Telegram» de Nueva York sensacionales declaraciones sobre la situación de la mujer chilena.

—«Más de la mitad—con seguridad podría decir más del setenta y cinco por ciento—de las mujeres de Chile querrían divorciarse de sus maridos—ha declarado nuestra compatriota. Tan sólo en una ciudad hay medio millón de mujeres que querrían librarse de sus actuales lazos.

«Sus maridos no les son fieles. Tratarán tal vez con mucha política y cortesía a sus mujeres en público, pero tienen muchas otras mujeres que ellas conocen. Su cortesía de maneras no es más que un «camouflage» y sus esposas lo saben muy bien.

«Las esposas los llaman «hombres diablos», nombre muy adecuado.

Evidentemente, en estos datos hay exageración. Ni los maridos somos tan «diablos» como cuentan, ni las mujeres son tan partidarias del matrimonio como para desear el divorcio que, en el fondo, no es otra cosa que el deseo de contraer nuevas nupcias.

La prueba más evidente de que éste es el fin que se persigue al pedir el divorcio, son los cargos que se hacen a la Iglesia, que se niega a concederlo, y a la ley que, otorgándolo, respeta, no obstante, el vínculo. Si lo que buscan las reformistas no fuera un nuevo matrimonio, les bastaría con la separación de hecho.

Esto mismo es una demostración de que el feo sexo, a pesar de la infidelidad y otras monstruosidades que suelen achacársele, cuenta con la más franca simpatía de parte de las propagandistas del divorcio o, más bien dicho, de la «reprise» matrimonial.

Desgraciadamente — mirando la cuestión desde un punto tan inmoral como egoísta—su número es muy inferior al setenta y cinco por ciento. Apenas habrá, tal vez, un dos por mil partidarias de la ruptura conyugal, el amor libre y las variaciones sobre el mismo tema.

La literatura moderna — especialmente las novelas francesas—han desprestigiado, por cierto, bastante a los maridos, pero así y todo, quien lea con detención esos romances, no podrá dejar de notar que lo que se ataca en ellos es el título, el cargo o la condición de cónyuge, y, en manera alguna, al hombre que en la misma obra suele ser un ideal con respecto... a otra de las heroínas.

No se crea ver en estas observaciones un exceso de optimismo, ni menos un espíritu cerrado a la evolución del sexo débil.

Todo lo contrario, Soy partidario del feminismo; y lo soy, precisamente, porque creo que traerá como consecuencia la emancipación del hombre.

Hasta ahora el varón— a lo menos desde que rige el cristianismo—ha sido un esclavo de la mujer. Para ella trabaja todo el día: por ella tiene la obligación de pre-

sentarse diariamente a su casa; renuncia al derecho inalienable de practicar la amistad con la mitad—menos una—del género humano que sigue la funesta costumbre de usar faldas, y pierde, aunque no lo renuncie, el derecho a la diversión, al bochinche, a la juerga...

La mujer permanece en la casa más despierta y vigilante que el cabo de guardia en la puerta de un cuartel, y toma nota, como un contador, de las entradas y de las salidas. ¡Ay del marido en retraso que no sabe encontrar una disculpa oportuna!

¡Y este es el amo, el déspota, el tirano, a quien las feministas tratan de pintar con tan negros caracteres!

Yo anhelo, por eso, el triunfo del feminismo. Cuando la mujer trabaje fuera del hogar, cuando vaya al club, cuando salga a divertirse con sus amigas, ¡qué vida tan apacible y dulce será la nuestra!

La esposa estará en la oficina, y el marido al cuidado de los niños, leyendo una novela u hojeando un figurín, no pensará en el mañana, seguro de que al fin del mes ella habrá de presentarse con el dinero suficiente para los gastos del hogar.

Claro es que uno se verá a veces en apuros para cumplir ciertas labores maternales, como la lactancia de los pequeñuelos, pero, en cambio, gozará del inefable agrado de imponer su voluntad en cosas sin importancia. Poder decir a la mujer:—¡No fumes, hija, porque me molesta y te va a hacer mucho daño! O bien: He visto donde Dumas un tongo que es un encanto y que me sienta a las mil maravillas, ¿por qué no me lo compras?

¡Ah, cuando triunfe por completo del feminismo, y los hombres refugiados en el asilo tibio del hogar, sepamos que el mayor desagrado que podremos tener en el día

será un disgusto con la cocinera o el chisme de un amigo o el retardo de un vestido!

¡Qué descanso ignorar en absoluto lo que está haciendo el gobierno, no leer en los diarios más que la Vida Social; y, sobre todas estas delicias, protestar del omnímodo poder del otro cónyuge, y hablar de la conveniencia de implantar el «masculinismo» en defensa de los derechos del marido!

Todo—lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito—adquirirá nuevos encantos y atractivos; porque, como diría un cocinero-psicólogo—el peligro es la salsa que da sabor a la vida; y no hay peligro donde hay dominio y fuerza superior.

Engañar, actualmente, a la mujer débil, confiada e indefensa, no tiene la menor gracia.

¡En cambio, engañar al marido, a la autoridad, al poder!

El sport toma, entonces, caracteres heroicos, porque es preciso echar mano de la inteligencia, la agilidad y la sangre fría del torero ante los cuernos de un animal embravecido.

¿Qué perdemos con el feminismo? la autoridad, que es de por sí antipática. En cambio, ganamos el papel de víctima, que atrae todas las disculpas y todas las simpatías. Podremos, entonces, como nuestra compatriota del «Evening Telegram», decir que en Chile, el setenta y cinco por ciento de los hombres desea divorciarse, y, acaso, no faltará un diario yanqui que lo crea y lo publique para vergüenza del país.

IMPULSOS BOLIVIANOS

Aunque tengo la más íntima seguridad—si es que puede haber seguridad en cuestiones genealógicas.— de que no corre por mis venas una gota de sangre de indio quíchua, ni de aimará, ni de llama, ni de ningún animal que exista o haya existido en la altiplanicie boliviana, siento en lo hondo de mi ser una profunda e invencible simpatía por todas sus concepciones diplomáticas.

¡Qué loca afición al mar, qué aspiraciones imposibles, qué impulsos de revisión siento bullir dentro del pecho!

¿Poesía? ¿Romanticismos? ¿Arrepentimiento? Sea ello lo que fuere; pero es triste, doloroso, inconfesable.

Porque habrá que convenir en que la naturaleza viril de mi país no se aviene con la delicadeza de ciertos sentimientos.

Es increíble la falta de ambiente que encuentran aquí en Chile—especialmente en las esferas del comercio,— las aspiraciones bolivianas.

Y yo, por desgracia, tengo mis aspiraciones, que aunque sean más modestas que las que crecen a las márgenes del lago Titicaca, no dejan de ser molestas. Una de ellas es tener, ya que no un puerto, a lo menos una casita en la costa del Pacífico.

Nótese que no pido mar, sino sólo vista al mar y he tropezado con mil dificultades.

—Señor— he dicho más de una vez a un propietario o corredor en propiedades— aspiro a tener un chalet en Viña u otro balneario de moda. Ud. sabe que el Tratado de Versalles ha consagrado el derecho de los pueblos— y en ellos queda incluido naturalmente el individuo—de tener salida al mar. La mía es, pues, una aspiración reconocida por los internacionalistas modernos. Además está de por medio mi salud, mis negocios, mi bienestar y mi holgura. Le pido, le ruego, en consecuencia, que satisfaga mi aspiración de tener una casa en las playas del Pacífico....

Y ante el gesto de fría indiferencia de mi interlocutor, he agregado alzando algo más la voz:

—Le ruego, señor, concederme oportunamente lo que pido. Si nó, me veré en el caso de insistir y aún, si fuere desoído, cortar las buenas relaciones que hasta hoy he mantenido con Ud.

Pues ¿sabe el lector, lo que me ha sucedido siempre con estos prosaicos y metalizados comerciantes? Que también ellos se permiten tener aspiraciones... entre las cuales la primera es que les paguen el precio del chalet o les den otra propiedad en cambio, o cualquiera otra gollería semejante.

Esto es realmente inconcebible, porque bien está que los espíritus sentimentales y poéticos tengamos ambiciones y anhelos; pero los hombres prácticos ¿con qué derecho!

Ahora, no digo nada del deseo de revisar los contratos.

Ese es un sentimiento que me asalta también a cada paso.

No hago sino firmar una escritura— especialmente si es mutuo o pagaré— y comienzo a sentir un arrepentimiento— llámese boliviano o lo que sea— del maldito compromiso y unos impulsos inefables de pedir su revisión.

A veces no logro dominarme y se lo digo a la parte contraria o para hablar más francamente al acreedor, plagiando de un modo lastimoso a la Cancillería boliviana.

—Señor, puedo asegurarle que desde el día siguiente de firmado este contrato, como ha dicho con tanta propiedad en su última nota el Gobierno de Bolivia, he visto que mi opinión lo repugna. Este documento no consulta ni puede consultar mis intereses y Ud. sabe que, si lo he firmado, ha sido urgido por circunstancias apremiantes. A no haber necesitado dinero, al haber estado en la holgura, no lo habría suscrito por ningún motivo. Mi consentimiento ha sido, pues, viciado, el contrato es nulo y pido su inmediata revisión. No me obligue Ud. a insistir en mi protesta, no me coloque en el disparadero de no seguir cultivando relaciones amistosas con Ud. Revisemos el contrato, y extendamos otro que sea más favorable para mí...!

¡Lo de siempre! el señor acreedor, vulgar y materialista, no se digna contestarme y me da con la puerta en las narices.

¡Aspiraciones, revisiones! Aquí no hay ambiente para nada y, lo que es peor, parece que no lo hay en parte alguna!

Cuando, desesperado, he recurrido en son de queja a la Cámara de Comercio, que viene a ser algo así como la

Liga de las Naciones, se han reído de mí y me han indicado en los términos más suaves y corteses que para qué fui tan bestia de firmar un compromiso que no me convenía!...

¡Y ande uno en Chile con aspiraciones, anhelos, reivindicaciones, ideales y sutilezas diplomáticas!

¡La gente de esta tierra, como la Sociedad de las Naciones, no comprende los sentimientos bolivianos!

UNA EMPRESA ORIGINAL

Indignan las protestas que llegan todos los días a la prensa sobre la Empresa de los Ferrocarriles. ¡Qué gente más quejumbrosa!

Hoy me han llegado cinco cartas, sin duda de otros tantos agricultores, que preguntan en los términos más variados y violentos: ¿Por qué los ferrocarriles marchan mal? ¿Por qué chocan? ¿Por qué cobran tarifas elevadas? ¿Por qué abusan del público? ¿Por qué no trasportan las cosechas? ¿Por qué molestan innecesariamente a los viajeros obligándolos a sentarse de a dos en dos en una misma dirección, etc?

Sin ser especialista en la materia, me parece que la respuesta es muy sencilla y fluye de las mismas preguntas: Los ferrocarriles chocan porque marchan mal; abusan del público porque cobran tarifas elevadas; no trasportan las cosechas, porque les falta «material chocante»; les falta material, porque chocan; chocan porque marchan mal, y, así, indefinidamente.

Una explicación más clara, no la daría, sin duda, el propio director de los Ferrocarriles.

En cuanto a obligar a los viajeros que vengan en parejas y no se miren de frente, es un ardid del Sr. Truco para aminorar las consecuencias de los choques, evitando que los pasajeros den cabeza con cabeza.

Es, además, una especie de represalia en contra de las maletas, las cuales, hasta ahora, habían burlado, ocultas bajo los asientos, todos los esfuerzos del director por molestarlas. ¿Mientras sus dueños quedaban reducidos a papilla después de cada «truccazo», resultaba una vergüenza ver como las maletas salían sanas y salvas, en condiciones de seguir viajando por toda una eternidad!

Estos adelantos en materia de choques demuestran que el señor Trucco no perdió su tiempo cuando fué a Estados Unidos, a perfeccionar sus estudios en tan importante ramo.

Además, bajo el gobierno del amor fecundo, es natural propender a la colocación de los pasajeros en grupos de a dos y no de a cuatro. Una larga experiencia viene recomendando la pareja como la forma de agrupación más apropiada al desarrollo del amor.

Están, pues, contestadas satisfactoriamente las preguntas de los cinco agricultores que protestan en contra de la Empresa.

Permítaseme, ahora, algunas observaciones de índole general.

Una innovación en el servicio de ferrocarriles, traería como consecuencia hacer perder a éstos su carácter nacional. Ya lo ha dicho el poeta:

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
Ecuador un sol ardiente;
Minas de plata, el Perú,
Montevideo su cerro;
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene la pampa grandiosa;
La pampa tiene el ombú.

Nosotros, en vez del ombú, tenemos los ferrocarriles que, si no protegen como ellos el ganado, por lo menos arrojan una sombra, una gran sombra sobre la administración.

El día que nuestros trenes cobren tarifas moderadas, y anden por los rieles, y trasporten las cosechas y no choquen, habrán perdido toda su originalidad y serán iguales a los trenes de todas las empresas ferroviarias del mundo.

Chile no ofrecerá, de esa manera, interés ni emoción para el turista. Lo que seduce a éste, más que el bello panorama, es el peligro. El día que se supiera a punto fijo que en los Alpes no se despeñaba ningún explorador, terminaría el alpinismo.

En obsequio de los mismos turistas deben mantenerse los ferrocarriles en el mismo estado en que hoy se encuentran.

A los que se extrañan y protestan hay que explicarles, simplemente, que el objeto de la Empresa, no es como en otras partes, el vulgar acarreo de hombres y mercaderías, sino otro mucho más alto: el de dar empleo a una serie de individuos más o menos inútiles.

En otros términos, no es una empresa ferroviaria, sino de colocación.

Bien está que los ferrocarriles extranjeros se dediquen a proteger la agricultura y las industrias; la nuestra está destinada a proteger a sus empleados.

Vaya lo uno, por lo otro; y que no sigan las protestas.

TI-CHAN-FU (1)

Para hacer desatinos

No hay como los chilenos y los chinos.

Un día el noble y pálido Emperador Ti-Chan-Fu, preguntó a los dignatarios de su Corte, si había alguien más poderoso que él, en el imperio.

Y los mandarines meditaron y respondieron: — El arroz.

Entonces Ti-Chan-Fu, se recogió en sí mismo, y encontró que decían la verdad, pues el arroz apaga el hambre y el hambre trae el desorden, y el desorden la ruina de los emperadores.

Y resolvió honrar el arroz, y para ello ordenó que se vaciaran todos los graneros del Celeste Imperio, y se escogiera el grano más perfecto y sus mejores artífices lo engastaran en la esmeralda de su anillo.

Cuando los graneros fueron despojados, y el arroz traído de los remotos confines del imperio formaba, ya, una pirámide catorce veces más alta que la pagoda roja del dios Min, el Emperador Ti-Chan-Fu, mandó reunir en convención a los hombres más prudentes y sabios de su reino y les dijo:

—Elegid en esta pirámide el grano más perfecto.

(1) La Convención Presidencial de Enero de 1924, consideraba, en esos días, si debía elegir un candidato de ideas bien definidas o uno de transacción que aunara las voluntades de amigos y adversarios.

Entonces los sabios prosternaron la frente en tierra quince veces y luego sentándose en los talones y colocando el pulgar izquierdo en la nariz, signo de meditación, permanecieron tres horas en silencio, esperando que hablara el más anciano Lin-Chung, que era la voz de la prudencia.

Y Lin-Chung, habla así:

—¡Oh! Poderoso señor! ¡Oh hijo del cielo! ¡Oh Pavo Real de la Dicha y Gusano de Seda de la Prosperidad, dignate prestar oído al consejo de un anciano que te ama y cuya trenza nunca fué tocada por las manos impuras del verdugo! Elegir el mejor grano de arroz de la cosecha, es tan difícil como elegir un gobernante. Las opiniones de los hombres son distintas: el que gusta a los filósofos puede descontentar a los ignaros: el que agrada a los magnates puede ser rechazado por el pueblo: el que complace a los civiles no contar con la aprobación de los soldados, y el que satisface y llena el gusto de los hombres de bien, irrita y hiere al paladar de los malvados.

No olvides, sin embargo, que todos esos hombres son hijos del Imperio y que la elección de este grano que va a recibir de ti, un honor tan señalado, ha excitado las pasiones y ha robado la calma a los espíritus.

La multitud ha rodeado la pirámide de arroz que está frente a tu palacio, y ya, los hombres y hasta las mujeres, han señalado con la vista el grano de su predilección, defienden sus cualidades y hallan defectos a los otros, con tono cada vez más descomedido y violento.

Si el grano que resulte elegido no les gusta, pueden llegar a las manos, y salpicar con sangre tu palacio.

Hay que buscar ¡oh Hijo del Cielo! el grano que con-

cilie en torno suyo, todas las voluntades de los hombres. El que satisfaga a todos, el que a nadie desagrade, ese será, a no dudarlo, el grano de arroz más hermoso, más nutritivo y más perfecto del imperio.

Manda, ¡oh poderoso y prudente Emperador! que cada uno de tus súbditos traiga consigo un harnero que deje escurrir solamente el grano que a él le guste. El que pase por todos los cedazos será el grano más perfecto de todos tus dominios».

Ti-Chan-Fu—respondió:—Tu consejo será oído.

Se suspendieron las faenas hasta en los más apartados confines del imperio. Durante siete días, cada chino, no tuvo otra ocupación que construir un arnero que no dejara escurrir sino el grano preferido. Más que todo, sin embargo, se procuraba que el harnero impidiera que pasaran los granos de los otros.

Se inventaron las rejillas más extrañas; las unas con hoyuelos en forma de cruz; otras en forma de triángulos y escuadras; otras fingiendo sables pequeñísimos; otras redondas como las monedas y otras curvas imitando las herraduras de los asnos.

Los más ambiciosos, los que sólo querían hacer predominar su deseo sobre el de todos los demás, las horadaron con agujeros tan pequeños que el sol apenas se filtraba a través de ellos.

Y durante días y días Ti-Chan-Fu, desde el balcón de laca roja de su palacio imperial, asistió al interminable harneo del arroz de sus graneros; pero el grano que conciliaba todas las opiniones y tendencias, el grano que debía dar la paz y la tranquilidad a sus súbditos—en una palabra,—el grano ideal, no aparecía.

Los que pasaban por el cedazo de un mandarín o de un obrero se detenían al llegar al de un soldado, de un pescador o de un filósofo; los que cruzaban sin dificultad el arnero de un brahman, de un penitente o un artista, quedaban dando saltos vanos en la apretada rejilla que les tendía una mujer o un comerciante.

Ti-Chan-Fu, desesperaba.

Por fin, una madrugada, lo despertaron los gritos y el tumulto de sus súbditos.

El Emperador, sobresaltado, se dejó caer del lecho sin acordarse siquiera de bendecir al papagallo sagrado que le inspiraba buenos sueños en su almohada.

—¿Se habría descubierto por fin el grano más perfecto de su imperio?

El rostro mustio y tétrico del anciano consejero Lin-Chung—la voz de la prudencia—le hizo detenerse en el umbral.

Sí; se había elegido el grano: pero, ¡qué grano! ¡oh Hijo del Cielo! El que había pasado por todos los cedazos, el que no despertaba resistencia de parte de ninguno de sus súbditos, era esa brizna de paja que le enseñaba con mano temblorosa, el prudente Lin-Chung.

Aquello no era arroz ni nada y no podía ser engastado en el anillo. Ni siquiera podía decirse que «eso» fuera el grano más débil, inútil e inservible del imperio.

—¿Y ese tumulto?—preguntó Ti-Chan-Fu.

El anciano Lin-Chung—la voz de la prudencia—se dejó caer en tierra sollozando:

—¡Mátame pronto, poderoso señor! ¡Es el pueblo amotinado! ¡Le mostré el grano de transacción y está furioso!

SUMA PARA IGUALAR

Jamás me he atrevido a hacer esta declaración por temor de que el nuevo régimen, al conocer mi competencia, me llevara a ocupar el Ministerio de Hacienda; yo no creo en la contabilidad.

Ahora, que las finanzas nacionales están en manos igualmente expertas y no hay peligro de producir perturbaciones en la administración, puedo expresarme con franqueza a este respecto. Tengo la más triste idea de la falta de carácter, la excesiva complacencia, la mansedumbre ilimitada de los números entregados, sin defensa, a los manejos de los contadores.

Todo se arregla en la contabilidad me decía un perito en la materia y si a algo no se le encuentra compostura con colocar una partida que diga «Varios a varios o «Suma para igualar» los libros quedan a las mil maravillas.

Y no es que la contabilidad sea una ciencia de esas que pueden aprenderse en diez minutos.

Conocido es el caso de Alejandro Murillo cuando por primera vez ingresó a una oficina comercial y fué encargado de llevar los libros, a pesar de sus enérgicas protestas de ignorancia.

—Es sencillísimo— le dijo el jefe— Aquí tiene usted

el Debe y el Haber. Anote en esta columna las entradas y en esta otra las salidas.

Por la tarde el libro decía, textualmente: Entraron dos monjas. Salieron cinco pesos.

Lo anotado era verdad, pero no era contabilidad— que son cosas muy distintas.

También en los libros de la Tesorería podría a veces escribirse «Entraron dos gestores». «Salieron cien mil pesos» y ello— aunque daría una idea más exacta que todos los balances acerca de la marcha de la Hacienda Pública— no sería tolerable, ni discreto.

Al fin y al cabo, la contabilidad es a los negocios lo que la poesía a las ideas: el ropaje que las cubre y dignifica.

Lo sensible es que a veces el ropaje resulta deficiente y las cuentas aparecen al desnudo.

Es lo que está pasando ahora con los balances fiscales.

Don Guillermo Edwards Matte ha hecho notar a este respecto una curiosa anomalía. Las variaciones que, según la hora del día, experimentan los sumandos del balance fiscal no alteran el producto de la suma.

En efecto, a las 4 de la tarde del Sábado el Ministro de Hacienda declaró que el déficit de 1922 era de \$ 13.487,707 y el de los años anteriores de \$ 94.426,664. Total: 108 millones y fracción.

A las 7 de la tarde del mismo día la Dirección de Contabilidad entregaba a la prensa otro balance, según el cual, el déficit de 1922 se reducía a siete millones de pesos; pero no así el resultado que seguía siempre fijo en los 108 millones, tan inmovibles como misteriosos.

¿Cómo, el transcurso de tres horas, el descenso del sol sobre el horizonte o un simple cambio de tempera-

tura, han podido rebajar a siete millones de pesos el déficit de 1922? ¿Cómo, a pesar de esa reducción de uno de los sumandos, el total continúa siendo el mismo?

Punto es este que sólo puede encontrar explicación en los complejos y recónditos arcanos de la contabilidad.

Acaso una sola palabra haya bastado para uniformar los dos balances, o, por mejor decir, boletines que con diferencia de tres horas han publicado los doctores que atienden en sus últimos momentos a la pobre Hacienda Pública, cada vez más escuálida y enferma.

Esa palabra mágica debe ser la consabida «suma para igualar» que salva todos los obstáculos y allana todas las dificultades.

Ambos balances podrían, así expresarse en esta forma:

Estado de la Hacienda Pública, a las 4 de la tarde, según el Ministro de Hacienda:

Déficit de 1922.....	\$ 13.487,707
Déficit anterior.....	94.926,664
	<hr/>
Total.....	\$ 108.414,371

Estado de la Hacienda Pública, a las 7 de la tarde, del mismo día, según la Dirección de Contabilidad:

Déficit de 1922.....	\$ 7.000,000
Déficit anterior.....	94.926,664
Suma para igualar.....	6.487,707
	<hr/>
Total.....	\$ 108.414,371

Los dos balances resultan tan congruentes, tan bien presentados, tan armónicos, que se experimenta el deseo de descubrirse respetuoso ante el contador genial que descubrió la «suma para igualar» que todo lo simplifica y acomoda.

¡Ah! ¡Quién pudiera creer en la contabilidad!

POR PATRIOTISMO...

El señor CELIS (Ministro de Hacienda).—No tengo sino un gran amor por mi patria y un noble deseo de servir honradamente sus intereses: fueron esas consideraciones las que me movieron a aceptar, en los difícilísimos momentos porque atraviesa nuestro país, esta cartera de sacrificio, con la resolución inquebrantable de servir los intereses nacionales honradamente y en la forma más levantada.—(*La Nación*, versión oficial de la sesión de 24 de Agosto de 1921).

Cada vez que en la calle, en los bancos, en la bolsa y aun en el almacén de la esquina, oigo que alguien me interpela con el acento desesperado de quien todo lo espera de la prensa:—Pero, señor, ¿a dónde vamos? ¡La libra está a más de cuarenta!... Yo no puedo dejar de recordarme del Ministro «que aceptó por patriotismo».

El Ministro «que aceptó por patriotismo» es un tipo tan curioso, tan criollo y tan lamentable, que bien merece algunas líneas.

Un organizador de gabinete, inclinado al humorismo,

se acerca al diputado que encuentra más cercano y le ofrece una cartera, v. gr., la de Hacienda.

Parece elemental que el agraciado, que nunca ha sido financiero, si ama de veras a su patria y desea verla bien gobernada, se apresurara a responder hidalgamente:— ¡Si no sé una palabra de finanzas! Le agradezco infinitamente su benevolencia; pero quiero demasiado a mi país para aceptar el Ministerio que me ofrece.

Sin embargo, el candidato no contesta en esta forma. Se acomoda la corbata, se retuerce el bigote, infla, satisfecho, el tórax y declara formalmente que «acepta por patriotismo».

Desde ese momento, el Ministro se convierte en un ser invulnerable.

¿Que dispilfarra el dinero, que no se hacen economías, que no se buscan nuevas fuentes de recursos, que el cambio baja día a día y no hay fondos con que pagar a los empleados públicos?

Pues todo eso podrá ser muy sensible; pero está, sobradamente, compensado con el patriotismo del señor Ministro.

Y ¡ay! del espíritu auspica y malévolo que se atreva a deslizar en la Cámara alguna duda envenenada sobre la competencia financiera del abnegado ciudadano que desempeña la cartera de Hacienda!

Este salta inmediatamente de su asiento para decir al malintencionado:

—Usted no tiene derecho a criticarme. Recuerde que yo «acepté por patriotismo».

Hace tiempo que he dejado de temblar por el gobierno; pero tiemblo al pensar que, un día no lejano,

la teoría de la «aceptación por patriotismo» se extienda, de las esferas políticas, a la vida ordinaria.

Podrá suceder, entonces, que, al investigar las causas de una hecatombe ferroviaria producida por el hundimiento de un puente, se compruebe que no es posible hacer cargo alguno al constructor, que no era ingeniero, sino limpiabotas; pero aceptó «por patriotismo».

El mismo argumento servirá también para justificar al médico que hundió un barco en un día de tormenta, porque aceptó hacerse cargo del timón «por patriotismo», y al piloto que operó de apendicitis a un enfermo y lo mandó al otro mundo, también «por patriotismo».

Acaso venga, así, una reacción y se logre que la Cámara, completando las disposiciones del Código Penal, declare expresamente que, en política, el patriotismo no podrá invocarse como exención de responsabilidad.

NUESTROS RECORDS

El paso de la cordillera de los Andes con zapatos de charol, hazaña nunca imaginada por nadie, y realizada, sin embargo, por uno de nuestros aviadores, sugiere algunos comentarios sobre la idiosincracia nacional en materias deportivas.

Chile, como los Estados Unidos, tiene la manía del record; pero la tiene a su manera.

En Estados Unidos se mide la importancia de la hazaña por el resultado obtenido en velocidad, en altura, en resistencia. Aquí se mide, no por el buen éxito, sino por las dificultades que ha habido que vencer, antes de llegar al fracaso. Estas dificultades no son, por lo demás las que impone la naturaleza, sino las que voluntariamente y con premeditación y alevosía, se impone el propio interesado.

Una vez producido el desastre final, nuestro orgullo patrio queda profundamente satisfecho.

Analicemos, verbi gracia, el raid aeronáutico al Brasil, que ha permitido a uno de nuestros más distinguidos pilotos llegar a la capital del Plata en un tiempo ligeramente inferior al que habría gastado haciendo el mismo recorrido en una mula de alquiler.

El Gobierno, que autorizó la magna empresa, sabía

de antemano que los aeroplanos carecían de las condiciones necesarias para cubrir esa distancia en forma satisfactoria; en cualquier país civilizado, esta sola circunstancia habría bastado para que la autoridad se opusiera a la arriesgada aventura.

Para cooperar a la acción del Gobierno, uno de los pilotos optó por no ponerse botas de aviación, y, gracias a Dios, que los mecánicos, escasos de fantasía, no tuvieron la idea de hacerle algunas roturas al tanque de gasolina, a fin de darle más interés a la prueba.

Al primer día, el recordman del calzado de etiqueta se vino a tierra con los pies helados, y fué preciso una intervención quirúrgica.

Chile entero recibió la noticia con un hondo suspiro de satisfacción: ¡habíamos triunfado! No teníamos, ciertamente, el record de altura, ni de velocidad; pero teníamos el record de los zapatos de charol!

¡Jamás a nadie en el mundo le habían dolido tanto los pies, teniéndolos en el aire!

El otro aviador, en cambio, menos atrevido que aquél en pedestrismo, pero decidido a conseguir el record que le había encomendado el Gobierno de atravesar la pampa con el mayor número de aterrizajes conocido, seguía respunteando la llanura en competencia audaz con las langostas.

Cincuenta saltos más y nuestro piloto habrá llegado a Río de Janeiro.

Experimentaremos una nueva sensación de orgullo patrio. ¡Nunca se había ido en aparatos más inapropiados desde el Mapocho al Amazonas!

Las «Actualidades Gaumont» de los biógrafos de Río, podrán exhibir en una vista inmóvil toda la extensión

de un vuelo con los llamativos rótulos: «Chile perpetra un nuevo record». «Marcando el paso en aeroplano». «Manifestaciones populares en Santiago de Chile», etc.

Esta hazaña nos ayudará a conformarnos con la pérdida eventual de las provincias del norte. ¿Para qué necesitamos un país tan largo si son tan cortos nuestros vuelos?

COMO EL FISCO

¿Una desilución? De ningún modo. Simplemente un desengaño; y, como tal, provechoso, aunque sea un poco desconsolador. Porque, es claro—y lo demás es pedir gollerías—que en todo desengaño, lo que se gana en experiencia se pierde en felicidad.

Antes de la exposición del Ministro de Hacienda, yo tenía una alta idea de nuestros problemas económicos, y creía de veras que la situación del Erario escapaba al análisis de los profanos, por anormal, complicada y abstrusa.

¡Puras ilusiones! A la luz de la exposición del señor Claro, no hay estado financiero más vulgar y corriente que el del Fisco.

En dos palabras se resume todo: falta de plata y muchas deudas.

¿No es esa la situación de todo el mundo?

Temo que impulsado por el egoísmo, esté generalizando demasiado; pero, a lo menos, puedo declarar con legítimo orgullo que comprendo exactamente este problema y nada tengo que envidiar al Fisco.

La situación del Estado y la mía se parecen como dos gotas de agua, dicho, por cierto, entre nosotros, y con toda la reserva que se debe a los gerentes de instituciones bancarias.

El Fisco y este seguro servidor, hemos seguido una política económica netamente alessandrista, y de ahí que las realidades queden cortas al lado de los compromisos; pero esto es culpa de las realidades.

Tanto al Gobierno como a los particulares, sólo nos es dado restringir las salidas, porque el aumento de las entradas no es un hecho que dependa de la simple voluntad o del «ánimo de adquirir», al cual dió tanta importancia el ingenuo redactor de nuestro Código Civil.

Verdad que, como el Estado, tampoco economizo; y sólo le llevo la ventaja de no dejarme robar a sabiendas y por gusto, como ha solido pasar a más de algún gobernante.

Esto no impide, por cierto, que me forme exacta cuenta de las que llama el señor Claro «deudas de plazo indefinido».

Aunque por lo general esta cláusula no conste en los documentos, ya sean particulares o fiscales, no por eso disminuye su aterradora y frecuente realidad objetiva. Hay gente para la cual todas sus deudas, cualesquiera que sea el término fijado para su vencimiento, resultan a plazo indefinido.

¿Carencia de bienes liquidables?

Tal vez; pero el Estado, verbi gracia, los tiene en abundancia, según lo manifiesta la exposición del Ministro señor Claro, con la salvedad de que no producen renta ni le sirven para nada.

Quiero creer que en ese noble y sereno documento oficial no hay alusiones personales. Porque me dolería que el Ministro se refiriera en forma velada e insidiosa a seis sillas de vaqueta, un título de abogado, una colección en media pasta de la Biblioteca Internaacional de

Obras Famosas, dos retratos, un ramo seco de violetas y varios otros bienes de gran valor afectivo, pero no efectivo, que constituyen mi modesto patrimonio, sin incluir la libreta de cheques, que acaba de recobrar su utilidad gracias a la nueva ley que ha autorizado la sabia y prudente costumbre de los cheques cruzados o sea aquellos que no se pueden cobrar en parte alguna.

Si no hay en la exposición alusiones personales, y sus palabras reflejan exactamente la situación del Erario, se comprende que el Gobierno se haya entregado por entero al régimen del [amor, que es el único consuelo al alcance de todas las fortunas.

Lo que no se ve bien nítido, es cómo en semejantes condiciones, el Estado se permite dividir todavía el presupuesto en gastos fijos y variables.

Porque a los simples mortales, puestos en casos parecidos, nos sucede que los gastos pierden todo carácter de estabilidad y se vuelven esencialmente variables, especialmente en lo que toca al presupuesto de Relaciones que es, por lo general, entre los hombres, el menos recomendable y más superfluo.

Por supuesto, antes de llegar a estos extremos, se acude, como ha hecho siempre el Gobierno, a los empréstitos, hasta que resulta imposible conseguirlos, como también a él le ha sucedido.

¿Tiene algo, pues, de anormal, inusitado o extraño, el estado de las finanzas nacionales?

¿Hay algo en ellas que no sea perfectamente comprensible, aún para las inteligencias más modestas?

En estos momentos de crisis, cada ciudadano al echar una mirada a sus finanzas y a las de la Nación, puede decir, con Luis XIV: «¡El Estado soy yo!»

Y, realmente, salvo raras y opulentas excepciones, en nada diferimos del Gobierno en cuanto a la potencia financiera.

Sólo hay una diferencia y es nada menos que en la manera de saldar el déficit. ¡Bien se conoce que no todos tenemos, como el Fisco, un buen Ministro de Hacienda!

Para salvar la situación de aquél, se ha propuesto la creación de un Banco del Estado, Caja Central o como quiera llamársele, con facultad de emitir todo el dinero que sea necesario para prestarle al mismo Estado. El Fisco podrá así continuar contrayendo nuevas deudas.

En cambio, nosotros, los que constituímos el público, o, mejor dicho, el pueblo soberano, quedamos entregados a nuestra propia suerte.

Hay en esto una injusticia que subleva.

¿Cuándo será el día en que cada ciudadano goce de los privilegios bancarios del Estado?

VENTAJAS DE LOS EXAMENES

Entre las enfermedades que se heredan, sin duda, una de las peores,, es el miedo a los exámenes.

El susto examinativo se trasmite en Chile hasta por tres generaciones.

El individuo pasa de los 9 a los 20 años sufriendo las impresiones de sus propios exámenes; sigue después alarmándose por cuenta de los hijos, y, ya viejo y abuelo, experimenta los últimos pavores de su vida, unidos estrechamente a una lista de reyes visigodos o una clasificación de los ortópteros.

Personas entendidas aseguran que gran parte de las afecciones cardíacas, se deben, pura y exclusivamente, a los exámenes.

No es extraño, por lo tanto, que, con esta grita general que se produce todo los años en Diciembre, con motivo de las pruebas finales, abunden las peticiones para que la Junta de Gobierno, que ha suprimido ya las loterías, dicte un decreto-ley suprimiendo este juego de azar a que el Estado somete anualmente a los alumnos.

No soy de los que comparten semejantes opiniones.

El examen, por lo mismo que no da ninguna idea de la preparación de los alumnos, es algo profundamente educativo.

Lo que pierde la instruccióu, lo gana el individuo en formación del carácter y experiencia de la vida.

El examen constituye para el niño una lección objetiva de que la inteligencia y el saber son cosas bastante inútiles y que no tienen relación alguna con el éxito.

Esto le permitirá más tarde no extrañarse ante las listas de Ministros que propician ciertos diarios en los momentos más graves y trascendentales para la marcha del país.

Enseñan, por otra parte, los exámenes, la importancia decisiva de la suerte sobre todos los actos de la vida, formando el alma en una atmósfera de sereno fatalismo.

El peor alumno de la clase sale bien porque le preguntan lo único que sabe; el primero de la clase es reprobado o escapa a duras penas, porque le hicieran preguntas de otro libro.... del libro que vende el examinador.

Los conocimientos infantiles se enriquecen con dos observaciones provechosas: un momento de suerte vale más que muchos meses de estudio, y los profesores universitarios no son, todos, esos modelos de ecuanimidad, entregados por completo a la ciencia, que aparecen en los libros de lectura; son hombres prácticos que editan textos de estudio que se venden a costa de los niños.

¡Y qué enseñanza de política!

Uno de los míos, que debía dar examen de historia de la Edad Media, me decía poco antes de la prueba:

—Enséñeme hartas maldades de los Papas, porque yo me he fijado en que eso les gusta a los examinadores....

¡A los once años parecía tener, ya, todo el oportunismo de un diputado electrolítico!

Tuve que hacer una clase de independencia de crite-

rio, de energía de carácter, para no halagar al poder, aparentando compartir sus opiniones, aún cuando se fracasara en un examen o en la vida.

Puede que estos consejos, poco prácticos, sirvan al estudiante oportunista de 1924 para contrarrestar, andando el tiempo, la tendencia ciegamente gobiernista de algunos editoriales de «El Mercurio».

En todo caso, sin el examen de Edad Media, el curso de instrucción cívica no habría comenzado tan temprano en el hogar.

¡Y luego habrá quiénes digan que el sistema antiguo se diferencia en algo del concéntrico!

Pero, acaso la ventaja más positiva que ofrecen los exámenes, sea la de enseñar a los ciudadanos, desde chicos, a aparentar una ciencia que no tienen. Esto, como lo demuestran los propios profesores universitarios, es enormemente práctico, pues permite al individuo gozar de todas las preeminencias, prestigio y consideraciones del saber, sin pasar por las molestias del estudio.

¿Podrá, pues, criticarse un sistema como el actual, que si bien perjudica a la instrucción, se adelanta a la experiencia, forma el carácter del alumno y lo prepara a la lucha por la vida, en un ambiente de noble escepticismo de los hombres y sus procedimientos?

PROYECTOS MATRIMONIALES

No se trata de una broma de mal gusto; lo han dicho bajo la fe de su palabra tres personalidades radicales:

Ante los males de todo orden que aquejan al país, el Partido Radical «propicia como reforma urgente la de las leyes sobre los derechos civiles de la mujer, la correcta constitución de la familia y el divorcio con disolución del vínculo».

De qué modo el divorcio va a propender a la correcta constitución de la familia y el derecho del marido a cambiar de señora, va a contribuir a mejorar los derechos civiles de la mujer, es cosa que no explican los autores del proyecto.

En cambio, a primera vista la reforma aparece congruente y eficaz para luchar contra la crisis económica, que es por el momento el problema que más preocupa al país.

¿Qué medio más seguro que el abandono de la mujer y de los hijos para cohonestar la falta de recursos? ¿Qué sistema más práctico de distribuir las cargas del hogar, que la separación y nuevas nupcias de uno y otro cónyuge?

Porque debe observarse que la disolución del vínculo, si bien concluye con el matrimonio, no revela espíritu

alguno de ataque a la institución. Los autores del proyecto, lejos de sentir aversión por el matrimonio, son sus más desenfrenados partidarios. No se contentan con que el individuo se case una sola vez, sino que quieren que se case muchas veces sucesivas.

Baste recordar que uno de los reformadores es un hombre que desde su más remota juventud no ha vacilado en sufrir persecuciones por la justicia, a trueque de acumular antecedentes favorables al proyecto, destruyendo la espiciosa distinción que hacen las leyes entre el matrimonio y sus derivados.

Desde el punto de vista laico ¿qué es en efecto, un raptó, sino un matrimonio corto con disolución del vínculo? ¿Y qué es un matrimonio, sino un raptó en que las partes se demoran algún tiempo en ponerse de acuerdo en la separación?

El día que se apruebe la ley en proyecto se habrá dado un gran paso en el sentido de la simplificación del concepto matrimonial.

No es el momento de ocuparse aquí de la situación en que quedarán los hijos con la disolución del vínculo, las nupcias sucesivas y los consiguientes cambios de hogar y de madrastras; porque como lo dice bien claramente el manifiesto radical, se trata de un proyecto de reforma matrimonial que afecte, por lo tanto a los adultos y no a los incapaces de casarse y divorciarse, como son los niños.

No puede el proyecto preocuparse de asegurar los derechos del marido, los derechos de la mujer y además los derechos de los hijos, porque son demasiados derechos para una sola ley.

Cuando los hijos lleguen a grandes—si es que llegan

con semejante sistema—tendrán tiempo de sobra para aprovechar de sus ventajas y contraer, a su vez, cuantos matrimonios crean convenientes.

Por ahora, hay que contentarse con aplaudir la iniciativa radical.

Es el momento de hacerlo, porque una vez que se lleve a la práctica el brillante proyecto, para «asegurar los derechos civiles de la mujer y propender a la correcta constitución de la familia», puede presentar ciertos inconvenientes. El principal defecto en este último ramo—a dar fe a las estadísticas—está en que hay pocos matrimonios. El pueblo, por lo general, no es afecto a la heroica institución y no se casa. En vano los diarios llenan columnas y columnas protestando de la «crisis de la nupcialidad».

El proyecto de divorcio, puede a no dudarlo, concluir con una parte de los pocos matrimonios existentes; pero no es seguro que los aumente. Si los hombres se resisten a casarse una vez, ¿querrán casarse varias veces?

LA BOFETADA CIENTÍFICA

Los sabios, los literatos, los filósofos, los pintores, los músicos, en una palabra, los intelectuales, se quejan amargamente de que el box provoque más entusiasmos y tenga más admiradores que las manifestaciones del espíritu.

La queja es infundada.

Para apreciar un descubrimiento científico, se requiere cierta dosis de cultura; una teoría filosófica puede suscitar observaciones y dudas; para admirar, debidamente, un cuadro, un poema, una sinfonía, se necesita poseer conocimientos artísticos. En cambio, un bofetada, la entiende todo el mundo.

¿Es de extrañarse que los espectáculos de box atraigan mayor número de adeptos?

*
* *

La bofetada, particularmente para recibirla, no requiere ningún conocimiento. Aún más, no se saca nada con tenerlo, porque si es bastante fuerte, se pierde el conocimiento.

En cambio para darla se necesita de largos y penosos ejercicios ante el punching-ball.

Sucede con un «swing», un «uppercut» o un «hook», lo mismo que con el dinero. Es más fácil recibirlo que darlo.

Se diferencia, sin embargo, en que tan pronto como el golpe se recibe, dan ganas de devolverlo.

Con el dinero no pasa igual cosa.

*
* *

Se habla mucho de que el box es conveniente para el mejoramiento y desarrollo de la raza.

Es difícil explicarse cómo los golpes y chichones recibidos por los padres, pueden influir en la eugenesia.

Por otra parte, un boxeador es superior mientras más entrenado está; pero mientras más entrenado está para el ring, menos lo está para el hogar.

Los atletas—que son los prototipos del macho,—tienen, como las mulas y otros seres capaces de aturdir de un solo golpe a un cristiano, la sabia precaución de no dejar descendencia.

La naturaleza toma sus medidas para que la población no se extinga por knock-out.

¿Qué adelanta entonces la raza si esas facultades de fuerza y de vigor no llegan a heredarse?

*
* *

Se habla mucho de que el box debía extenderse y propagarse de un extremo a otro del país; se dice que es el arte de la propia defensa y que ningún ciudadano debía ignorarlo.

¿Se ha pensado en la suerte que correría una nación cuyos hijos fueran todos boxeadores eximios?

El fin último del box, su cúspide, es el knock-out.

El día en que cada ciudadano que diera una bofetada aturdiere a su contendor, la mitad de los habitantes, desde Tacna a Punta Arenas, estarían en el suelo y la otra mitad ocupados en contarle los diez segundos reglamentarios.

¿Progresaría así el país?

Lo que salva, precisamente, a la República, es que la mayoría de las bofetadas que se dan en ella, son mal dadas y no producen resultados serios.

¿Conviene entonces la enseñanza del box?



Como transacción podría aceptarse que esa instrucción llegara hasta enseñar a producir el estado «groggy», sin que los conocimientos ascendieran al «knock-out».

El estado «groggy» es aquel en que el individuo no sabe lo que le pasa y anda, como un estúpido, dando vueltas y más revueltas alrededor de los cordeles.

Pero en este país hay demasiado, inconscientes, desde el Gobierno a los particulares, para que haya interés en aumentarlos.

Además una de las tendencias características del que está en esa situación, es aferrarse en «clinch» a su adversario.

Los políticos groggy se abrazan al presupuesto y no hay forma de apartarlos.

Pensando mejor las cosas, acaso nos conviene ni siquiera que la enseñanza del box llegue a este punto.

*
* *

Tal vez lo mejor sería enseñar a no acertar las bofetadas.

De ese modo todo el mundo podría darse el lujo de tener incidentes personales. Este es también el criterio del Código Penal, que rechaza y castiga todo golpe capaz de causar una lesión o un daño.

No hay, por lo menos para mi gusto, mejor bofetada que la que no se recibe.

En este punto creo que también está de acuerdo la mayoría de los ciudadanos, sean o no admiradores del deporte. Los boxeadores representan sólo una ínfima minoría del país y no es posible que sus puños pesen más, en las cuestiones que suelen suscitarse dentro y fuera de la Cámara, que los del resto de los ciudadanos.

Bajo el nuevo régimen, las minorías carecen de derecho y la igualdad social se busca reduciendo a todos al nivel más bajo.

En Chile no hay clases privilegiadas.

Ya que todos los individuos no pueden ser buenos boxeadores, es necesario procurar que todos sean malos.

La enseñanza del box debe tender a este ideal.

CARTA A MR. KEMMERER

Distinguido señor Kemmerer:

Reciba usted mi más sincero pésame. Sé que el Gobierno de Chile acaba de encomendarle la delicada labor de poner en orden nuestras finanzas, o sea, de realizar una de esas operaciones financieras que los creyentes suelen encomendar a Santa Rita y los ateos sólo a los norteamericanos. En buenas cuentas, se espera de usted un milagro.

¿Se da cuenta de lo que ésto significa?

Es probable que su temperamento ingenuo y sano de hombre del norte, no le permita explicarse cómo puede existir un país en que sea un imposible nivelar las entradas con los gastos. Más aún, es posible que, cuando el Ministro de Hacienda, le asegure que todos los gastos están rigurosamente financiados, usted se diga para su capote:

—¿Para qué me habrán llamado? Todo está perfectamente.

Es que usted, mi estimado Mr. Kemmerer, ignora el terrible significado que entre nosotros tiene el verbo «financiar».

Financiar es, según el Diccionario de chilenismos, saldar un déficit cierto con una entrada problemática.

Cuando lea en una exposición de la Hacienda Pública, que un gasto está «financiado» haga usted cuenta que falta la partida de ingreso respectiva.

Verbi gracia: jubilación de dentistas conforme al decreto ley N.º 422,834. Cinco millones de pesos. El desembolso está financiado en la siguiente forma:

Impuesto al dolor de muelas, conforme al decreto-ley N.º 422,835, dos millones de pesos.

Multas a los que se niegan a pagar el impuesto anterior por indigencia, tres millones de pesos.

¿Ve usted, cómo la cuestión no es tan sencilla?

Agregue usted, ahora, que para percibir los dos impuestos anteriores, se necesita un personal de empleados con un gasto superior en cien mil pesos a los cálculos más optimistas sobre la percepción de dichas rentas y tendrá una idea aproximada de la situación.

Le digo a usted aproximada, porque nada hay seguro ni estable en el país, empezando por la moneda nacional y terminando por la Presidencia de la República.

Los gastos de exportación e importación del Presidente, que aparecen saldados en el presupuesto—porque a un lado se hace figurar la «entrada» y al otro lado la «salida»,—fuera de estar mal anotados, contienen otro grave error: Figuran entre los gastos fijos, en lugar de entre los variables, cuando en realidad no se sabe cuántos viajes es susceptible de hacer un Presidente durante su período.

Este peligro se ha agravado más, después de la declaración hecha por el propio interesado, de que no existe la Constitución, única base en que descansa o descansaba su autoridad presidencial.

Hay impuestos sobre la propiedad; pero no está ga-

rantida, y la renta que ella debiera producir para satisfacer esos impuestos, está reducida a la mitad por un decreto-ley y a la nada por la voluntad de los arrendatarios.

Las únicas actividades del país, se reducen por ahora: en el orden militar, a los ascensos y, en el orden civil, a las huelgas.

La oficialidad joven se aumenta el sueldo y asciende conforme a los ideales del manifiesto del 11 de Septiembre y la oficialidad antigua se retira de acuerdo con los ideales del mismo manifiesto.

Basta un motín para ascender dos o tres grados en el escalafón. Aún quedan, sin embargo, varios oficiales que no han llegado al generalato.

No obstante, para más seguridad en sus cálculos, convendría que tomara como base para el Presupuesto de la Guerra, la situación que se presentará próximamente, en que el Ejército se compondrá exclusivamente de generales retirados.

Las huelgas constituyen la otra actividad nacional.

Por ahora, se encuentran sólo en huelga, los tranviarios, los fundidores, los propietarios, los arrendatarios, los bancarios, los maestros, los obreros del salitre... En fin, para abreviar, faltan aún por declararse en huelga los rateros, los mendigos, los agitadores y los Ministros de Estado. ¡Es la holgura general que prometía el Gobierno del 23 de Enero! Eso mismo de que sea «general», le demostrará la intervención que han tenido en ello, los jóvenes oficiales.

Bueno, Mr. Kemmerer, para no equivocarse, haga sus cálculos sobre la base de que todos los civiles, incluso el Gobierno, están en huelga y todos los militares están

ya retirados... del servicio; tome en cuenta además, que todos los gastos del presupuesto están «financiados»; que el Presidente anda viajando, que los partidos no pueden opinar, que las Cámaras no existen, que la Constitución está arrasada, que el país... En fin, Mr. Kemmerer, no le digo lo que le pasa al país, por temor a que me coja el decreto-ley sobre libertad de imprenta. ¡Y, usted sabe, todos cual más, cual menos, andamos librando el cuerpo de los decretos-leyes!

El Gobierno lo ha llamado a usted para arreglar nuestras finanzas. Si el fallo de Mr. Coolidge, no hubiera sido tan justiciero, habría podido tomarse este acto como una represalia; pero no puede atribuírsele ese alcance a su llamado. Se le pide, de buena fe, un milagro. ¿Podrá hacerlo?

En espera de su grata respuesta, lo saluda su Afmo. servidor y economista (1).

P.

(1) Este término equivale a «chileno» y es, por el momento, menos desdorado.

HERODES REHABILITADO

LO QUE DICE UN EDITORIAL DE SU EPOCA

LA MATANZA DE INOCENTES Y SU DIA

Con la proximidad del día de los inocentes, la figura de Herodes adquiere una palpitante actualidad.

La humanidad ha sido injusta con Herodes.

Sin tomar en cuenta las modernas teorías demográficas, se le mira como un hombre cruel, sanguinario y egoísta, en lugar de mirarlo simplemente, como un precursor de Maltus.

La Degollación de los Inocentes no ha sido aún examinada con criterio tranquilo.

Es el momento de hacerlo. Para ello basta considerar que, cualquiera que hubiera sido la actitud del Tetrarca, dado el largo tiempo transcurrido, ninguno de los inocentes estaría vivo.

Verdad es que el criterio de Herodes, en materia de mortalidad infantil, difiere notablemente del de don Ismael Valdés Valdes, que se empeña en que los hombres mueran viejos y no niños, lo que para el caso viene a ser lo mismo.

No veo, francamente, por qué, así como se fundan las Gotas Infantiles, para socorrer a los individuos que han prestado menos servicios a la humanidad, sin más razón que la de no ser capaces de ganar su subsistencia, no se funda la Gota Parnasiana para dar alimento a los poetas, y la Gota Militar para socorrer a los veteranos del 79, en sus estrecheces.

Razones económicas de peso debió tener Herodes cuando expidió su decreto.

Por otra parte, nadie duda de que, la matanza de los inocentes, fué un acto netamente político, y no es posible seguirlo juzgando con el criterio apasionado con que se comentó por los partidos de oposición en ese tiempo.

Al hacer esta «revisión de valores» no es posible desentenderse de la situación especial en que la humanidad se encuentra para apreciar dicha cuestión.

El público conoce únicamente la actitud de Herodes por los comentarios del partido católico, que, entonces, no estaba en el gobierno. Sus periodistas, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, muy buenas plumas, muy verídicas, muy dignas de respeto, atacaron la medida del Tetrarca y esa es la única opinión que ha llegado hasta nosotros.

Pero yo estoy absolutamente cierto, por el conocimiento que tengo de la política, que el editorial publicado en ese tiempo por «La Voz del Sinaí», diario de gobierno, que vivía a costa de la publicación de las sesiones de la Cámara, debió decir precisamente lo contrario.

Aún más, podría responder con mi cabeza—haciendo signos afirmativos—que, si don José Toribio Medina tiene algún día tiempo suficiente para registrar sus pa-

peles, se encontrará con ese editorial que dice textualmente lo siguiente:

«Se ha comentado en estos días con verdadera acritud por los diarios de oposición, el último decreto del Gobierno que ordena la supresión de algunos elementos inútiles de la sociedad que, con un desconocimiento completo de los más elementales deberes cívicos, no han hecho otra cosa, hasta hoy, que molestar a todo el mundo, empezando por sus propias familias.

Esos seres—llamados injustamente Inocentes por los plumarios partidaristas, empeñados en desacreditar la autoridad,—son unos cuantos analfabetos, desprovistos de toda preparación e inteligencia, incapaces de ganarse la vida, verdaderos agitadores, que apelan a los gritos para obtener de los demás el alimento que ellos mismos no logran procurarse. La mayoría, por no decir la totalidad de esos iletrados—muchos de los cuales ignoran hasta el idioma nacional,—viven a costa de sus padres y ni siquiera son agradecidos. Tenemos antecedentes fidedignos de que algunos de ellos, no contentos con destruir durante el día los jarrones, los cuadros, las porcelanas y demás objetos de arte de las habitaciones, trepándose a los muebles y cometiendo toda clase de actos vandálicos, durante la noche, perjudican las sábanas y prorrumpen en llantos interminables sin otro fin, aparente, que el de impedir el sueño a sus progenitores.

La supresión de estos elementos malsanos y subversivos, es, pues, una obligación del Gobierno, que tiene el deber de asegurar el orden y tender por cuantos medios estén a su alcance, a mantener la paz y la tranquilidad en los hogares.

A esos altos propósitos de bien público, ha obedecido el decreto dictado últimamente por el señor Herodes, que tantos comentarios malévolos e insidiosos ha suscitado en los órganos de la oposición.

Con títulos sensacionales y alarmantes, como «Matanza de los Inocentes», «Diez mil niños sacrificados por Herodes», etc., cuyo objeto inmediato no parece ser otro que el de reanimar una circulación decaída, pretende la prensa clerical hacer creer al público que la medida obedece a móviles de carácter político. Se habla de que la Embajada de los Reyes Magos venida últimamente al país, ha comunicado al Gobierno el nacimiento de un nuevo Rey de Judea, que vendría a derrocar al actual régimen, asegurando que éste ha procedido en la forma aludida, con el fin de eliminar al presunto soberano.

Bastará al público, recordar que los voceros de tan insólitos y graves cargos en contra del Gobierno, carecen de toda personalidad en el mundo de la política. Las letras y la banca: son unos cuantos pescadores, algunos de los cuales tienen cuentas pendientes con la justicia por sus ideas socialistas y desquiciadoras del actual orden público.

Respecto a la gravedad que se pretende dar al decreto en cuestión, haciendo subir a cerca de diez mil el número de los perjudicados, debemos decir que sólo revela en sus autores un desconocimiento absoluto de la estadística y la demografía.

Es un hecho conocido, en efecto, que la mortalidad infantil reviste caracteres alarmantes y alcanza en épocas normales al 45 por ciento. Pues bien, se culpa al señor Herodes de ser causante directo de la muerte de 10,000 niños, sin tomar en cuenta que el 45 por ciento

de esa cifra, o sea 4,500, habrían fallecido indefectiblemente de acuerdo con la estadística.

El «enorme crimen» de que habla la prensa de oposición, queda reducido así, a 6,500 infantes, cosa que no tiene la menor importancia si se toma en cuenta que según las leyes demográficas, el número de los nacimientos guarda siempre una relación constante con el de las defunciones. La medida del Gobierno, por lo tanto, en el peor de los casos, no hará sino repercutir un aumento considerable de la población.

Pero donde se ve con más nitidez que en parte alguna el propósito partidarista que guía a los adversarios del Gobierno, es en la manifiesta contradicción en que incurren, al censurarlo. Critican, en efecto, al Tetrarca por la muerte de los inocentes, y no dicen una palabra del Ángel Exterminador que mató en una sola noche a todos los primogénitos de Egipto.

No querríamos terminar estas líneas sin dejar constancia del entusiasmo con que ha sido recibida por la opinión imparcial, la actitud enérgica y decidida de la autoridad, entusiasmo que se ha exteriorizado con una práctica que, sin duda, durará por muchos siglos.

Se ha acordado con la anuencia del Gobierno que el día del decreto, 28 de Diciembre del año I, se celebre anualmente con una especie de moratoria general. Cada judío podría pedir a otro, en ese día, la cantidad que necesite en dinero o en especies sin quedar obligado a abonar el interés correspondiente, ni aún a devolver el capital.

Bastará para ello que, una vez realizada la negociación, el interesado recite en voz nítida y clara, la siguiente fórmula:

Herodes mandó a Pilato,
Pilato mandó a su gente,
El que preste en este día
Pasará por inocente.

La implantación de esta costumbre en un país de prestamistas como el nuestro, revela hasta qué punto el pueblo aplaude y desea la supresión de los inocentes, cualquiera que sea «su edad, sexo o condición», como reza el versículo X del Pentateuco».

Hasta aquí, lo dice «La Voz del Sinaí» en su editorial de fecha 28 de Diciembre del año I de la Era Cristiana.

Ojalá su lectura sirva para formar en el público un criterio más imparcial respecto a Herodes y para demostrar que la prensa no ha cambiado desde los tiempos más remotos de la humanidad.

Alessandri

Bajo este nombre que durante varios años ha llenado las columnas de la prensa, he querido reunir en un capítulo unos veinte o treinta artículos arrancados a la campaña más tenaz, accidentada e infructuosa de mi vida periodística.

Supla su falta de interés, el de la época en que fueron escritos.

Epoca tragi-cómica de extrañas perturbaciones sociales y políticas, violentos cambios de gobierno, censura de la prensa, motines militares, deportaciones, dictaduras, y personajes de opereta, acaso no merezca ni siquiera el fallo adusto y justiciero de la historia.

A falta de él, vengan, por ahora, estos artículos que, si son más deleznable, serán en todo caso más benévolos, como que fueron escritos tratando de mirar siempre los hombres y los sucesos por el lado menos triste...

CUPIDO EN EL EJERCITO

La característica de la literatura política aliancista, es el amor.

A la jira electoral de viejo cuño, con críticas, ataques y hasta injurias al adversario político, ha seguido la jira con abrazos y besos, lágrimas y ramilletes, suspiros y canastillos.

El Presidente electo va dejando por doquiera una estela de amor y de romanticismo.

Las brisas del Aconcagua han llevado hasta el mar, como arrullos de paloma, el diálogo apasionado de los hermanos Alessandri.

El electo— «Mis pensamientos, mis afanes, están impregnados de cariño, de afectos y de nobles lágrimas».

El hermano— «Falta a Arturo Alessandri, para ser feliz, que yo sea llevado por vosotros al Senado».

Don Arturo llama a su hermano, «sangre de su sangre y carne de su carne»; éste pide la senaduría solamente «para hacer feliz a Arturo»!

¿Verdad que esto es muy tierno, muy conmovedor y muy dulce?

Pero si en el orden civil, la innovación del Presidente electo resulta candorosa y poética, como el primer sue-

ño de amor, en el orden militar, la reforma sobrepasa cuánto pueda imaginar la más ardiente fantasía.

En el Regimiento Yungay, el señor Alessandri expuso su programa de reorganización disciplinaria en el Ejército por medio del amor.

«Yo seguiré confraternizando— dijo— con los soldados gloriosos de mi patria, para oír y conocer sus anhelos y aspiraciones».

Y luego, dirigiendo una mirada preñada de ternura al comandante del cuerpo, agregó:

«La política que yo quiero, no es aquella que forma el mando con voz ronca; quiero la más fructífera, la del amor, la del corazón» (1).

El comandante, señor Montero, que tiene una voz grave y viril, debió, desde ese momento, sentirse consternado. ¿Cómo mandar con voz de pito a los soldados, «al hombro arr», «descansen arr», «a discreción?» ¿Cómo llevar a la práctica la disciplina del amor y del corazón?

Es claro que el comandante debe estar preocupado, porque se trata de una reforma trascendental, extraña, única en la historia de los ejércitos del mundo; pero ese no es un motivo para no llevarla a la práctica.

La fuerza armada no puede deliberar.

Si el Presidente electo ha dicho que no debe usarse en el ejército la voz ronca, sino la voz atiplada, no hay más que obedecer. El régimen del amor ha llegado también, a la defensa nacional.

(1) Este discurso fué pronunciado por el Sr. Alessandri, el 14 de Diciembre de 1920. Los resultados de su nueva política militar los ha podido apreciar en carne propia, años más tarde.

La suavidad y la dulzura en el cuartel serán las condiciones del nuevo régimen. El soldado debe ser una monada por sus ademanes lánguidos, por sus miradas soñadoras, por el ondulante movimiento de sus caderas. El diminutivo será de obligación. «Soldados y soldaditos, cuidad nuestros caballitos, tenedlos muy limpiecitos—y, por supuesto, herraditos». Se dirá respectivamente: mi cabito, mi sargentito, mi capitancito. Se permitirá a la tropa usar corsé. En el examen de los concriptos se oirán tan dulces expresiones como estas: «¡qué bonitas pantorrillas tiene este reclutita!»

De sargento mayor para abajo, el jefe amará a su inferior; pero todos los grados superiores se dejarán amar por sus subalternos.

El marcial toque de diana será reemplazado por la música del «Conde de Luxemburgo»: «Por favor—dame un beso de amor».

La Escuela Militar y la Academia de Guerra, viejos reductos del tosco y brutal régimen antiguo, serán reemplazadas respectivamente por el Instituto de Belleza de doña Elva de Tagle y la Academia de Baile de don Franco Zubicueta.

Los instructores, no se contratarán en Alemania ni en Francia, ni en Inglaterra, pues, en esos países la voz ronca domina en los varones; como un homenaje a Italia se les traerá de Roma, prefiriéndose, por su voz suave y melodiosa, los profesores de canto de la Capilla Sixtina.

Para no herir los delicados nervios de la tropa, se suprimirán en la banda, los tambores y todo el instrumental que da ruidos graves, dejando sólo las flautas, pitos y clarines.

Un ambiente femenino y coquetón envolverá nuestros viriles y apuestos regimientos.

Se suprimirán las paradas.

Cuando las tropas desfilen bajo los balcones del Presidente electo, lo harán con el andar grácil, desenvuelto y voluptuoso de las hetairas griegas sin más armas que un ramo de blancas azucenas y cantando los versos del Pierrot:

Amor, Amor:

¡Asómate a la ventana

Sal y ven rosa temprana

Que por ti estoy muriendo de amor!

Y acaso el Presidente electo, al escuchar ese llamado, comprenda por primera vez las enormes proyecciones de la reforma militar, lanzada en un momento de abandono oratorio en el Regimiento Yungay de San Felipe.

Diciembre 15 de 1920.

LA NOCHE MIL Y DOS

Shahrazada, la musa de los cuentos,
Así dicen que habló
Al poderoso Emir de los Creyentes
La noche mil y dos.

Cuando hubo llegado la noche mil y dos, Shahrazada, dijo al rey Shahriar:

He llegado a saber—¡oh rey afortunado!—que más allá de los mares que bañan la Golconda y la China, en un país alargado como el cuello del camello y pobre como la rata, vivió un mancebo llamado Al-Andri que por su carácter dulce, amoroso y tímido, era conocido en los palacios de los emires y en los zocos de los mercaderes con el apodo irrisorio de El León.

Y una noche entre las noches, el joven tierno e inexperto sintió el deseo de llegar a ser el Califa de ese reino, y como era verboso hasta el límite de la verbosidad, empezó a ofrecer al pueblo toda clase de bienes y riquezas que él mismo no poseía ni esperaba poseer. Prometía a los ricos, cuando ascendiera al poder, darles los cargos de visires, embajadores y beys, y a los pobres repartirles las tierras de los ricos, y hacer que nadie trabajara en sus dominios, y que el trigo y el azúcar se obsequiara en el mercado, y que el papel que servía a la

sazón como moneda, se convirtiera en oro, y que los ministros del reino permanecieran años y años en sus puestos.

Y la nueva se extendió por la ciudad, y los eunucos y aun los que no lo eran, empezaron a creerle, y agolpándose en el alfeizar de su ventana se comieron el yeso de los arabescos y, excitados por ese comestible, se repartieron por los confines del reino armados de garrotes y palos hasta lograr que los ancianos se reunieran y nombraran califa a su elegido.

Pero no habían pasado aun cuatro lunas, desde que éste se sentaba en los mullidos cojines del Diván, cuando el pueblo se agolpó nuevamente a su ventana y comenzó a pedirle que cumpliera sus promesas amenazándole con cortarle la cabeza en caso de que así no lo hiciera.

Y Al-Andri entró en una gran inquietud y el sueño huyó de sus párpados. Ni la hermosura de las odaliscas, ni el fiero rostro de su gran visir, ni las sublevaciones de los labradores, ni la muerte de cincuenta súbditos realizada por sus genízaros, en los confines más apartados de su reino lograban distraerlo.

Y una noche entre las noches, mientras llamaba en vano al sueño, leyéndose un proyecto destinado a bajar el valor de la moneda mediante la contratación de un empréstito de 50 millones de dinares, se le cayó al pebetero una hoja del manuscrito que tenía entre sus manos.

Y he aquí que del pebetero comenzó a surgir un humo denso, que fué formando una columna inmensa e invadió toda la sala. Y el humo se fué condensando y haciéndose cada vez más luminoso hasta tomar la terri-

ble forma de un «efrit», de rostro pálido, espalda algo encorbada, negros ojos y oscura barba de árabe.

Y Al-Andri recordó al verlo, la figura de su amigo y consejero Oraz-el Faber, y arrojándose a tierra y poniendo el rostro entre sus manos, recitó estas estrofas:

«¡Oh genio, sálvame! Mi cabeza está en peligro. ¿Quién cree en las promesas de los enamorados? Sin embargo, mi pueblo me ha creído y me exige que cumpla mis promesas. Oh «efrit»—si tus ojos han sentido alguna vez compasión, ante el león que yace en el desierto enredado en su propia melena, ante la palmera que se doblega y quiebra al peso de sus frutos, ante la paloma que perece emborrachada por sus propios arrullos amorosos, compadécete de mí».

¡Sólo Alah! es fuerte y poderoso! Dime cómo puedo ahora, conjurar la amenaza de mi pueblo!

Y el «efrit» respondió:

—Haz con tu pueblo lo que hace, en este momento, Shahrazada con el rey Shahriar. Ella también, como tú, está amenazada de muerte, y el rey desnudará su alfanje y le cercenará la cabeza tan pronto como termine la historia que ha empezado.

Hoy se cumplen mil ciento dos noches, desde que empezó su narración y su cuento aun no termina. ¡Haz tú lo mismo! Habla, habla y sigue prometiendo cada día a tu pueblo el final de una historia que nunca habrá de resultar. Tú eres la nueva Sultana de la mil y una noche; el pueblo, el Barba Azul que pondrá fin a tu vida, el día que dejes de entretenerlo con tu cuento!

Al-Andri, guardó silencio, anonadado por las lágrimas de reconocimiento y gratitud y el «efrit» de rostro de

árabe y voz cavernosa y dulce a un tiempo, como la de Oraz-el Faber, se evaporó en el espacio.

Desde la mañana siguiente, Al-Andri—comenzó a dirigirse a su pueblo, por medio de discursos, comunicados y proclamas.

Y un día amenazaba con reunir sesenta mil eunucos, e invadir el palacio donde se reunían los propios consejeros del reino, y otro, culpaba a su amigo Kubill-al-Parej—de querer para sí todos los puestos de kedives, intendentes y gobernadores de sus extensas provincias; y otro, prometía a los insurrectos que quedarían libres de la persecución de sus genízaros...

Pero el pueblo, de tanto oírlo hablar, comenzaba a cansarse, y—como vos ¡oh rey afortunado!—empuñaba nerviosamente el alfanje, o con gesto duro de Sultán descontento, parecía recomendarle una peregrinación inmediata a la Meca...

Al-Andri, no obstante, seguía escribiendo, hablando y dirigiendo comunicados y proclamas.

Y empezó otra vez a decir, que sus visires no saldrían de sus puestos, aun cuando no contaran con la confianza y el aprecio de los ancianos del reino; y, una noche anunció que dictaría cien leyes y decretos para aliviar la situación de los necesitados; y otra noche, que daría trabajo a todos los pobres que se lo pidieran...

Y el pueblo—como vos ¡oh rey afortunado!—seguía esperando indefinidamente el término del cuento, con el ceño cada vez más arrugado...

Pero Al-Andri—obedeciendo los consejos del «efrit»—seguía hablando, hablando, y anunciaba publicar una proclama en que se culparía a los ancianos, a los mag-

nates y a los potentados del reino, de que nada se hiciera por mejorar la situación de sus súbditos...

Y pasaron veinte lunas, y el sol pasó trescientas sesenta y cinco veces por el cenit y Al-Andri seguía prometiéndole discursos, comunicados y proclamas.

Entonces el pueblo fuera de sí—como el Sultán, cansado ya por la historia interminable, de una favorita en desgracia—gritó con voz de trueno: ¡Basta ya! y levantó el alfanje... (1).

.....
En ese momento de su narración, Shahrazada vió apuntar la mañana y se calló discretamente.

(1) Quien levantó en definitiva el alfanje, el 8 de Septiembre de 1924, fué el Ejército que lo obligó a abandonar violentamente el país.

Febrero 19 de 1921.

DE SUBVERSIVO A SUBVERSIVO

CARTA A SANTIAGO LABARCA

Estimado amigo y colega:

Hace apenas seis meses que, bajo el amparo de un hogar oligarca, en torno de una mesa bien servida y en un ambiente que incitaba al buen humor y la concordia, tuve la suerte de «confraternizar» con usted, en plena campaña.

No es este el primer caso de confraternización que recuerda la guerra de trincheras.

Estaba entonces, usted, encargado reo, y una barba hirsuta y negra disfrazaba su semblante de juvenil agitador, amagado por los «sicarios del gobierno».

Se decía, en efecto, que la policía lo buscaba activamente, y aún contábase que pocas noches antes, un joven vividor que en alegre compañía cantaba en la guitarra:

«Ha tiempo—la barca—la playa—dejó...»

fué interrumpido violentamente por un comisario:

—Va preso. Usted sabe dónde está Labarca.

La anécdota estaba lejos de ser tranquilizadora.

Esa misma noche, al avisarnos que alguien preguntaba por Santiago Labarca, hubo en los comensales un movimiento de ansiedad.

—¡La policía!—exclamaron todos.

Y recuerdo que aprovechándome del parecido que me daba con usted nuestro común aditamento capilar, salí cojeando de la sala, resuelto a despistar la policía, a trueque de incurrir en el delito de suplantación de persona.

No había tal policía.

Era un compañero federado que venía a saber del fugitivo.

Momentos después—restablecida la calma—usted tomaba asiento a la mesa.

—Gracias—me dijo en són de chanza.—He podido corresponderle el servicio. El que usted ha visto es otro subversivo, y le he pedido que en obsequio a usted suspenda la orden de volar esta noche «El Diario Ilustrado».

Fué éste el primer acto de acercamiento entre dos agitadores que habríamos de entendernos con el tiempo.

Ese acuerdo ha comenzado a producirse.

He leído sus artículos de crítica al Gobierno, publicados en «La Epoca» y en la revista «Oro y Azul», y créame que no noto mayores diferencias con los que suelen publicarse en las columnas de este diario.

Sólo que usted ahora «no me tose»—como dicen los chulos de zarzuela—en materia de agitación social.

Tendrá usted, sin duda, más fama, gozará de mayores franquicias de parte del gobierno, hablará con mayor

frecuencia en público; pero sus ideas son mucho menos avanzadas que las mías.

Usted, v. gr., es partidario de la revolución social; yo voy más adelante: soy partidario del absolutismo, que es la consecuencia lógica de la revolución.

Consulte el barómetro ruso, y verá que sus ideales se encuentran varios grados más abajo. Usted sueña todavía con el soviét, el tumulto, el comunismo; yo estoy con el autócrata Lenin o, más bien dicho, con el hijo de Lenin, quien al heredar, dentro de unos años más, el gobierno de las Rusias, se jactará de la nobleza de su raza lo mismo que Luis XIV, y dirá, también como él: ¡El Estado soy yo!

No crea, mi estimado colega, que lo censuro por este espíritu retrógrado. Lo comprendo, me lo explico.

Usted representa, al fin y al cabo, un proletariado que es casi oligárquico comparado con el mío. Sus adeptos, son gente pobre, si se quiere, pero—como para su dicha han ignorado hasta ahora los beneficios del crédito,—no tienen tampoco saldo en contra, o es tan insignificante, que no pasa de cincuenta o de cien pesos.

El que yo encarno y represento, ¡ese sí que es proletariado! ¡Ese sí que está reñido con el capitalismo! Ni usted ni su partido serían capaces de hacerse cargo del activo y el pasivo de uno solo de mis representados.

Todas nuestras esperanzas se cifran en que el señor Martner habrá de continuar bajando el cambio, único modo de disminuir también las deudas.

¿De seguro usted llevará su espíritu conservador hasta el extremo de ser un decidido partidario de la buena moneda? Pues bien; también está atrasado. Yo soy partidario, como Trotzky, de la «desmonetización».

La única manera de que un menesteroso pueda pagar, es rebajando el valor del dinero. Afortunadamente, el Ministro de Hacienda comprende esto. Cuando el cambio llegue a medio penique, una chaqueta o un par de pantalones, valdrá a lo menos cien mil pesos, y bastará ponerla en manos de los acreedores y esperar que le devuelvan el saldo.

Si bien no hemos llegado, como en Rusia, al ideal de que 10,000 rublos valgan 25 pesos, nos acercamos a él. Un buen sombrero de paño vale, ya, doscientos pesos.

¿Ve usted que los que llama proletarios no son tales, y si piden el alza de la moneda, lo hacen sólo guiado por el espíritu explotador y oligárquico de los capitalistas?

Pero no quiero continuar demostrándole cuánto le queda aún por progresar en materia de reformas sociales, en un momento en que los subversivos, cualquiera que sea nuestro bando, necesitamos el máximum de prestigio ante el pueblo, para influir sobre los torcidos rumbos del gobierno.

Usted es un espíritu amplio, que aunque adolezca de cierta timidez, progresará.

Ha comparado ya a Su Excelencia con un ídolo con los pies de barro. Los ídolos más temibles son los que tienen, también, de barro la cabeza.

Ha reconocido usted que en el grave conflicto producido entre el Gobierno y el Senado, no había de por medio sino una cuestión de reparto de empleos; o en otros términos, de compromisos políticos.

Ha criticado usted el manejo de nuestras finanzas.

Ya ve cómo estamos de acuerdo.

Sólo nos falta que—aprovechéndonos de las garantías

que el gobierno ofrece a los subversivos—aunemos nuestros esfuerzos para sacar al pueblo del error en que está respecto a sus ídolos.

Usted ha empezado la obra demostrando la debilidad de los pies. Yo la de la cabeza. Le doy cita en el estómago.

Pero esperemos un poco. Si nos apresuramos, lo encontraremos vacío.

Disponga de su Afmo.

P.

30 de Abril de 1921.

PRESIDENTE MAQUINISTA

En la inauguración de la primera sección del ferrocarril eléctrico, la máquina fué gobernada por el Presidente de la República.

No son para contados los sustos que pasé el Lunes cuando supe que el tren eléctrico de Santiago a Tiltil, partía con su locomotora gobernada por el señor Alessandri.

Los pasajeros no se daban cuenta y sonreían; pero ¡nosotros que sabemos cómo gobierna el Presidente!... No; aquello fué sencillamente horripilante.

El público, nervioso, consternado, pálido, agitó largamente los pañuelos en señal de despedida.

Yo me llevé el mío a los ojos, para ocultar una lágrima furtiva y—lo confesaré—principalmente para no ver la catástrofe. Estaba como clavado en el andén. Mi imaginación pesimista presentaba ante mis ojos lo que podría ser un tren manejado por el señor Alessandri.

El Presidente de «over-all» azul, listo ya para partir, gritaba con medio cuerpo fuera de la ventanilla:

—¡Paso a los que esperan! Atrás los pesimistas!

La gente se revolvió y apretaba buscando sus departamentos.

—¡Suban, suban! ¡Aquí no hay diversidad de clases! Da lo mismo «primera» que «tercera», vociferaba el extraordinario maquinista.

Luego noté con horror que las emprendía contra varios miembros de la comitiva llamándoles «oligarcas y burgueses» y comenzaba a pronunciar un elocuente discurso en favor del proletariado.

Don Cornelio Saavedra le interrumpió en ese momento para recordarle que era la hora de partir.

Esto lo puso muy nervioso:

—¿Qué hora? ¡Qué me importan las horas! Ya las cambié, una vez, siendo Ministro y las volveré a cambiar cuando me plazca!

¡Ahora sólo me rijo por la hora de las reivindicaciones, que ha sonado en el reloj inalterable de la historia, mal que pese a los espíritus estrechos y caducos de una rama del Congreso!

Hizo sonar el pito de partida y agregó:

—¡Vámonos contra el Senado!

Este cambio de itinerario debió desagradar al convoy porque se oyeron varios silbidos aislados.

—¡Prefecto, haga despejar y si es necesario cargue! El tren saldrá de aquí pese a quien pese, quiero decir, pise a quien pise!...

Debió acordarse en ese momento de que era partidario del desarme universal y que el Prefecto con su tropa podían hallarse en ese estado, porque empezó a llamar a grandes gritos a don Antonio Huneus.

—¿Dónde está el «ponente»?—gritaba.

¡Que venga y diga al Prefecto que la V Conferencia

condena la paz armada, propicia la guerra desarmada, y no permite hacer uso de cañones de más de 16 pulgadas! ¡Que recuerde una vez más al Prefecto que el armamento no se necesita para despejar al pueblo, porque las ideas se combaten con ideas y los disturbios con disturbios!...

Dió media vuelta al manubrio y el tren partió como una exhalación.

A lo lejos veía al maquinista hacer piruetas en la ventanilla, sujeto apenas de los pies. Su traje azul me recordaba, sin saber por qué, el fatal pijama de M. Deschanel y temía por momentos su caída...

Pero seguía hablando, hablando y haciendo señas con algo rojo que llevaba en la mano y que en el huír vertiginoso de la máquina no se sabía bien si era el corazón o el pañuelo de narices, porque a veces se lo llevaba al pecho y otras veces se sonaba con él, indiferentemente...

Presa de escalofriante pánico, yo permanecía de pie como clavado en el andén, contemplando los saltos de la máquina.

—¿Qué hace usted aquí? Ya va a llegar el expreso, y no ha tomado su boleto.

La voz ronca del guardián que interrumpía así, mi aturdimiento, me volvió a la realidad...

—¿Y el tren eléctrico que gobierna Su Ex?

—¡Phss! Llegó sin novedad a Til-Til!

Sentí que me aliviaban del peso de una montaña. Mi espíritu de oposición me había engañado una vez más. El señor Alessandri es un gran maquinista. Acaso al aceptar la Presidencia erró la profesión... O ¡quién sabe si el carro del Estado es de manejo más difícil!

No sería extraño. Al fin y al cabo un tren va sobre rieles que impiden perder el rumbo y los cambios no sufren tantas variaciones y son manejados por funcionarios más preparados y prácticos que los Ministros de Hacienda.

18 de Abril de 1923.

SU MEJOR AMIGO

«Dicen que tengo un perro, y bien: ¡cierto es que tengo un perro! Y lo considero mi mejor compañero, mi mejor amigo; es el que me acompaña en mis ratos de descanso, cuando necesito dejar reposar mi espíritu para reanudar después las pesadas tareas de mi cargo».

(Discurso del Excelentísimo Sr. Alessandri, sobre el protocolo de Washington, el 10 de Agosto, en el Teatro Politeama).

No tuve la suerte de estar presente cuando Su Excelencia, allegando una prueba más en favor de las negociaciones de Washington, habló de su perro Tony y lo señaló como «su mejor amigo». Personas que asistieron, aseguran, no obstante, que al oír semejante afirmación, las caras del señor Barros Jarpa—el plural rige en este caso—y también las de varios amigos presidenciales, se contrajeron en una amarga mueca de decepción y sentimiento.

Una lágrima de profunda gratitud se escapaba, entre tanto, de los ojos de Tony, agradecido. Fué cuestión de

un segundo. El «foxterrier», correcto y severo, como un buen hijo de inglés, se llevó la patita blanca al ojo sentimental, que brillaba como un topacio en la mancha negra y redonda que le sirve de monóculo, y enjugó aquella lágrima furtiva. ¡Se le había hecho justicia!

En realidad, sin metáfora, Tony es el mejor amigo del señor Alessandri, desde que está en la Presidencia.

Menos lanudo que don Horacio Fabres, con más unidad de miras que los señores Matte y Maluenda, peor alimentado que don Cornelio Saavedra, más joven que el señor Barros Jarpa, menos discutido que los señores Gómez Solar y Julio López, más fiel que Broughton, y menos gravoso al presupuesto que el señor Santibáñez Rojas, el distinguido «foxterrier», compendia en sí todas las cualidades que deben adornar a un amigo presidencial: sumiso con su dueño, incapaz de decir una palabra de lo que ha visto u oído, sin ambiciones y sin planes internacionales, listo siempre para morderle los zancajos a cualquiera, cazador por cuenta propia y dispuesto a entrar en pendencia al menor signo, sin comprometer a su amo.

Claro está que no puede hacerlo todo. Un perro es incapaz de falsificar un documento internacional, aunque sepa que con ello podrá enlodar injustamente a un hombre. Cuando Tony quiere hacer esto último, procede a su manera, busca un charco adecuado al lado de la acera, y con las patitas traseras, salpica de barro al transeunte.

Pero hasta en esto revela una alma mejor puesta que algunos de los amigos palatinos. El barro mancha menos que la tinta.

Además es franco. Cuando muestra los dientes, a di-

ferencia de los políticos de sonrisa persistente, se sabe, sin lugar a dudas que es sólo para morder. Para halagar, mueve la cola con más gracia que don Armando Jaramillo. Cuando quiere comer, entra directamente a la tesorería, quiero decir la despensa; saca lo que puede y se lo come a solas, sin participar a nadie ni mezclarlo en sus enredos.

Si alguna vez, como suele suceder a los internacionistas inexpertos, se encuentra en un callejón sin salida, y tiene que manchar alguna alfombra, no trata de formar ruido en torno suyo, ni de agredir a nadie, ni de culpar a otros de lo sucedido, sino que se oculta silenciosamente con la cola entre las piernas.

Tan fiel al Presidente, como desconfiado de sí mismo, sería incapaz de abandonarle para salir de paseo tras una comitiva, no digo al extranjero, sino aún fuera de Santiago.

Adornado de todas las cualidades, cuya falta suele notarse en los hombres de gobierno—larga vista, buen olfato, lealtad y nobleza,—solamente les recuerda cuando, nervioso e impulsivo ante una cueva de ratón, mete la pata, como si fuera un canciller. Esto por lo que toca a la actuación política de Tony.

El lector me perdonará que no diga una palabra de su vida privada, que, para mí, es intangible, aunque se trate de un perro joven y soltero. La cultura, la hidalguía y hasta la reciprocidad, obligan a callar en esta clase de cuestiones, en que pocos son los hombres que no tengamos tejado, o por lo menos claraboya de vidrio.

Tony es un gran animal y un gran político—bajo el nuevo régimen, estas cualidades se confunden—, y eso basta y sobra a sus merecimientos.

Su Excelencia ha dicho de él, con razón, que es el mejor de sus amigos. Pese a las susceptibilidades de los otros, no ha tenido mejor, durante el año y medio que lleva de gobierno.

Agosto 12 de 1922.

EL DISFRAZ

Si el cedro hablara, si por un prodigio de renovación de valores, la augusta y tachonada puerta del Palacio de Gobierno, se contagiara con el medio ambiente, se tornara parlanchina y refiriera lo que ha visto, ¡qué de cosas interesantes contaría!

Ante ella ha desfilado casi un siglo de vida republicana, enérgica y austera con Portales, Montt y Varas; llena de gloria militar con Bulnes y Pinto; campechana con don José Joaquín Pérez; turbulenta con Santa María; trágica con Balmaceda... La puerta ha visto, luego, entrar y salir muchos Presidentes, muchos Ministros, muchos militares, casi siempre de valer, en todo caso dignos de respeto...

Después, ha visto cosas nuevas: amigos presidenciales que entraban flacos y salían gordos, proveedores de albergues, pretorianos, agitadores obreros... Un día franqueó el umbral el tifus exantemático, y otro, salieron sin ser notados de la guardia veinte sacos de estampillas destinadas tal vez a la sección propaganda o a la correspondencia particular del Presidente.

Todo, lo vió pasar la vieja puerta con el gesto resignado de un antiguo servidor de casa grande en decadencia... Pero el Sábado a las once y media de la noche,—

día y hora de aquellarres—sus maderos se conmovieron con un escalofrío de pavor al ceder el paso a una sombra estrafalaria.

Los goznes venerables que saludaron otrora, con acentos de hierro al vencedor de Yungay y gimieron al despedir a Balmaceda, dejaron escapar, ahora, un áspero y metálico gruñido.

También el embozado respondió con un gruñido; pero de buen humor, alegre, cálido, primaveral, estudiantil.

El Presidente de la República, bajo una máscara de perro y un amplio dominó negro, salía de Palacio, para tomar parte en el baile de disfraces del Club Hípico.

Debe haber sido en realidad un espectáculo conmovedor ver al Primer Mandatario, en su disfraz canino, ladrando a los transeuntes, y pensando al propio tiempo, en la necesidad de incrementar los fueros del Poder Ejecutivo, en llevar a feliz término el Protocolo de Washington y en otras cuestiones de alto interés público.

Se explica, pues, el espanto con que el histórico Palacio, ha sentido romper los viejos moldes según los cuales el Presidente de la República estaba obligado a presentarse en forma humana durante todo su período. Se explica, digo; pero no se justifica. ¡Bien está que alguna vez un soplo primaveral conmueva los recios muros de la mansión colonial y barra los adustos recuerdos del pasado!

El disfraz no deshonra.

Cuentan las crónicas que Harum-al-Raschid, el magnífico Emir de los Creyentes, solía, también, cambiar sus vestiduras y bajo viles apariencias recorrer los zocos y

bazares para posesionarse de las desdichas de su pueblo, y mejorar su condición.

Eso hacía Harum-al-Raschid, porque era grande, poderoso, y los pobres eran pocos y sus males podían aliviarse; pero aquí donde las cosas no tienen compostura, ¿qué sacaría un gobernante con ir a ver miserias y tristezas?

Mucho hace el Presidente con disfrazarse e ir a un baile. Con ello contribuye por lo menos a entretener a su pueblo en forma honesta y económica. No todos pueden darse el lujo de imitar punto por punto al legendario Sultán de «Las mil y una noches».

Octubre 30 de 1922.

LAS SEIS MIL PALABRAS

Ahora si que, ya, nadie, por escéptico que sea se atreverá a asegurar que el discurso pronunciado por el Sr. Alessandri, en la V Conferencia, carece de valor.

Contra tan deleznable apreciación se levanta hoy inmovible la factura de la agencia cablegráfica encargada por el propio Presidente, de la transmisión de su discurso, y que asigna un valor de \$ 16,000 a las 6,000 palabras que contiene.

¡Clamen cuánto quieran los fiscalistas incapaces de comprender que un egreso de palabras pueda ser imputable al presupuesto!

Ha hecho bien el Presidente al intentar la exportación de su discurso.

Con ojos de estadista ha visto claro que la producción oratoria basta y sobra a las necesidades del país, que hay una sobre producción, un exceso que pesa en el mercado, un saldo que es preciso colocar fuera de nuestra frontera,

Por lo demás, este discurso pacifista y tranquilo, era digno de la exportación, del mismo modo que otros anteriores, por subversivos y violentos, eran dignos de la ley de residencia.

Acaso, sin embargo, el Gobierno haya cometido un

error en enviarlo a París. También en Francia sobra la oratoria y está, por lo tanto, desvalorizada.

Para darle algún interés y obtener su publicación en los diarios parisienses, habría debido presentársele como un discurso póstumo de Mr. Deschanel. De otro modo, se sabe ya el valor que atribuyen en Europa a las arengas y proclamas de los «generales» sudamericanos, como llaman corrientemente a nuestros mandatarios.

Además, la idea base, el concepto de fondo, la tesis trascendental y novísima del discurso del señor Alessandri —el odio nada engendra, sólo el amor es fecundo—no tiene en el país de la revancha el ambiente que merece.

¿Quién va a creerle en París que el amor es fecundo?

En cambio en otros países, esa idea, original y avanzada como la teoría de Eistein, que viene a revolucionar las esferas de la fisiología, como ésta ha conmovido las de las ciencias matemáticas, habría sido apreciada en toda su imponente magnitud,

—¡Ah! Cuando en las academias científicas se hubiera divulgado la trascendental observación hecha por un latino-americano de que el amor es fecundo! ¡Qué grato e inmenso campo abierto a la experimentación! ¡Qué fuente inagotable de ensayos y anotaciones! ¡Qué nuevos horizontes para aumentar la población en las regiones devastadas por la guerra, en las colonias que carecen de brazos para el trabajo!

Para posesionarse de la trascendencia de la observación de nuestro Presidente, hay que colocarse por un momento, en la situación del hombre que la ignora. El individuo conoce el amor, pero no sus consecuencias.

De pronto un sudamericano, un chileno, un ser hu-

mano perdido más allá de los mares, en el confín más apartado del planeta, le comunica por telégrafo que el amor es fecundo. ¡Qué revelación, qué alarma, que conmoción para el hogar del ingenuo ciudadano que creía poder amar sin ulteriores resultados para el aumento de la especie humana!

Realmente, por esa sola idea, el discurso del señor Alessandri debía ser transmitido a todo el orbe, costara lo que costara.

Lo único sensible es que las potencias europeas, al darse cuenta de la novedad y las ventajas de la tesis Presidencial para incrementar la población, no se hayan apresurado a costear íntegros los gastos que ha demandado el envío del discurso.

Abril 3 de 1923.

PRESIDENTE ECUESTRE

Desde que algunos diputados llevaron a la Cámara la discusión harto indiscreta del estado mental de Su Excelencia, el país se encuentra en presencia de un problema insoluble, porque así como no hay autoridad que pueda pronunciarse sobre la constitucionalidad de las leyes, tampoco la hay que pueda declarar la insanidad del Jefe del Estado.

De por sí la cuestión es complicada. ¿Dónde concluye el buen juicio y comienza la locura?

¿Quién fija y nombra

La línea imperceptible que separa

La clara luz de la nocturna sombra?

Ahora, a esta natural complicación, se agrega otra producida por el hábito, la costumbre, la aclimatación o como quiera llamársela. Insensiblemente, sin quererlo nos vamos adaptando a la idiosincrasia de cada mandatario hasta tomar como simples genialidades, lo que en otro miraríamos como gravísimas perturbaciones.

Veamos el caso del actual Presidente.

Cualesquiera de las declaraciones que hace a diario el señor Alessandri, puesta en boca de uno de sus antecesores, daría ocasión a la más honda alarma.

Supóngase, por un momento, que cualesquiera de los Presidentes anteriores—Barros Luco, Riesco o Sanfuentes—hubieran manifestado su propósito de desentenderse de las resoluciones del Senado. El Ministerio habría renunciado, el cambio habría bajado cuatro puntos, los negocios se habrían suspendido y el país estaría a las puertas de la revolución.

Lo dice el señor Alessandri y el público se alza de hombros comentando alegremente:—¡Si nada de esto tiene la menor importancia! Mañana será día de sol, el Presidente estará en calma y todo pasará!

El señor Alessandri sale en jira política y recorre el país hablando pestes de una de las ramas del Congreso, y asegurando que por tales o cuales omisiones legales, no existe, por el momento, poder electoral en la República...

Ni aún en los tiempos de más desembozada intervención, la nación había visto un ejemplo parecido. Diez veces menos, dijo Balmaceda y el país se vió envuelto en los horrores de la guerra civil.

En el señor Alessandri, estas declaraciones son el pan de cada día y se miran con la misma benévola simpatía con que se le ha visto algunas veces injuriar en la calle a un diputado, ordenar una carga desde los balcones del Palacio de Gobierno, y perseguir por la plazuela a todo trote a algunos estudiantes que le faltaron al respeto.

Apenas algunas voces aisladas se han atrevido a dudar de la cordura y discreción del Primer Mandatario, y esas voces han sido acalladas con indignación y tal vez con buen sentido. ¿Cómo señalar el límite en que las genialidades pasan a ser perturbaciones? ¿Cuántas ofensas al Senado, cuántas cargas, cuántos matchs en la vía

pública, cuántas vueltas deportivas en torno de la estatua de Portales, necesita un mandatario para que se dude de su sensatez?

Yo creo que no hay límite ninguno y por eso tiemblo ante la idea de que al señor Alessandri se le ocurra un día, interrumpir su paseo matinal por la Alameda para subirse a la grupa del caballo de O'Higgins.

El primer momento sería, a no dudarlo, de expectación general. Acaso habría hasta sonrisas, pero cuando el público, congregado alrededor de la estatua, se diera cuenta exacta de la situación, la cosa cambiaría.

—«La actitud incomprensible y atrabiliaria del Senado, Senado que no ausculta las palpitaciones del alma nacional—diría el señor Alessandri—ha obligado al Presidente de la República a adoptar esta posición, que es la única compatible con la dignidad de un mandatario que está dispuesto a saltar todas las vallas y todos los obstáculos».

«Yo no me he subido a este caballo por un acto de libre voluntad; he sido obligado a ello por las ofensas, los odios, los rencores de mis enemigos políticos. Comprendo exactamente lo delicado de mi situación, pero como hombre y como mandatario, no me queda otra cosa que aceptarla, pese a quien pese y pase lo que pase...»

¿Verdad que la cuestión planteada así ya no parece tan sencilla y deleznable? Si no al fin del primer día, al cabo del segundo o del tercero en que el Presidente se niegue a descender de las verdes ancas del potro, el público va a empezar a preocuparse seriamente.

En las calles, en los clubs, en los corrillos, no se hablará de otra cosa. En la Cámara se interpelará al Ministerio, haciéndolo responsable de la extraña actitud del

Presidente, y el Gabinete se defenderá diciendo que se trata de actos personales del Primer Mandatario, actos de los cuales no puede responder el Ministerio.

No faltará, tampoco, un exaltado que llegue a acusar de loco al Presidente, y la sesión terminará en medio de gritos, bofetadas y escándalos. Sólo al día siguiente, el editorial de «El Mercurio», traerá un poco de calma a los espíritus.

«Los lamentables desacuerdos producidos ayer en la Cámara de Diputados—dirá el editorial—nos obligan a hacer un nuevo llamado al patriotismo, la concordia y la unidad de miras de los legisladores, sobre los cuales pesa en estos momentos una gravísima responsabilidad: la de mantener y conservar el libre juego de nuestras instituciones democráticas».

«El apasionamiento que suele acompañar las luchas electorales, ha llevado a algunas personas—afortunadamente pocas— a criticar la acertada resolución del señor Alessandri, al tomar colocación al lado del Director Supremo don Bernardo O'Higgins. Múltiples razones han llevado sin duda al Presidente a adoptar esa determinación: la belleza del sitio, el buen aire de la Alameda, la proximidad del Palacio de Gobierno, etc. En realidad, se puede aplicar en este caso al señor Alessandri, el viejo aforismo inglés: «The righth man in the righth place». En cuanto a la excesiva duración que Su Excelencia ha dado a su permanencia en el caballo, se explica, sobradamente por la acritud de los ataques de que ha sido víctima. Es natural que un espíritu de primer orden, se rebelé contra la injusta imposición de hacerlo descender del sitio en que se encuentra».

«Si al Presidente, en cambio, se le mauifiesta el bene-

plácito con que la misma oposición ha visto sus iniciativas ecuestres, si el Senado aprueba un voto de confianza al Ministerio, en una palabra, si el Presidente se compenetra del buen espíritu que existe de parte de sus adversarios, él mismo se apresurará a bajarse del caballo o por lo menos a manifestar las razones que tiene para continuar en él. «El Mercurio», que tiene por norma propiciar toda solución de avenimiento que no implique una condescendencia de la Alianza Liberal, llama a la concordia a los hombres de todos los credos y de todos los partidos y formula los más sinceros votos porque se solucione este conflicto que amenaza perturbar el complicado rodaje de nuestras instituciones».

Y luego en párrafo aparte: «No queríamos terminar estas líneas sin consignar la más enérgica protesta por las expresiones que se vertieron ayer en el Parlamento, con respecto a la persona del Excmo. señor Alessandri».

Se necesitaría que el país fuera sordo para no conmoverse con un editorial tan bien meditado y ecuánime. Al día siguiente, y después de numerosas reuniones entre los dirigentes de la Alianza y de la Unión, don Ismael Tocornal, comisionado solemnemente para solucionar el conflicto, se dirigirá a la estatua de O'Higgins, a cuyo pedestal el Tony llora sin consuelo.

¡Vanos esfuerzos! El Presidente no quiere bajarse por ningún motivo, no tolera ninguna transacción, ni siquiera correrse algunos centímetros hacia la cola, última fórmula de avenimiento que estaría dispuesta aceptar la mayoría del Senado.

—«En la historia circular de la República—declaró el señor Alessandri—mi puesto como último Presidente

constitucional está al lado del primero. Yo no puedo moverme de la grupa de O'Higgins, más aún, me considero agrupado con O'Higgins, y no habrá fuerzas humanas capaces de separarnos!»

Y como don Ismael se permitiera insinuarle el ejemplo de civismo dado por O'Higgins, su colega de montura, contesta:—«Yo puedo imitar a O'Higgins en sus actos de valor, pero no en sus debilidades. Yo no abduco!»

De los amigos íntimos—vulgo ardeliones—parte la idea de bajar a O'Higgins, para ver si el Presidente se resigna a imitarlo. Por otra parte, de ningún modo el trabajo resultaría perdido; porque habría desde luego, una casa extranjera interesada en adquirir el prócer.

La iniciativa conciliadora resulta infructuosa. ¡Siempre la negativa rotunda y pertinaz del Presidente'

—«He llegado a esta alta situación—les dijo—después de una de las luchas más enconadas y ardientes de que hay recuerdo en el país, y no puedo abandonarla sin que se produzcan otras luchas igualmente apasionadas y ardientes, porque las ideas se combaten con ideas y las luchas con las luchas».

En semejantes condiciones no quedaba otra cosa que recurrir a la eterna panacea nacional: el tribunal de honor.

El Tribunal de Honor, presidido por el señor Subercaseaux, que se pasó tres veces durante las sesiones, acordó:

Transportar al Presidente con estatua y todo al Palacio de Gobierno.

Protestar de la actitud del diputado que llamó loco a Su Excelencia.

Así se hizo.

En la tarde de ese mismo día, «El Mercurio» por boca de «Las Ultimas Noticias», se felicitó del triunfo de las ideas liberales e hizo votos porque se vendieran las estatuas ecuestres a fin de no dar ocasión a los mandatarios de treparse a ellas.

Pero ¿es todo esto una locura? Tal vez... acaso... ¡quién sabe!

No obstante que si se hubiera seguido el proyecto de «El Mercurio», habría sido preciso quitar más de un balcón a la Moneda, privar a la plazuela de la estatua de Portales, quitar el andén al carro presidencial, etc.

Y no vale la pena causar tantos desastres para evitar algunos actos que, desde el punto de vista del buen juicio, a lo sumo podrán ser discutibles..

Diciembre 23 de 1923.

¡LA QUE FALTABA!

Sin duda para distraerse de otras crisis más molestas, la gente ha dado en hablar de crisis presidencial.

Es una idea optimista, pero que llega demasiado tarde.

Si se hubiera pensado en ella hace cuatro años, cuando aun la administración marchaba correctamente, cuando había fondos en las arcas fiscales, cuando el cambio estaba a 13 peniques, y se respetaba la Constitución y había libertad electoral, y se pagaba a los empleados públicos, aquella idea habría tenido cierto sentido; pero ahora, que nada de eso existe ¿a qué sacarla a relucir?

El país que durante tres años y medio ha asistido al desgobierno parlante del señor Alessandri, debe pensar que ya que ha soportado lo más, bien puede aguantar lo menos. Ya es por poco.

Por otra parte, creer que el señor Alessandri, con su carácter tan original, pueda renunciar a sus andanzas, es algo tan inverosímil y tan contrario a su personalidad, como lo habría sido en la de Don Quijote, reconocer los errores de su imaginación y renunciar a sus empresas en la mitad de la jornada.

Mientras haya un Sancho Panza que le siga, mientras tenga ocasión de pronunciar un discurso, mientras quede un galeote a quien librar de manos de la justicia, y en-

cuentre una ínsula imaginaria o una gobernación por prometer y un mago a quien culpar de sus desdichas, el caballero seguirá adelante, andando, andando, sordo a las súplicas de sus amigos, indiferente a la voz de la cordura y a la sonrisa irónica del pueblo...

Ni los palos de los cabreros, más crueles que los «tun-guses» radicales; ni los llantos del ama tradicionalista y austera como una Corte de Justicia, ni las mal reprimidas carcajadas con que en villas y aldeas se reciben sus expansiones oratorias, lograrán arrancarlo de su ensueño.

Para él, la Maritornes, tan infiel y poco limpia como la Alianza Liberal, continuará siendo siempre la dama de sus ideales, la sin par Dulcinea del Toboso; el olor a ajo y cebolla, serán ámbar y ambrosía, aunque la chusma le desprecie y no preste el menor crédito a sus promesas y discursos; en vano los molinos de viento, con sus aspas formidables y cambiantes como las mayorías homogéneas, le harán rodar por tierra a cada vuelta, exponiéndolo al escarnio de las gentes. Descalabrado y mal trecho, el hidalgo volverá a requerir adarga y lanza y con su ardiente cerebro aprisionado bajo el yelmo de Mambrino, continuará buscando lances y aventuras que den lustre a su divisa de Caballero de la Triste Figura.

Don Quijote vivió loco y murió cuerdo. En el trance supremo reconoció sus disparates y pidió perdón por ellos; pero no todos los caballeros andantes que han cruzado por el mundo desde Amadís hasta la fecha, han tenido igual suerte.

Orlando—si mis recuerdos no me engañan—murió loco de remate.

Por otra parte, cuando un hombre cualquiera se desentiende de la opinión de todos los demás, para lanzar-

se de lleno en el terreno de la fantasía y seguir sólo sus impulsos, rara vez reconsidera lo hecho y cede al peso de la razón y los acontecimientos.

Eso queda para hombres de otro temple, reposados, sesudos y prudentes.

Si Millerand hubiera sido más imaginativo o menos razonable, no habría renunciado a la Presidencia de Francia cuando vió que el Parlamento no compartía sus ideas y se le hacía, cada vez, más difícil el gobierno.

La crisis presidencial fué posible en Francia, porque M. Millerand estaba convencido de que la misión de un Presidente es gobernar.

El señor Alessandri, en cambio, parece creer que es hablar, y como esto podrá hacerlo indefinidamente, cualquiera que sea la actitud de las Cámaras, no hay razón para pensar en su renuncia.

Los ilusos que hablan de ella, buscando un paralelismo con la crisis presidencial francesa, creen ver un presagio en la visita del Príncipe Humberto de Saboya.

El último huésped ilustre que recibió Millerand, fué Ras Tafari, Rey de Abisinia. ¿No será el Príncipe Humberto—se preguntan—el Ras Tafari del señor Alessandri? (1).

Y la gente, para no hablar de otras crisis más molestas, sigue hablando de crisis presidencial.

(1) El Príncipe Humberto fué efectivamente el último huésped que recibió el señor Alessandri, quien dos semanas después tomaba el camino del destierro.

Agosto 28 de 1924.

EL LICENCIADO

«Madrid 12. — Avisan de Tenerife que, procedente de Buenos Buenos Aires, llegó el barco que conduce a don Arturo Alessandri, quien desembarcó acompañado de sus dos hijos y de otros viajeros. Recorrió la población y almorzó en el hotel. Dijo que la corta estada del barco le impedía recorrer el valle. Agregó que venía a Europa con una licencia de seis meses. El vapor enarboló la bandera chilena.—«La Nación», Octubre 13 de 1924».

Hasta hace poco, los amigos del señor Alessandri que estaban en el secreto de su envío, le llamaban cariñosamente «El Enviado». Ahora que el señor Alessandri dice que va a Europa con licencia, le llamarán «El Licenciado».

En realidad, esta licencia de que habla el señor Alessandri, puede ser, a lo sumo, una licencia poética. Fué tan precisa la renuncia y tan franca y clara la contestación, que es difícil que al distinguido turista puedan caerle dudas al respecto.

Quizá no sea esto un mal. Dado el carácter teatral y pintoresco del Licenciado, su jira en calidad de Presi-

dente de Chile con permiso, dará a sus actos y palabras un tinte más sudamericano. Luego se hablará en los diarios, aparecerá en las revistas ilustradas y figurará en los «vaudevilles» la silueta simpática y amena del General Alessandri.

«Es un hombre de regular estatura—dirá «El Fígaro»—que no muestra en sus facciones características indígenas. Tampoco usa plumas ni manifiesta, a primera vista, particular admiración por los avalorios y vidrios de colores. Lleva, en cambio, un corazón en cada mano, arrancados, sin duda, a algunos de sus adversarios. No revela especial ferocidad, pero se hace llamar el León de Tarapacá. Le sigue, por todo séquito, un esclavo negro que obedece al nombre indígena de Agui-Re. El General Alessandri declaró en la Aduana que no traía más arma que una espada obsequiada, según dice, por Orelie I, soberano al cual le ligan profundos vínculos de afecto. No obstante su carácter militar, habla en contra de los sables y las bayonetas, de los jefes enemigos que le concedieron la licencia de que goza. Un rasgo que revela la afición innata del indígena por cierta clase de amuletos: dice que en llegando al país les pedirá cuentas. Este tributo de cuentas o mostacillas, que piensa exigir de sus rivales, es muy corriente entre los indios sudamericanos».

«El General sostiene ideas muy curiosas y primitivas acerca del amor, al cual llama en su lenguaje pintoresco, el «amor fecundo», como si no pudiera existir sin este requisito. Un detalle interesante: el esclavo negro que le acompaña, no manifiesta por él ni el más leve respeto».

A los párrafos de prensa, seguirán las informaciones cablegráficas.

«Burdeos, 20.—Hoy llegó a ésta, procedente de Tenerife, el Presidente de Chile, con licencia, señor Alessandri. A su llegada al puerto adquirió dos docenas de perros y arrendó un balcón para dirigir la palabra al pueblo. Dice trae sólo ciento ochenta pesos, y viene en viaje de placer por seis meses. Igual declaración hizo en Buenos Aires.—Havas».

Tres meses después, el cable seguirá anunciando:

«París, 4.—El Presidente de Chile, con licencia, se presentó hoy en Luna Park, acompañado de su negro y sus perros. Dice tiene sólo ciento ochenta pesos. Expresó propósito cantar Escala de Milán o cualquiera otra escala».

«Budapest, 23.—Concertóse match oratorio entre hablador norteamericano Jhonson y Presidente de Chile, con permiso, General Alessandri. Desafío comenzó a las 8 A. M. Ambos contendores hablan hasta este momento (3.40 P. M.) sin interrupción».

«Budapest, 24.—Continúa el match. Norteamericano da muestras profunda debilidad. Presidente de Chile sigue hablando voz clara, en perfectas condiciones. Garganta y ciento ochenta pesos incólumes».

(«Rush bulletin»).—Budapest, 25 (2 A. M.)—Triunfó Alessandri. Contendor y público groggy. Policía trata hacer callar campeón chileno. Continúa disertando sobre amor fecundo y ciento ochenta pesos. Diarios comentan estupendo caso resistencia oratoria y monetaria Presidente de Chile. Entrevistado M. Lefevre Meaulle, de paso en ésta, declara, sin embargo, record fué sobrepujado por el propio campeón en lectura mensaje de 1923».

¿Verdad que un Presidente con permiso constituye, en cierto modo, una réclame para el país?

14 de Octubre de 1924.

CHARLAS DE RESTAURANT

Ibamos en el tercer bock de cerveza y en la quincuagésima segunda reforma constitucional cuando mi amigo el capitán Proyecto interrumpió de pronto su disertación.

—¡Chits!—me dijo.—Oigamos a ese político que está diciendo disparates en la mesa del lado.

Efectivamente, allí en el mismo restaurant, a un paso de nosotros, un político hablaba gravemente sobre la última revolución en el Celeste Imperio.

—Nadie podrá negar—decía—que después de la derrota de las fuerzas revolucionarias en Chang-Kun, nos encontramos en presencia de un problema post-bélico para usar los términos de Eliodoro Yáñez. En realidad, la derrota del general Ti-Chun-Fu se debe a un formidable error de táctica. ¡Tenía que pasarle! ¿A quién se le ocurre meterse en una cuestión tan grave como una guerra y consultarse sólo con los militares? Debían haber oído la opinión de los políticos. Yo declaro honradamente que no entiendo en cuestiones estratégicas, pero, a primera vista, se me ocurre que el general Ti-Chun-Fu debió proceder en forma diametralmente opuesta. La prueba es que, obrando como lo hizo, salió derrotado. Yo, en su caso, habría destinado la artillería pesada para

que tomara a su cargo los servicios de reconocimiento. ¿Quién se habría, así, atrevido a interrumpirle su labor? Los aviadores y la caballería, que cuentan con medios menos formidables de ataque, los habría colocado a retaguardia, dedicándolos allí a la construcción de parapetos y trincheras. Ahora, para que la caballada no estuviera ociosa, como también la infantería, habría ordenado a los infantes que tomaran posesión de los caballos y se ejercitaran en la equitación, por si, en un momento dado, era preciso emprender una rápida persecución del enemigo. Nada de esto ha hecho el general Ti-Chun-Fu y ¡claro está! ha sido derrotado vergonzosamente...

Por estas alturas iba la conferencia del político cuando mi amigo, el capitán Proyecto, se levantó exasperado de la mesa.

—Vámonos—me dijo. ¡Basta de oír brutalidades! Estos políticos no saben una palabra de nada... Por eso ha estado hundido este país. Lo que hay que hacer—añadió, cogiéndome de un brazo mientras salíamos del restaurant—es reformar totalmente cuanto han hecho los políticos desde 1810 hasta la fecha. En primer lugar, es preciso cambiar de punta a cabo la Constitución; reunir una Constituyente compuesta de personas que no tengan el criterio deformado por el conocimiento de las leyes. ¡Nada de jurisconsultos! Hay que buscar gente nueva. Por eso soy partidario de los gremios. Los talabarteros, los pintores, los herreros, pueden aportar una serie de ideas interesantes, que no han sido consultadas hasta ahora en nuestra Carta Fundamental. ¡Vea usted... El otra día le pedí su opinión a un zapatero, y me dijo que la nueva Constitución debía ser estaquillada, porque así resultaba más durable. Yo creo que una

Constitución durable es lo que debe buscar, antes que nada, un pueblo bien organizado. ¡Eso da crédito en el exterior! Hay que preocuparse, además, de reformar las inscripciones. Los mayores contribuyentes no han dado resultado; por eso es preciso ensayar ahora con los menores contribuyentes. Y echarlos a la suerte para que nadie sospeche quiénes van a salir. Ahora si alguno resulta con ideas políticas, no hay más remedio que imponerle una multa y reemplazarle por otro que no las tenga. ¿No le parece, además, conveniente para impedir durante la votación la suplantación de personas, que en lugar de la firma, los votantes dejen sólo la impresión digital en el registro? El presidente de la mesa, asesorado por el oficial, queda obligado a controlar las impresiones, y, en caso de cohecho, el elector puede ser castigado con la pérdida del dedo, que equivale, en cierto modo, a la privación de los derechos políticos. Creo que esta es la única manera de asegurar una elección correcta y, al mismo tiempo, de evitar que los diputados y senadores que se elijan resulten con ideas políticas de cualquiera especie que sean, pues todas deben evitarse.

Pasando a la cuestión finanzas, lo primero es hacer la conversión a once y medio peniques. Ese es mi tipo, entre otras razones, porque es distinto de todos los que antes se han propuesto. Para llegar a este resultado es necesario impedir la compra y venta de letras. El cambio se fijará todos los días por el Gobierno, en una pizarra colocada en sitio visible, a fin de que el comercio fije sus precios en conformidad a la conveniencia del país. Creo indispensable, además, decretar el abaratamiento de la vida y reglamentar el costo de los productos y el

régimen de lluvias, de acuerdo con los intereses de los agricultores y del pueblo consumidor.

Además...

Dando una excusa por lo avanzado de la hora, pedí a mi amigo, permiso para retirarme.

Por otra parte, me sentía un poco enfermo. Las opiniones del político en materia de milicia y las del militar en materia de política continuaban bailando en mi cerebro una danza macabra.

24 de Octubre de 1924.

LA PROTESTA DE RAPA NUI

El público se pregunta con verdadera ansiedad que se han hecho los políticos que acompañaban al señor Alessandri en las arduas y nutritivas tareas del Gobierno.

En realidad, desde que la policía les hizo abandonar la mesa de once del Congreso, no se ha vuelto a saber de ellos.

Ni van al club, ni se les ve en el centro al sol que más caliente que—sin hablar en metáfora—es el de medio día; ni concurren a sus propias asambleas, ni a pesar de los esfuerzos de la policía de aseo, ha sido posible hallarlos en el alcantarillado.

¿Dónde se encuentran ahora?

Su ausencia da lugar a las suposiciones más siniestras. Hasta el extremo de que ha llegado a asegurarse que algunos de esos políticos han sido deportados a la Isla de Pascua.

Este rumor es manifiestamente falso, como lo prueba la siguiente carta de Kan Akin III rey de Rapa-Nui, cuyo texto literal reproducimos:

«A ti, Nakan Tafure—hombre que todo lo escribe—levantamos los brazos implorantes».

«La cosecha del camote ha sido mala, la langosta hu-ye de nuestras costas, la lepra muerde la carne de los

viejos, la nariz de Akamagara—el gigante de piedra—se ha desmoronado y todos los males han caído sobre Rapa Nui. ¡No atraigas una nueva calamidad sobre nuestras cabezas!»

«Cuando el hombre que cuida el mástil con alambres, donde se posan los espíritus y le cuentan en secreto lo que ha pasado en el mundo, nos dijo que el Gran Jefe Alessandri, había sido echado del palacio por los hombres con sable, todos bailamos de alegría; pero cuando nos contó que era posible que vinieran a la isla sus amigos, los guerreros se arrancaron el casquete de plumas, las mujeres se quebraron los incisivos en señal de duelo, los viejos se despojaron de sus ropas, y toda la población lanzó el Zamba Kanuta, que es el grito de protesta y de guerra».

«Como tú sabes, en las épocas de hambre y de escasez, en esta isla se vive únicamente del robo y no queremos pelear con los políticos».

«En las épocas normales, vivimos de la caza y de la pesca como los radicales, nos dedicamos al amor fecundo y no deseamos ningún cambio de régimen, porque como decía Kamai Marun—el Loro Alucinado—la represión engendra el odio y el odio nada engendra».

«Todos los años, en la fiesta de Mataveri, cuando el mahute retoña y pone su huevo la fardela, danzamos en torno de la gran estatua pidiéndole que nos deje la lepra, pero que nos libre de los políticos».

«Pedro Prado que fué amigo de mi tía la reina Coemata Etú—estrella en los ojos—puede decirte si no es verdad lo que te afirmo».

«Somos pobres. no tenemos más que las ochenta casas de piedra que construyó Tukuíhú, cuando la luna esta-

ba joven, en Hutiti; pero estamos bien así, y no queremos la intervención del señor Brieba, ni pretendemos ensayar ese concreto armado que no puede deliberar y es esencialmente obediente, pero que se desmorona cuando menos se piensa».

«Los únicos políticos que acepto, porque tienen la belleza de nuestros jóvenes guerreros son los Sres. Aguirre Cerda y Medina Neira. Temo, no obstante, que mi pueblo al observar su parecido con Kuriche Nay—el dios de la hermosura y de las siete caras—quisiera embalsamarlos para ponerlos en la tumba de mis mayores y rendirles homenajes sagrados».

«El señor Subercaseaux no tendría cabida entre nosotros porque, además de rechazarlo los leprosos, y de existir sólo un partido en la isla, mis súbditos desconocen las ventajas políticas del traje y el señor Subercaseaux no encontraría la manera de darse vuelta la chaqueta».

«En cuanto a don Víctor Celis no lo aceptamos ni regalado».

«Recibiríamos, en cambio, con agrado a don Eliodoro Yáñez como técnico en el cultivo intensivo de la papa, y dos ministros interventores como abono».

«Debo exigir, sin embargo, que los tres declaren bajo palabra de honor, que vienen a la isla en calidad de políticos, a fin de dar seguridad absoluta a los indígenas de que no procederán en esa forma».

«Por lo demás aunque las aves en Rapa Nui son abundantes se desconoce en absoluto la dieta. ¡Pueda esta circunstancia más temible para ellos que la ira de Tukim Majina—el dios del hambre y la desolación—alejar a los amigos del señor Alessandri, de esta tranquila y

apartada isla! ¡Bien sabes que a ellos los tememos sobre todas las plagas de este mundo! Di, no obstante, para no herirlos demasiado, siguiendo la costumbre de «El Mercurio», que rechazamos no solamente a los inescrupulosos, sino a todos los políticos sin distinción de partido. «¡Por la memoria del presupuesto que los alimentó, por la dieta que no alcanzaron a probar sus labios ávidos, por la medalla, casi virgen, que les sirvió de amuleto en el último período, por el fuero que aseguró su libertad incondicional, rogamos a los políticos que no vengan a la isla!»

«Lo pide todo Rapa Nui; lo implora con los brazos suplicantes».

KAN AKIN III.

Por la absurda carta anterior, se ve, pues, que los políticos desaparecidos no están, a lo menos, en la Isla de Pascua. ¿Dónde están?

Septiembre 18 de 1924.

¡UN PRESIDENTE INTOLERABLE!

La Convención de Enero entregó, ayer, a don Ladislao Errázuriz, a las disputas de los hombres.

Saludado con aplauso por «El Diario Ilustrado», con respeto y admiración por «El Mercurio», y con desesperación por «La Nación», su nombre, que une en un sólo frente a todos los hombres sanos del país, no ha resultado el símbolo de unión en las filas enemigas, que esperaban anhelantes los dietistas del 5 de Septiembre.

Hace sólo un día que fué ungido candidato, y ya han surgido tres contradictores.

El Centro Demócrata de Santiago, levanta la candidatura del señor Alessandri.

Un redactor de «La Nación», la candidatura de don Eliodoro Yáñez.

Y yo, de acuerdo en principio con la idea de mi amigo y colega periodístico, he proclamado desde ayer, la del Administrador de «El Ilustrado», por cuyas dotes políticas siento una verdadera admiración, especialmente el 30 de cada mes, día en que me paga el sueldo.

Por lo demás, no estoy muy lejos de creer que el señor Errázuriz encarna una verdadera reacción.

Este hombre inteligente, de carácter y, para colmo, honrado como se lo reconocen hasta sus propios adver-

sarios, importa una amenaza para todos los ciudadanos que, sin ser empleados públicos, vivían del presupuesto nacional.

Esos modestos ciudadanos, esos talentosos gestores, esos hábiles políticos, que carecen de medios conocidos de existencia, han vivido desde el 5 de Septiembre, de milagro; y en obsequio a las ideas liberales, no es posible que continúen viviendo en esa forma.

¡Para reacciones, basta y sobra con el movimiento militar! Ahora, que se han acumulado algunos fondos, se hace más necesario que nunca, como insinúa «La Nación», que vuelvan al Gobierno los amigos del señor Alessandri.

Otros han dicho lo que hará el señor Errázuriz, si, por desgracia para los «dietistas» del país, llega a la Presidencia de la República. Para considerarlo reaccionario, a mí me basta y sobra con lo que no va a hacer.

Ya, desde luego, el candidato ha comenzado por no hacer promesas, y esto indica el olvido de ese deber elemental de engañar al pueblo y de excitar su entusiasmo hasta hacerlo comer yeso en los balcones de su casa.

Esto, que fué tan criticado al señor Alessandri, se vió después que era muy útil, puesto que significaba una medida de previsión perfectamente estudiada, para resistir el alza de los artículos alimenticios que provocaría su administración. Las promesas engañosas servían para alimentar las fuerzas del espíritu, y el yeso para mantener la resistencia corporal.

Tampoco el señor Errázuriz hablará en los balcones de palacio, dos veces por semana.

Como tendrá, posiblemente, mayoría en el Senado, y no inflará el presupuesto para engordar a los proveedo-

res, no necesitará tener albergues para lanzarlos en contra del Parlamento cada vez que éste le reproche un gasto inútil.

No necesitará tener una jauría que lo acompañe a todas partes, por temor de que lo pillen sin perros, como solía sucederle, a pesar de estas precauciones, al mandatario anterior.

Bajo su administración no habrá reparto de libras esterlinas.

Los reos se convertirán en una carga para el Fisco, en vez de ser, como eran antes, un negocio, ya que, mediante un indulto del Consejo de Estado, daban fondos para elegir parlamentarios adeptos al gobierno.

El Ejército ganará todo el prestigio que se quiera, pero perderá su rol de intervención electoral por orden del Ministro de la Guerra.

No habrá ofensivas diplomáticas ni por lo tanto, nuevos protocolos.

La hermenéutica jurídica decaerá notablemente, con el sistema reaccionario y absurdo, de cumplir las leyes en vez de interpretarlas.

Disminuirán los entretenimientos populares, porque los espectáculos de box se entregarán a los profesionales y se efectuarán bajo techo, sin que haya ese sistema de match mixto y plural entre el Presidente y los manifestantes, que ensayó el otro mandatario.

Los gestores administrativos, faltos de toda protección fiscal, tendrán que entregarse a otras actividades.

Los hombres más conspicuos del régimen pasado, dejarán de tener una importancia decisiva en la marcha de los negocios públicos que, según la opinión de los trata-

distas anteriores al 5 de Septiembre, «son y deben ser la base de la riqueza privada».

Por último, el Primer Mandatario—conforme al propósito del señor Errázuriz—perderá su carácter de abandonado de un partido para aceptar el anticuado papel de Presidente de todos los chilenos (1).

¡Si esto no es ser reaccionario, yo no sé qué pueda serlo!

(1) Todas estas ilusiones fueron cegadas en flor por el sable de un grupo de oficiales que, trece días después, asaltó la Moneda, destituyó a la Junta de Gobierno, llamó al señor Alessandri, apresó y desterró al señor Errázuriz y dejó al país en el estado en que actualmente se encuentra.

10 de Enero de 1925.

EL CAPITÁN CONSPIRA

—¡Pst! ¡Pst!

La noche estaba obscura, la callejuela desierta, y para colmo me acababa de leer el discurso de Pedro León Ugalde recomendando el asesinato por la espalda. Me volví sobresaltado.

Una mano tosca y firme que surgía de una amplia botamanga militar, rellena de papeles y legajos, me cogía, ya, el brazo.

—¡Mi capitán!

—¡Chist! ¡No vaya a decir nada! ¡Usted, no me ha visto! ¿Entiende?

—¡Cáspita con la reserva! ¡Y usted mi capitán en estos pasos!

La mano que me oprimía se abrió como si la muerte hubiera paralizado sus tendones. Los ojos negros y saltones de mi amigo me interrogaban en las sombras con una extraña mezcla de ansiedad y espanto.

—De modo.. de modo que... ¿también está usted en el secreto? ¡Y yo que, creyendo que me había visto, lo llamaba para que no me delatara!

Solté una carcajada.

¿De qué «secreto» me iría a hablar el capitán?

Ya, en el mezquino cafetín, al cual entramos, por insinuación de mi prudente amigo, «para evitar la indiscreción de cualquiera que pudiera vernos juntos» el capitán respiró fuerte y dejó bajo la mesa un envoltorio en el cual, aún, yo no había reparado, pero que desde ese instante no pude menos de mirar con desconfianza.

—No se inquiete, me dijo el capitán, empujando con la bota el envoltorio hacia el rincón más invisible. ¡Usted habrá andado muchas veces en las mismas! Y, entre «conspiradores» no hay secretos!

La frasecita me pareció un poco inquietante, pero mi interlocutor, sin parar mientes en ello, prosigió:

—Es una guerrera... mejor dicho, es la centésima guerrera de teniente, con que viajo a hurtadillas, para disfrazar a Carlos Alberto Ruiz... ¡Qué cuerpo tan difícil! ¡Todas le quedan estrechas! En cambio a Pedro León ¡qué maravilla! cualquier uniforme le queda como pintado. ¡Ese hombre tiene cuerpo de conspirador! Los que no tienen silueta, no debían meterse en estas cosas. Si el asunto marcha bien, y llego a la Moneda, como espero, en reemplazo del Ministro de la Guerra, lo primero que haré será dictar un decreto-ley, reglamentando las conspiraciones y señalando un peso máximo para los conspiradores...

—Bueno; bueno—interrumpí con el aire del que conoce a fondo la cuestión y no quiere perder tiempo en detalles—pero... usted encuentra que realmente marchan bien nuestros trabajos?

—¡Vaya! ¡Es claro! Cree usted que nosotros los que tenemos, como dice «La Nación», «un concepto independiente dentro de la disciplina» vamos a resignarnos, aunque seamos pocos, a dejar de ser ministros por res-

peto a unos cuantos generales y almirantes que están en el gobierno? ¡No señor! La disciplina está bien en las arcaicas y caducas naciones europeas, pero no en los jóvenes y libres países sudamericanos! Vea usted el Perú, recuerde usted a México... Esos son ejércitos realmente democráticos, sin clases privilegiadas, sin diferencias injustas entre oficiales superiores y soldados. Todos generales, y todos con igual antigüedad y con igual derecho al mando! ¡Esas son organizaciones militares! Aquí estamos en pañales. Allá cuando se reúne un escuadrón de generales y acuerda que el país debe elegir de Presidente a tal o cual ciudadano, el electorado lo elige sin chistar, ni votar siquiera, como corresponde a una nación que tiene un ejército inspirado en los libres principios democráticos. ¿Por qué nosotros, me refiero a usted, a mí, a los quince militares y a los 53 civiles que estamos en este movimiento, no vamos a hacer lo mismo? La razón la tenemos en la mano; con decir que no nos gusta el candidato que va a elegir el país, me parece que el asunto está concluído!

—Pero, el plan, mi capitán...

—¿El plan? Usted lo conoce: proceder esta vez con energía. La revolución del 5 de Septiembre, no nos dió el resultado apetecido, porque no se mató a nadie. Quedaron todos vivos. ¿Cómo iban a abaratare los consumos, a aumentar las entradas del Estado por contribución de herencias, a disminuir el número de ebrios, y a obtenerse, en una palabra, todos esos ideales que prometimos realizar en cuatro meses?

Esta vez hay que fusilar a medio mundo, como se hace en los países más adelantados en el ramo de las revoluciones... ¿Que contamos con pocos elementos? ¡Tonte-

ría! Un pelotón de infantería se dedica a fusilar a la Junta de Gobierno, otro ataca la Federación de Box, y un escuadrón de caballería asalta el Club de la Unión a la hora del aperitivo... (1).

En seguida decimos que todo esto lo hemos hecho en obsequio de los intereses militares que son profundamente democráticos, puesto que no respetamos el orden establecido. Y nos quedamos tranquilamente en el Gobierno.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso depende... Hasta que se resuelvan los civiles a abandonar sus estúpidos distingos de partidos, y todos los ciudadanos se agrupen patrióticamente en un sólo haz, que carezca por completo de carácter político. Yo creo que en veintiún años nueve meses podemos retirarnos del Gobierno...

—Pero ¿por qué señala ese período?

—Es el tiempo justo que se necesita para preparar la nueva generación, el Chile nuevo, libre de toda clase de prejuicios partidaristas y políticos. ¿No son veintiún años los que exige la ley para que los ciudadanos tengan derecho a sufragio?

—Bueno,— interrumpí— pero en esa temporada de gobierno militar, es posible que al señor Alessandri se le agoten los ciento ochenta pesos y vuelva...

El capitán frunció el seño, y aspiró lentamente el humo de su cigarro.

(1) Nueve días después de la publicación de este artículo se realizaba el cuartelazo militar que en él se anuncia y que dió por resultado la vuelta del señor Alessandri. Faltó el asalto a la Federación de Box; pero el Club de la Unión fué asaltado por un grupo de individuos reclutados en un centro político.

—¡Caramba!... ¡Es que lo echamos otra vez!

—Pero, en los veintiún años, tiene tiempo de aburrirse de nuevo y volverse...

—¡Lo echamos una vez más!

—A ese paso van a creer que el señor Alessandri no es candidato, sino agente viajero!

—Bien... entonces quiere decir que, si él se empeña tanto, lo dejamos de Presidente...

—Demonios! ¿Y la Hacienda Pública, y la depuración, y la ley de sueldos de nosotros... quiero decir, de ustedes los militares?

—¡Qué niño es usted!—me dijo con una sonrisa de profundo desprecio el capitán. Todo se arregla con un decreto-ley. Antes de entregar el mando, dictamos uno que diga:

«Mantiénense las reformas y las leyes establecidas por el gobierno militar.

«Refuércense las bisagras de las puertas de cedro que aún quedan en la Moneda.

«Prohíbese la entrada a los gestores administrativos y demás amigos del régimen regresante.

«Colóquese doble forro a la chaqueta del señor Sublicaseaux.

«Atense con cadenas los cubiertos, fuentes de plata y demás artefactos que componen la vajilla de Palacio.

«Ocúltense en lugar seguro los fondos de conversión...»

El capitán hizo una pausa.

Fingiendo un dolor de estómago, me retiré para no oírlo...

Enero 14 de 1925.

¡VIVA ALESSANDRI!

Tal vez no soy imparcial. Tengo un gran motivo de resentimiento para con los autores del cuartelazo del Viernes: Inútilmente le he pedido prestada una guerrera a Pedro León Ugalde. No me quieren creer conspirador: no me quieren tomar preso.

¡Decididamente el Gobierno no me toma en cuenta!

Y no den los jóvenes militares como excusa de su actitud para conmigo, que yo no haya hecho hasta ahora absolutamente nada ilícito, porque esto no es una razón.

Tampoco han hecho nada para merecer la prisión los almirantes y generales que están presos.

Ladislao Errázuriz, que en cualquier país civilizado contaría con el respeto que merece un ciudadano de su valer y de sus méritos, se encuentra incomunicado en Cazadores.

Si se estuviera encarcelando únicamente a los hombres que han prestado grandes servicios al país, no haría cargos a la junta unipersonal del señor Dartnell por no haberme tomado preso todavía.

Pero tampoco se requiere una brillante actuación pública para los efectos de obtener una prisión arbitraria que satisfaga el amor propio de la víctima y produzca indignación en los espíritus republicanos. Nada de eso.

Sin duda, como una demostración del espíritu apolítico del actual movimiento militar, el Lunes fué detenido el hijo del Presidente del Partido Conservador, el precoz conspirador Arturo Lyon Edwards, quien en los tres lustros de vida con que cuenta, no tiene más delitos subversivos que el haber ido al biógrafo dos veces sin permiso del papá.

Yo declaro del modo más violento que he ido no sólo al cine, sino hasta el bataclán, con los peores propósitos, sin pedir permiso a nadie!

¿Por qué entonces se me deja en libertad?

Para la prisión arbitraria, no se exige ni siquiera orden emanada de la Junta Unipersonal: Ismael Edwards fué apresado ayer, por varios individuos de aspecto sospechoso, que a pesar de contar con el revólver y demás requisitos de ordenanza, resultaron ser agentes manifiestamente apócrifos.

¿No es verdad que es irritante que cuando no se exige nada para ser aprehendido, ni razón, ni derecho, ni orden de la autoridad, haya todavía individuos, como yo, que circulan libremente por la calle, sin conseguir siquiera que los vigile algún agente?

Decía al principio que es posible que este resentimiento me predisponga un poco en contra del actual régimen de cosas; pero es evidente, que se está produciendo en mi criterio un cambio considerable.

Yo que siempre fuí adversario del Gobierno del señor Alessandri, yo que critiqué cada uno de sus actos, al comparar su mala administración con el régimen del motín fecundo que se ha implantado en la Moneda, comienzo a sentir un cosquilleo bajo el forro del vestón,

que debe ser muy semejante al que sufre en forma crónica el señor Subercaseaux.

Cada vez me dan más ganas de darme vuelta la chaqueta.

El señor Alessandri, era a lo menos, un civil. Atropellaba la Constitución, pero decía que la interpretaba, lo que prueba que sentía cierto rubor del atropello.

El señor Alessandri, con su «excecrable camarilla» derrochaba los fondos nacionales; empobrecía al país; pero no daba ante las naciones extranjeras el espectáculo de una República convulsionada con constantes cuarte-lazos y motines.

El señor Alessandri atropellaba la libertad electoral, haciendo intervenir a algunos miembros del Ejército; pero nunca se le pasó por la mente la idea de apresar a un ciudadano por el solo delito de haber sido proclamado candidato.

Por eso, cuando pasan las mismas chusmas inconscientes de 1920 cantando el «Cielito lindo», yo, al mirar hacia la Moneda, llena de presos políticos y militares subversivos, tengo que taparme a dos manos la boca para no gritar con ellas: ¡Viva el León! ¡Viva Alessandri!

28 de Enero de 1925.

EL REGRESO

Los que critican al actual Gobierno lo hacen, sin duda alguna, porque desconocen su finalidad. Creen que el propósito de la «excecrable camarilla» es gobernar, y no—como es en realidad—preparar al país para la vuelta del señor Alessandri.

Si se tratara simplemente de hacer una buena administración de los negocios públicos, se habría llevado al Ministerio otra clase de personas; pero no se trata de eso.

La presencia de un grupo tan compacto de marmaduces y dietistas (1) a la cabeza del Estado, indica claramente que se persigue un fin menos prosaico que el manejo correcto y ordenado de los negocios públicos.

Su misión es más delicada. Consiste en adaptar el país al nuevo régimen, para devolverlo al señor Alessandri en las mismas condiciones en que lo dejara.

El señor Alessandri dejó la República convulsionada y es lógico que el señor Jaramillo y sus demás amigos, traten de entregársela en la misma forma.

(1) Con menos justicia que el calificativo de «dietistas», dado a los congresales defensores del proyecto de dieta parlamentaria el vulgo dió el de «marmaduces» a los militares revolucionarios, igualmente apasionados, pero, sin duda, menos idealistas que el caudillo del cual se tomó ese nombre.

La dejó pobre y endeudada, y es natural que, pobre y endeudada, vuelva a manos de su antiguo propietario.

La dejó con el cambio depreciado, con la libra cotizándose a \$ 45; y el gobierno provisorio no ha omitido sacrificio para desvalorizar la moneda nacional, a fin de poder devolverla a igual tipo.

Los motines populares, los asaltos, los actos arbitrarios, eran el pan de cada día en el Gobierno del «amor fecundo». En el mismo pie de guerra devolverán la nación los miembros de la «excecrable camarilla».

¿Hay en esto algo censurable? En modo ninguno. Si los señores Dartnell, Ibáñez, Jaramillo, etc., hubieran mantenido el país en estado de equilibrio financiero, buen orden y libertad en que estaba bajo el Gobierno de los señores Altamirano, Nef, etc., acaso el señor Alesandri no lo habría conocido. Así, lo reconocerá a primera vista.

—¿Cómo está el cambio?—dirá.

—A 45.

—¿Y el presupuesto?

—Con un déficit digno de Su Excelencia.

—¿Quiénes están en el Gobierno?

—Los mismos de la excecrable camarilla.

—¿Y los gestores?

—Siguen engordando.

—¿Y el pueblo?

—Grita desaforado por las calles.

—¿Y el grupo de tenientes subversivos?

—Sigue en la Moneda, como el día en que echó a Su Excelencia.

El señor Alessandri se restregará los ojos como tratando de volver en sí, después de una pesadilla.

—De modo que...

—Todo está igual, Excelencia. Todo igual. Puede usted pasar, ahora mismo, a su escritorio para firmar el despacho. Son asuntos inocentes:

14 concesiones, que patrocinan los amigos, creación de otros 50 empleos públicos; varias modificaciones de propuestas, y un aumento de sueldo a los militares que tienen a su cargo las revoluciones de la guarnición... Se trata de una petición de carácter perentorio formulada por varios capitanes y tenientes...

—¡Caramba! Pero, a lo menos, no figurarán entre ellos Bravo, ni Grove, ni Fenner!...

—Lo esperan en la antesala.

El señor Alessandri, con los ojos salidos de las órbitas, recorrerá las paredes de la sala, buscando con angustia, un calendario...

—Pero, ¿no estamos en Marzo de 1925? ¿El tiempo no pasa en Chile? ¿Aún continúa el 9 de Septiembre en la Moneda?

—Puede hacer cuenta Su Excelencia que no ha sucedido nada.

Una carcajada histérica conmoverá los viejos muros del Palacio.

—¡Con que no ha pasado nada! ¡Con que no ha pasado nada! ¿Y mi expulsión del territorio? ¿Y mi viaje por Europa? ¿Y el Papa, y M. Le Bon y Mussolini? ¿Nada? ¡Nada! ¿Y sigue el amor fecundo, y sigue la execrable camarilla, y siguen los tenientes sublevados? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Mussolini me hace señas. ¿A qué viene el tallarín color de sangre que Herriot me ha puesto en la solapa?

¡Ahora me da la bendición papal! ¿Por qué me gruñen los tenientes? ¿Qué culpa tengo yo de que el Tony venga a verme sin mandil? ¡Desde cuándo esos pudores! ¿No es Jaramillo Ministro? ¡No está aquí toda, toda la execrable camarilla! ¿Y mis ciento ochenta pesos? ¡¡Horror!! ¡¡Abominación!! ¡Me han robado los ciento ochenta pesos! ¿Estoy en Chile o en Calabria? ¡Quince de Marzo! ¡Nueve de Septiembre! ¿Quién ha dicho que estoy loco? ¡Los locos son los que llaman! ¡Me voy; pero me entregan mis ciento ochenta pesos!!

.....

Y el país seguirá, como antes, pobre, arruinado, turbulento, empeñado en la tarea de calmar los nervios de su mandatario.

A preparar esta escena tienden los esfuerzos combinados de marmaduques y dietistas.

¿Cómo pedirles que gobiernen?

15 de Febrero de 1925.

VENTAJAS DE LA CENSURA

Por primera vez en mi vida escribo bajo la censura militar y les aseguro a ustedes, que no hay nada más agradable.

Desde luego se experimenta una dulce emoción: ¿Aceptará el censor esto que escribo? ¿Qué cosas borrará? ¿Tolerará que encuentre constitucionales todos los actos del gobierno? ¿Incurriré en la censura si publico la cotización del cambio, el número de oficiales ascendidos, el monto del presupuesto u otras cifras de carácter social?

Esta duda, este misterio bastan, por sí solos, para comunicar un atractivo especial a la resolución del Gobierno.

No se comprende cómo hay gente que critique la censura.

Verdad, que los que se expresan mal de ella son los que nada tienen que ver con el asunto, es decir, los que tienen libertad de imprenta.

Los diarios censurados no dicen nunca una palabra en contra de la censura. ¡Y si no protestan ellos que son los interesados!

Por otra parte hay precedentes favorables. Todos los países sudamericaanos que tienen la inefable dicha de poseer un gobierno de facto, aún las naciones más mo-

destas, como Bolivia, Perú, Nicaragua, etc., gozan de una magnífica censura periodística. ¿Por qué en Chile no va a existir este adelanto?

El ideal de todo diario es que ninguna de sus informaciones sea desmentida: y este «desideratum» se logra plenamente, bajo el control militar que sólo permite publicar las noticias oficiales y que cuenta, además, con un gobierno dispuesto a castigar con energía a quien se atreva desvirtuarlas.

¡Qué descanso! ¡Nadie podrá rectificarnos so pena de incurrir en una falta de respeto hacia la Junta de Gobierno, cuyas opiniones publicamos!

No es raro pues, que, yo, con la censura, me sienta como el pez en el agua. ¡Es tan agradable escribir con la seguridad de que nadie habrá de contradecirlo!

Este agrado, sólo puede tener comparación con el que deben experimentar los gobernantes al saber que ningún diario habrá de criticarlos.

¡Y qué honda serenidad, qué paz del espíritu, se experimenta creyendo a pies juntillos, sin vacilaciones ni dudas, en la palabra de la autoridad!

Es evidente que la censura concede gracias especiales. De ahí tal vez que la Santa Inquisición fuera de las primeras en establecerla a pesar de las rechiflas de los judíos, los herejes, y demás elementos liberales de aquella época.

Yo — con vergüenza lo digo — antes solía dudar de la veracidad de los gobiernos.

Sus palabras de paz, sus llamados a la cooperación y a la concordia, resvalaban por mi espíritu empedernido, según la frase del Excelesiastés, «como las naves, como las nubes, como las sombras», sin dejar huella ni rastro.

Cuando el diario fué clausurado, por primera vez—lo confieso con dolor—dudé de que se tratara de una medida estratégica; cuando fué clausurado por segunda vez no creí que fuera un llamado a la concordia. ¡Era un incrédulo, un burlón, un escéptico!

Ahora, gracias a la censura, tengo fe. Ahora creo en la palabra del Gobierno, reconozco ampliamente la legalidad de sus procedimientos y aprecio los altos fines que persigue.

Más aún: Veo que las últimas prisiones han provocado «un vardadero acercamiento» entre los señores Rivas, Errázuriz, Edwards Matte y otros políticos que estaban distanciados de la Junta de Gobierno.

¡Cuánta concordia reina ahora en el país!

Los políticos de la oposición están en íntimo contacto con los jefes del movimiento militar; los diarios, sin distinción de colores políticos, publican sólo artículos que agradan al Gobierno; y los ciudadanos guardan respetuoso silencio y se abtienen de reunirse en grupos de más de tres, en obsequio al orden público.

La censura ha producido la paz, el acercamiento y la concordia que propiciaba el Gobierno.

Mis lectores: ¡Tres ras por la censura!

4 de Marzo de 1925

¿Y NOSOTROS?

Mientras, según los telegramas, pasan por Santos, los señores Alessandri y demás miembros de su importante comitiva, y, según las informaciones de la prensa, pasan por conspiradores los señores Errázuriz, Edwards Matte, Huneeus, etc., el Gobierno ha dado una nota de exquisita galantería y gentileza consangrando los derechos civiles de la mujer...

Siempre las hijas de Eva, a pesar de sus quejas y protestas, han sido favorecidas por los legisladores.

El propio Autor del Decálogo, al imponer la Ley del Sinaí, dejó un resquicio legal a las mujeres, al redactar por mano de Moisés el noveno mandamiento ordenando a los hombres: «No desearás la mujer de tu prójimo» sin consignar, por escrito, una disposición correlativa, respecto de las interesadas, o mejor dicho, de las aludidas.

Cualquier abogado experto en las argucias leguleyas podría, así, sostener con ventaja, por lo menos en los estrados terrenales, que no existiendo disposición alguna escrita que prive a la mujer de desear al marido de su prójima, éstas tienen que cumplir sólo nueve mandamientos y no diez como nos acontece a los varones.

La Junta de Gobierno, cediendo ahora a los impulsos

de un corazón joven y ardiente, acaba de conceder a las mujeres los derechos civiles, en los precisos momentos en que el estado de sitio, la censura de la prensa, la deportación de numerosos procesados, y la enérgica declaración de la Comandancia General de Armas a la Corte, respecto al fuero de los Tribunales, manifiestan, claramente, la suspensión de los derechos civiles de sus maridos. En épocas normales, la concesión hecha ayer, a la mujer, habría significado equipararla civilmente al hombre. En las actuales circunstancias, es otorgarle, sobre él, una ventaja positiva.

Los derechos civiles no comprenden solo la facultad de manejar libremente su peculio, de poder ser nombrado curador, de servir como testigo y otras pequeñas molestias que acaban de otorgarse a la mujer, y que nada significan al lado del derecho de opinar, de circular libremente, de reunirse sin permiso previo y de no salir de viaje contra su propia voluntad.

Si todo esto se ha concedido a la mujer ¿qué va a ser, dentro de poco, de los hombres?

En estado de sitio, censurados, sometidos a la doble vigilancia de la autoridad y de sus propias consortes, acusados de traición si miran a otra, amenazados de extrañamiento o, por lo menos, extrañeza, si llegan tarde al hogar y condenados a reclusión los Domingos, y a trabajos forzados el resto de la semana, van a perder su calidad de sexo fuerte para ocupar el lugar del sexo débil.

Y esta pérdida del sexo es uno de los actos más atrabiliarios y despótico que puede perpetrar un gobierno de facto.

Levanto, pues, una viril protesta, como dicen las es-

critoras sufragistas, en nombre del elemento masculino del país.

Bien está que se concedan derechos civiles a la mujer; pero que también se otorguen derechos civiles a los hombres.

Febrero 28 de 1925.

CARTA A MI CENSOR

Mi estimado censor:

Le agradecería hacer llegar, si es posible en letras de molde, a la Junta de Gobierno, la siguiente protesta:

Lo que se está haciendo conmigo llega al colmo de la arbitrariedad. Van transcurridos nueve días desde la sublevación del Regimiento Valdivia y a pesar de que al Gobierno le consta que no tuve parte alguna en ella, aún no ha ordenado que me tomen preso.

Ahora que la ciudad está en estado de sitio, ahora que no rigen las leyes ¿qué disposición legal puede alegar el Gobierno para no tomarme preso? ¿Qué espíritu lo lleva a vejarme en esta forma?

Y no es por falta de denuncios. Tres anónimos he remitido en estos días a la Comandancia General de Armas, señalándome como uno de los jefes de las tres últimas conspiraciones; me he disfrazado; he tratado de sobornar a los agentes para que lleven el cuento a la Sección.

¡Ni por esas! Los anónimos los ha tomado probablemente la censura y de ahí que no hayan llegado a su destino; los agentes reciben el dinero y guardan un silencio tan hidalgo que a veces me da miedo que de veras

quieran secundar mi plan de tomarme con ellos la Moneda; y ¡el disfraz!... Créame, mi censor, que el disfraz es el mayor tormento que puede haber para un conspirador. Para ocultarme la patilla tengo que andar todo el día de bufanda con el cuello levantado. ¡De bufanda y sobretodo, con 35 grados a la sombra! ¡El tilo me parece una naranjada!

Todos estos esfuerzos y sudores no han servido absolutamente para nada. Continúo en la más irritante libertad.

En esta situación no me queda otro recurso que denunciarme públicamente por la prensa. ¡Quiera Dios y también usted, mi capitán, que le sigue en poder en este diario, que la censura no me impida hacerlo!

Yo vengo conspirando desde el año 1919.

La primera tentativa de motín, me sorprendió de sobretodo y con una acta de deposición de don Juan Luis Sanfuentes en el bolsillo más oculto del vestón. Conspiraba para llevar a la Moneda al señor Alessandri, a fin de que me diera un Ministerio (1).

Es cosa averiguada, que cuando un motín resulta, los conspiradores llegan al gobierno y cuando no resulta, van a la comisaría.

Fracasé contra todos los principios: Ni obtuve la cartera, ni fui preso.

Conspiré el 5 de Septiembre, en contra de don Arturo. No me llamaron al Gobierno.

Conspiré, entonces, el 23 de Enero, otra vez a favor

(1) Alusión al motín fraguado a fines del Gobierno del señor Sanfuentes en favor del entonces candidato don Arturo Alessandri.

de don Arturo. ¡Siempre el mismo resultado! Ni en la Moneda ni en la cárcel!

Volví a conspirar a fines de Febrero, tentando suerte, en contra de don Arturo Alessandri. ¡Sigo más libre que el aire!

Tengo ahora en preparación cuatro motines, para traer y llevar alternativamente a don Arturo, con cuatro actas y cuatro manifiestos, a cual de todos más comprometedores. ¿Lograré ahora mi propósito?

Debía guardar reserva de estas conspiraciones por venir; pero ¡qué quiere usted mi capitán! la actitud vejatoria del Gobierno me ha obligado a denunciarme, tanto más cuanto sé que una vez preso no tendría ya ocasión de prestar declaraciones.

Considere usted, además, que aún bajo la censura, no he perdido mi carácter de periodista de oposición, interesado más que nada en poner en ridículo al Gobierno, y creo que la medida de tomarme preso sería uno de los actos más apropiados a este objeto.

Usted que ha figurado, con más brillo que yo, en los movimientos militares del 5 de Septiembre y del 23 de Enero, apiádese de este humilde colega de conspiración, que permanece hasta ahora en el más obscuro y olvidado silencio.

Su Affmo. y seguro censurado.

P.

Marzo 8 de 1925.

QUE SE SALVE

¡Qué preguntas tan molestas suelen hacer ciertas personas!

Imagínese el lector que un caballero de provincia me pide, nada menos, que le explique cómo pueden distinguirse, ahora que está implantada la censura, los diarios de oposición, de los afectos al Gobierno.

¡Cuestión considerable—como decía don Domingo Arteaga.

Desde que rige la censura, los diarios no se distinguen por lo que dicen, sino por lo que no dicen.

Es la teoría del silencio elocuente.

Mientras la censura toleraba los espacios vacíos, el asunto era relativamente fácil. Cada trozo en blanco equivalía a una protesta. Mientras más alba y virginal aparecía la página, más peligrosa y ofensiva se presentaba a los ojos del Gobierno. El colmo del ataque era un rollo de papel sin imprimir. En contacto con la imprenta la publicación comenzaba a dulcificarse poco a poco.

La tinta resultaba de este modo un elemento gubernista. El papel blanco era la oposición.

De este modo cualquier hombre, sin más conocimientos que los que demanda el juego del dominó, podía

precisar con absoluta certeza: Este que se parece al «chanchito seis» es el diario gobiernista; este que se parece al «doble blanco» es el diario opositor.

Pero, ahora que la censura prohíbe los vacíos elocuentes y se opone a los párrafos a saltos, a los artículos intermitentes y a las informaciones tartamudas, la distinción de las diversas tendencias periodísticas va haciendo cada vez más complicada.

Como en los diarios sólo se publican declaraciones amorosas al Gobierno, a lo mejor va a suceder que haya personas que se deleiten malignamente con la lectura de «La Nación» o de «El Mercurio», creyéndolos enemigos de la autoridad.

Y esto va a ser un grave daño, infringido, sin culpa, a los colegas.

Por ellos—no por nosotros—protestamos... quiero decir, aplaudimos la medida del Gobierno.

Por otra parte, la censura es sólo el primer paso que se da en el blando y resbaladizo terreno del derecho de opinar. Y el primer paso en esta materia, como en todas, incluso en el amor, es siempre el más peligroso. Una vez «entierrados» los zapatos nuevos, se marcha sin temor a través de las charcas del camino.

¿Quién nos dice que mañana no tengamos que lamentar otras medidas más enérgicas, es decir, más bondadosas y plausibles de parte de la autoridad?

Anda por allí mi amigo el Capitán Proyecto—ascendido recientemente a general—con un extenso memorial sobre «Reforma de la ley de imprenta», metido en lo hondo de la bocamanga, documento que a mi juicio, es mucho más alarmente y peligroso que todos los «mani-

fiestos al país» que se suponen a estas horas devorados o digeridos por los presos políticos.

El memorial dice así:

«Artículo 1.º Apláudanse todos los actos, proyectos y opiniones del actual Gobierno que estén en desacuerdo con las ideas de los redactores que éste haya designado para su fiscalización.

Art. 2.º Los periodistas quedan en completa libertad de acción para emitir un juicio franco y honrado sobre los procedimientos del Gobierno que están de acuerdo con sus opiniones.

Art. 3.º Reemplácense los actos censurables de la autoridad por la correspondiente censura de la prensa.

Art. 4.º Publíquense las «Penúltimas Noticias»; elimínese «El Mercurio»; agréguese un pico más a «La Estrella» de Valparaíso; sopórtese a «El Diario Ilustrado»; mejórense «Los Tiempos» y sálvese «La Nación».

Ahora bien; si con este proyecto llega a salvarse la nación, aunque sea con minúscula, declaro hidalgamente que estoy dispuesto a tolerar con verdadero agrado, no sólo esta censura, sino todas las que imponga la actual Junta de Gobierno.

La cuestión es que se salve la nación, aunque no se distingán, por ahora, los diarios opositores de los diarios gobiernistas.

Marzo 6 de 1925.

EN MANGAS DE CAMISA

Antes que los entendidos, a fuerza de analizar, escarmentar y barajar las condiciones del fallo de Mr. Coolidge, lleguen a la conclusión de que las negociaciones han resultado un desastre, quiero cumplir un deber de hidalguía para con su iniciador.

Al efecto, y a fin de evitar todo comentario malévolo, me he sacado la chaqueta y la he colocado cuidadosamente con el forro hacia afuera, sobre una silla inmediata.

El Presidente que ahora llega rodeado del aroma y el prestigio de los vinos navegados, tiene la gloria indiscutible de haber sido el más enérgico propulsor del Protocolo que hasta hoy, a las 6 P. M., hora en que escribo, constituye un franco triunfo diplomático.

El señor Alessandri creía en el éxito de la gestión. Su fe era un poco intuitiva y también basada en la revelación. Según él, «una fuerza interior le repetía: ¡triunfarás!»

Los hombres de poca fe, los que tenemos la estrictamente indispensable para creer en las verdades de la religión, dudábamos y temíamos.

La ofensiva diplomática del señor Barros Jarpa, lanzando al país a las incalculables contingencias de un arbitraje amplio, hacía el efecto de confiar Tacna y Arica a la suerte de los dados. A través de las graves y severas fórmulas del Protocolo parecía traslucirse la voz de la juventud alegre y confiada del señor Barros Jarpa que decía: ¡Si hago cinco ases gano las provincias!

Y la voz cálida y viril del señor Alessandri hacía coro, repitiendo:

—¡Atrás los que dudan; queden los pesimistas en el camino, paso a los que esperan!»

Yo debo reconocer que me quedé en el camino.

Se ha levantado el «cubilete», como dice Nercasseau y Morán; y si no hay cinco ases, por lo menos, se puede asegurar, que hay más de tres.

En todo caso, conforme a las leyes y disposiciones de todos los bares—únicas vigentes actualmente en el país—al señor Alessandri le corresponde «mandar».

El cacho está casi ganado.

La gente empieza a agruparse en torno del jugador, y hasta los más escépticos comenzamos a creer en esa «fuerza interior» que hace que al señor Alessandri le sucedan cosas tan extraordinarias, como ser expulsado del país y volver luego en andas de los mismos que lo echaron; ser criticado acervamente durante tres años seguidos por haber atropellado la Constitución y las leyes, y ser ahora la única esperanza de su restablecimiento.

Esta esperanza, este deseo lo he sentido yo mismo al ver a los deportados.

Me he sorprendido exclamando:

—¡Esto no hubiera sucedido, si hubiera estado aquí Alessandri! (1).

(1) Esta esperanza no se ha realizado. El señor Alessandri a su llegada, declaró abolida la Constitución, clausurado el Congreso y vigente el estado revolucionario.

Marzo 12 de 1925.

EXCESO DE PRECAUCIONES

En la agradable situación actual, la ocupación más lucrativa después de la de preso es la de mandar denuncios a la Junta de Gobierno.

Estos anónimos se suman todos los días a los datos de presuntos motines, conspiraciones y complots que recogen los numerosos agentes repartidos en toda la ciudad; se toman medidas preventivas; el rumor de ellas, tergiversado, corregido y aumentado al pasar de boca en boca se traduce en un hondo sentimiento de desconfianza y alarma; surgen millares de mentiras que se cuentan al oído con aire misterioso; los soplones, los espías voluntarios y los agentes de la Sección de Seguridad, sorprenden a medias tales comentarios y los transmiten al Gobierno; éste se alarma, a su vez; se ordenan nuevas detenciones; de éstas fluyen nuevos temores, secretos, comentarios y mentiras y ¡vuelta a comenzar!

El exceso de precauciones engendra la inseguridad.

Los virtuosos del anónimo, por simple espíritu artístico y los agentes del Gobierno por necesidad cooperan de consuno para producir la alarma general. Los detectives necesitan justificar su existencia, demostrar que han trabajado, que han descubierto nuevas pistas y que no es perdido el dinero que se gasta en mantenerlos.

Figúrese el lector un interrogatorio a cuatrocientos «sherlock holmes» que necesitan comprobar su utilidad.

¡Es para morir de susto!

—¿Qué ha descubierto usted?—pregunta el jefe.

—Que hoy a las cuatro asaltan la Moneda.

—¿Lo sabe con seguridad?

—¡Como si lo hubiera visto! Ayer encontré a un obispo vestido de paisano, tratando de cohechar a un suboficial, disfrazado de clérigo. ¡Le ofrecía quinientos días de indulgencias!

—Bien: y usted ¿qué ha descubierto?

—¡Casi nada! En un kiosco, en medio de la Plaza de Armas, los conspiradores están haciendo gases asfixiantes. Yo no los he visto, pero los he oído.

—¿Y usted? ¿Qué ha hecho en el día? Cómo ha podido gastar cien pesos en automóvil?

—Tuve que seguir a cien conspiradores de a peso. Parece que pretendían asfixiar a la Junta de Gobierno con el humo de un «trigo regular».

—¡Demonios! ¡Eso es muy grave!

¡Hay que dictar doscientas detenciones!

Tómelos presos, una vez por equivocación, en la mañana y otra de veras, en la tarde. Y ¿qué dice usted, señor Pérez? ¿Ha descubierto alguna pista?

—Sí, señor! Una fenomenal: La del Club Hípico. A la hora en que llegué, tenían listo un pelotón, con muy buena caballada. Partieron como unos locos. ¿No han llegado a la Moneda? ¡Y lo peor es que parece que cuentan con el pueblo, porque todos aplaudían al valiente que tomó la delantera!

—¡Caramba! ¡Estamos perdidos!

—Hable, señor López.

—¡Malas noticias, señor! Ahora los amotinados, no contentos con sobornar a la tropa, están tratando de cohechar a la mujeres.

—¿Está seguro?

—Anoche mismo, en el Parque Forestal, ocultos bajo los árboles, encontré dos conspiradores de ambos sexos.

¡Había que ver cómo se secreteaban! El parecía medio alessandrísta, porque le hablaba del amor fecundo...

—¡Adiós mi plata! ¡De esta noche no pasamos!

¿Hay nervios para escuchar una serie de denuncias semejantes?



Ignoro si la censura es compatible con un consejo al Gobierno. De todos modos yo no hago más que referir un caso.

Un señor, algo aprensivo, resolvió que el mejor medio para estar bien de salud, era tener varios médicos que lo examinaran todas las mañanas.

Cierto día le salió una espinilla insignificante en la nariz.

Hubo junta de doctores.

—Parece sin importancia—dijo el primero, examinando el grano con una lente—pero... también puede ser el principio de un eczema.

—Su señor padre—preguntó el segundo—¿Murió de alguna erupción?

—Quien sabe si por precaución, convendría extirparle la nariz—observó el cirujano.

—Conviene hacerlo luego, antes de que se le caiga—añadió el de cabecera.

—Yo me inclino más bien a creer que es cáncer.

—Bien puede ser que se trate de una lepra.

—¡Imposible! El enfermo tiene algo más complicado.

Observe usted que no le marcha el pulso.

Lo miraron. El pobre hombre estaba muerto. ¡El corazón no había resistido a tantas impresiones!

Si hubiera despachado a los seis médicos, nada le habría sucedido.

Pero el pobre caballero, como la Junta de Gobierno, ¡era tan afecto a las precauciones!

Febrero de 1925.

DESPEDIDA

A mi censor y amigo el capitán don Alejandro Lazo

Señor capitán,

El de la torcida espada
de la tijera afilada
y el censor afán:

Hoy nos separamos y sería descortés hacerlo sin despedirme.

Como el famoso caballo del portugués que se murió cuando empezaba a habituarse a no comer, el Gobierno ha suprimido la censura cuando empezaba a acostumbrarme a ella.

Es difícil, al principio, precisar en qué consiste una censura militar. Se ha hablado tanto de que «la pluma no embota el filo de la espada» que uno llega a creer, por la recíproca, que la espada no embota el filo de la pluma.

No es verdad. La espada cuando abandona su alto oficio para desempeñar el modesto papel de raspador, no deja párrafo en su sitio.

¿Qué no hemos visto en estos días?

Las cosas más patrióticas y respetables, como los ar-

títulos de la Constitución, el coro de la Canción Nacional y otras manifestaciones de legalidad o civismo, saltaban de la página al primer golpe del sable.

Igual suerte corría toda observación, por respetuosa que fuera a cualquier acto del Gobierno. Item más: no se podía dar cuenta de las huelgas, de los allanamientos, de las prisiones —¿cómo diré?— «casuales», de las defensas de los reos políticos; ni pedir que se les llamara a declarar, ni mucho menos demostrar su inocencia.

A esto último no pude acostumbrarme.

Bien sé, mi capitán, que usted, en el fondo, debe encontrarme razón en este punto. No pretendo hacerle cargos. La espada es un instrumento tan poco apropiado como borrador, que es imposible al censor, por esgrimista que sea, que al raspar una línea, no se le pase la mano.

Siempre supimos, por eso, distinguir entre la mano que se podía estrechar con hidalguía, y el sable ciego que muchas veces no podía responder a sus impulsos.

Por otra parte, el instrumento era absolutamente necesario para el mantenimiento del gobierno provisorio, cuyas débiles espaldas debían soportar cada mañana un nuevo fardo de decretos-leyes sobre materias tan variadas, como el impuesto a las viñas, y los derechos femeninos, la restricción de la libertad de imprenta y el cultivo del salmón.

Desde este punto de vista la censura era una obra piadosa, no sólo para los legisladores, sino también para los legislados.

Con la cabeza oculta tras la censura, en la actitud de las perdices, el gobierno provisorio podía dar rienda suelta a los impulsos de cada retortijón legislativo. El

público, por su parte, no viendo cabeza alguna, se explicaba mejor lo que pasaba.

La censura, mirada en esta forma, ha sido buena.

Ello no quita que, al dejarla, haya sentido una sensación muy parecida a la que debe experimentar el Tony cuando le quitan el bozal, y puede, si no defender la casa, por lo menos dar un ladrido de alarma que llame la atención del Presidente.

Mi capitán: nos despedimos como buenos camaradas, no del sable, sino del periodismo, que es preciso distinguir aunque a veces, dada la crisis general, puedan tener algunos puntos de contacto. Espero alguna vez poder corresponder sus gentilezas con un artículo que le parezca bien... aunque sea publicado sin censura.

23 de Marzo de 1925.

QUE SE PUBLIQUE

En la tarde de ayer, abandonó el país el último deportado.

No lo conozco, y sin embargo, siento esa misma sensación, extraña, mezcla de indignación y de vergüenza, con que miré alejarse a los demás: la pena de ser chileno.

Vuelvo a vivir la triste madrugada del 14 de Marzo. La estación, oscura y atestada de tropa innecesaria; la larga espera de los deportados; el gesto noble del maquinista del convoy que al preguntarle su nombre, me responde:—No lo anote, señor; yo tengo que cumplir con mi deber y se me parte el corazón; pero no quiero que se sepa que yo he sido...

Los tres amigos que gracias a la bondad del censor militar hemos logrado penetrar al andén, nos paseamos nerviosos y angustiados.

El censor, en la oficina del jefe de Estación, revisa el diario que saldrá al día siguiente.

Llevamos una «prueba» de la página de redacción—la única no visada todavía—para entregarla, como un recuerdo, a los que parten.

Son las 3 y media de la madrugada. Un pelotón de carabineros ha tomado colocación en uno de los carros del convoy. De un momento a otro llegarán los presos.

Hay, ya, más movimiento en la estación. Individuos con meletas y equipajes comienzan a distribuírlos en el tren.

Alguien me toma de un brazo:

—Ahí viene Roberto Huneus! ¡Subió a aquel coche de adelante!

Corro al sitio que me indican. En ese momento llegan Ladislao Errázuriz e Ismael Edwards. Nos abrazamos sin hablar. Tizzoni, Rojas, Pérez Gacitúa y Concha dan una nota juvenil de buen humor a la escena:

—¡El Gobierno está perdido!—me dice el chico Pérez. —¡Ya nos conocemos los conspiradores! Acaban de presentarme a don Roberto Huneus, al general Harms y a Ismael Edwards.

Un hombre joven, alto, robusto, vestido de paisano. yergue su silueta en el fondo del carro donde han subido ya, los reos políticos. Es el general Harms, el decidido alessandrista, acusado—según dice—de haber dicho en un almuerzo, al señor Muñoz Rodríguez: Sea usted la cabeza. Yo seré el brazo.

Ismael Edwards, se asoma a la ventanilla para decir:

—Conste que a don Arturo Alessandri, le tuvieron menos miedo. A él lo llevaron de día; a nosotros, a las tres de mañana.

Agradece el diario que le tiendo; y agrega:

--Rectifica la noticia de que me voy a Nueva York. Voy a Centro América en viaje de estudio... a estudiar revoluciones...

—Pero haz primero un ensayo para ver si te resultan...

—No vuelvo sin el diploma.

El tren anuncia la partida.

Los deportados se agrupan en las ventanillas. Estre-

chamos esas manos que se contraen virilmente, acaso para no temblar.

Son los últimos adioses, las despedidas que no salen a los labios contraídos por el dolor y la impotencia. Es también, la postrera petición a los amigos que quedamos: Que se publique el proceso, que se publiquen sus declaraciones.

El grupo de militares se ha apartado un poco. Callan y bajan la cabeza.

Pesa en la atmósfera un esfuerzo unánime por demostrar serenidad.

El tren comienza a deslizarse lentamente. Aún se escucha una voz:

—¿Que se publique el proceso!

El tren se perdió en la sombra, apagando ese grito de justicia.

También aquí la censura apagaba toda voz de justicia.

Antes no entendía cómo se han formado los anarquistas, los ácratas, los soviéticos. Ahora me lo explico. Son, acaso, deportados, amigos de deportados, quizá, simples idealistas, que vieron atropellos, crueldades y prisiones... ¡Y no pudieron hablar!

25 de Marzo de 1925.

EL CHILE NUEVO

El 7 de Septiembre los tenientes que asistían de curiosos a las sesiones del Congreso, resolvieron «hacer un Chile Nuevo».

Han trascurrido siete meses. Los tenientes son ahora generales y, con toda la experiencia recogida en su larga carrera militar y con todos los laureles segados en dos campañas que culminaron con la toma del Palacio de Gobierno, siguen en su propósito incansable de «hacer un Chile Nuevo».

El rejuvenecimiento del país está de moda.

Yo no sé cómo resulte la teoría Voronoff, aplicada a las naciones por esos cirujanos de los pueblos, que se llaman estadistas y saben esgrimir con mano firme y sin temor de cortarse, el delicado bisturí de la política.

He visto sólo el ensayo realizado por unos cuantos militares, sable en mano, y otros tantos aprendices tan inexpertos como ellos, y puedo asegurarles que no he visto operación más sangrienta y desastrosa.

Durante los siete meses que la intervención quirúrgica ha durado — y aún no se ven visos de que se termine — Chile, más que un pariente desdichado, ha sido un verdadero conejo de experiencia ¿Qué no le han hecho los operadores?

Sin anestesia, y con el simple bozal de la censura periodística, los cirujanos, con el pretexto de extirparle la gangrena, lo han pelado hasta dejarle los huesos a la vista; le han metido la mano en el estómago; lo han estrujado hasta sacarle el jugo; y, a dar fe a los gemidos del paciente, le han vaciado una de las órbitas, por que dice «que la operación le cuesta un ojo de la cara».

De los órganos restantes más vale no ocuparse. Con el pretexto del rejuvenecimiento, ninguno ha sido respetado.

Los pseudo-cirujanos aseguran que ésto no tiene importancia, porque la operación va justamente en la mitad, y todo se arreglará con un injerto; pero el público que ha visto su rapidez para el sablazo y su poca habilidad para el zurcido, cree que el pobre paciente no tiene compostura.

—¿Y este es el Chile nuevo?—claman los deudos indignados.

—¡Eso no es Chile ni nada!—gritan más indignadas aún las deudas, que, según dicen, son innumerables y no admiten dilaciones.

El infeliz paciente no habla. Atado, molido, inválido, sin virilidad, sin fuerza, permanece sumergido en una especie de letargo.

Sin embargo... acaso los cirujanos militares han logrado producir el Chile Nuevo. No el de los tiempos varoniles y ardientes de la guerra con el Perú y Bolivia; ni tampoco el Chile joven, altivo y considerado, que se apoyaba, más por elegancia que por necesidad, en la Constitución del 33, ni siquiera, el Chile niño que de la mano de O'Higgins, daba sus primeros pasos en la vida.

El Chile Nuevo — como su nombre lo indica, — es al-

go raro, distinto de lo anterior, sin lazos con el pasado. En una palabra, es una novedad.

Es República; pero no tiene Parlamento.

Su Presidente es constitucional; pero carece de Constitución.

Es democrático; pero su pueblo carece de medios prácticos para intervenir en la legislación, aún cuando ella le imponga contribuciones y gravámenes.

Es libre; pero sus ciudadanos pueden ser desterrados sin sentencia judicial y antes del término de los procesos.

La Constitución puede anularse por simple declaración presidencial; las Cámaras por un decreto-ley; y el Poder Judicial, por una nota de la Comandancia General de Armas.

Al Presidente de la República se le concede licencia por medio de una revolución; y por medio de dos revoluciones, se pone término el permiso.

El Ejército es esencialmente obediente, y delibera.

La Cámara, es esencialmente desobediente, pero no puede deliberar.

La tropa asciende por actos de disciplina, y sus jefes por actos de indisciplina.

Los Ministros juran en serio por el Manifiesto del 11 de Septiembre.

Las constituyentes son con base gremial; pero no existen gremios.

Los partidos no creen en la existencia del Gobierno civil y el Gobierno militar, no cree en la existencia de los partidos civiles.

¿Se ha visto algo más raro, más original, más nuevo en materia de país? ¿Qué tiene que ver esta nación extraña con el Chile que todos conocemos?

¡Ah! es que ha nacido el Chile Nuevo de que se ha venido hablando durante siete meses.

Es un Chile sietemesino. ¿Verdad que era mejor el Chile viejo

Abril 14 1925

MÁXIMAS DE UN MANDARIN

Si mis lectores leen el chino de corrido, conocerán seguramente la personalidad literaria y política de Li-Tan-Chung.

Su genial obra «Máximas de un Mandarín» abona sobradamente el nombre de «el Maquiavelo celeste» que han solido darle los comentaristas.

Li-Tan-Chung fué, sin duda alguna, uno de los mandarines más gordos y más brutos del Imperio; lo que no impidió, por cierto, a sus contemporáneos, agotar las alabanzas en su honor. El mismo periodista Pa-chu-lí que fué cocido en sopa de tortuga, «como una deferencia a su talento y a la libertad de prensa» [por orden del mandarín, le llamó en repetidas ocasiones con las metáforas y circunloquios más servilmente empalagosos de la poesía oriental: Papagallo inmarcesible, Catarata de las leyes, Confusión de los guerreros, Golondrina de las revoluciones, Tiburón del presupuesto y Cangrejo de la prosperidad.

Li-Tan-Chung fué un gobernante original. Sin descuidar el despotismo del Oriente, descubrió la manera de acrecentarlo con todos los progresos democráticos de la civilización occidental. Nadie dictó más leyes que él, ni hizo más constituciones, ni las reformó más a menudo,

ni agobió más a sus vasallos con el pretexto de darles libertad.

«Amo las leyes—decía Li-Tan-Chung—porque sin ellas no existiría la ilegalidad. Y ésta es el bien supremo de los gobernantes».

«Lo que marca el poder de un mandatario es la arbitrariedad».

«Un gobierno débil puede hacer actos legales; sólo los gobiernos fuertes pueden permitirse abusos y atropellos».

De este jaez son la mayoría de sus «Máximas». Aprovecharé estos días, en que el temor de la clausura de los diarios impide a los periodistas hablar de cualquier cosa que no sea de arte o de literatura, para copiar algunas de ellas:

«Se puede perdonar a un mandarín la desdicha de su pueblo. Un hombre solo no puede hacer feliz y rico a tantos súbditos; pero es imperdonable que entre todos éstos, no hagan feliz y rico al mandarín».

«Nada más peligroso para un gobierno que los pillos; es preciso, pues, tenerlos como amigos y no como adversarios».

«Un gran presupuesto da idea de un gran pueblo. Gastar poco indica miseria o mezquindad. Hay, pues, que inflar el presupuesto».

«Todo mandatario debe tener una Constitución, que sirve para explicar los errores que comete».

«Siempre es más fácil reformar una Constitución que un mandatario».

«Las reformas y cambios constitucionales (Char-Ki-Kan) las puede hacer el gobernante por medio de sus

amigos; el cambio del gobernante, (mo-tin-sito) es hecho, siempre, por sus enemigos».

«El desorden está en razón directa con el número de los pobladores. Es, por lo tanto, medida de prudencia disminuir la población».

«Dicen los occidentales que es mejor prevenir que sancionar; pero es más rápido sancionar que prevenir».

«Aumentar la población es propio de las mujeres. Disminuirla implica espíritu guerrero y desprecio por la vida».

«Quien no desprecia la vida de los otros, menos despreciará su propia vida».

«Quien no combate en tiempo de paz, menos combatirá en tiempo de guerra. Hay que ensayarse en la primera, para poder vencer en la segunda».

«Los errores tácticos que se cometen en la paz son subsanables; pero los que se cometen en la guerra no tiene compostura».

«No hay que hacer caso de las quejas de los contribuyentes. Si dejaran de serlo, entrarían al grupo de los proletarios, y se quejarían como ellos».

«No hay que hacer caso de los proletarios, porque si nada dan al Fisco ¿cómo quieren que el Fisco les dé a ellos?»

«La falta de industrias es propio de las naciones jóvenes. La vejez es precursora de la muerte. Todo gobernante debe tratar de rejuvenecer a su país».

«Es un deber de los gobiernos aliviar el trabajo de sus empleados sin disminuirles la remuneración. Los funcionarios mejor rentados y que trabajan menos son los jubilados. El ideal de un gobernante, es jubilar a toda la administración».

«A mayor grado en el escalafón corresponde, en todo ejército bien organizado, mayor preparación y experiencia. El desideratum de un ejército, es que todos sus miembros sean generales».

«La emigración da idea de un pueblo grande al cual no basta ya su propio territorio para enterar el número y el espíritu de empresa de sus hijos. Para este efecto las deportaciones pueden suplir la emigración. De ahí que todo gobierno que sabe estimar su crédito, deporta sólo gente honrada y meritoria».

«Mientras mas alta está una cosa, se le ve desde más lejos. Hay que subir el valor de los consumos, para que el pueblo sepa dónde están».

«Es bueno que el cambio esté bajo para que la moneda nacional esté al alcance de todos».

¿Se explica ahora el lector el éxito de las máximas del sabio y gordo Li-Tan-Chung?

Julio de 1925.

CARTA AL PRINCIPE DE GALES

Siento no tener la suficiente confianza con Su Alteza el Príncipe de Gales, para darle en lenguaje familiar, libre de las engorrosas fórmulas protocolares, algunas indicaciones indispensables a un turista que se aventura por vez primera, en nuestro territorio.

Si tuviera más confianza le escribiría la siguiente carta:

Estimado Eduardito:

Ignoro si el propósito que lo trae a estas tierras es el mismo que lo ha llevado a Dahomey, el Congo, Sierra Leona y otros pueblos, tan pintorescos y curiosos como el nuestro; pero le advierto de antemano que, si el objeto que persigue es cazar leones, se va a llevar aquí un solemne chasco.

«Ya sólo hay garrasogaño, donde hubo fieras antaño» como diría Don Quijote.

No hay leones ni para muestra. Si alguno llega de Europa, entre la alegre charanga de una música de circo, viene tan manso y amaestrado que da lastima mirarlo.

¿A qué hablarle de los «pumas»? Son gatos grandes y sentimentales que se suben a los árboles y se ponen a llorar en cuanto ven una jauría.

Claro es que en el país hay muchos otros animales. Hay algunos tan grandes y tan brutos que dejan muy

atrás a todos los mamíferos que no han tenido la suerte de mamar con la comodidad y la holgura de ellos; pero no puedo nombrárselos, por que una ley de libertad de imprenta me lo impide so pena de prisión y de clausura.

Este detalle le hará ver que nuestra civilización no desmerece de la del Sudán.

Verdad que todavía, aquí, la gente anda vestida; pero ello se debe sólo a que aún no se le ha acabado la ropa que tenía hace tres años. Notará Ud, sin embargo, que ya comienza a verse gente sin zapatos y cubierta con harapos tan transparentes, y sutiles que es imposible que le duren este invierno.

En cuanto a habitaciones aborígenes, puede ver algunos ranchos de totora en la frontera o los pasteles de yeso coloreados que sirven de morada a los magnates, y bordean el desierto artificial conocido antiguamente con el nombre de Alameda.

La confección de este desierto en el sitio que ocupaba una avenida, ha sido una delicada atención de la autoridad local hacia la real persona del turista en cuya mente desearía evocar, una vez más, las imponentes soledades del Sahara.

Los bancos que, de tiempo en tiempo, cortan la horrible monotonía de esta pampa improvisada, se han mantenido allí como una muestra de que, aún, los bancos se respetan y permanecen firmes e inmutables, mientras el hacha de la autoridad siembra la desolación en torno suyo. Esta acertada política bancaria no podrá menos de ser grata a los ojos del representante de un país capitalista que desea entrar en negocios con los aborígenes.

Como en el Congo, en Dahomey, y demas naciones de

la misma índole visitadas antes por Ud., hay en Chile mucha base de negocios para todo capital que cuente, a sus espaldas, con la protección de una bandera extranjera.

La premura del tiempo, no ha permitido colocar una franja de tela blanca de más de tres mil kilómetros de largo con las palabras: «Se vende», en dos postes plantados uno en Tacna y el otro en Magallanes; pero Ud. puede hacer cuenta que existe ese letrero, y comunicárselo a sus compatriotas.

Las sociedades chilenas emigran al extranjero. Los capitales también. Todo el que tiene algo emigra, buscando mejores climas.

Aquí quedamos unos cuantos pobres. Casi no vale la pena vernos. Andamos un poco más vestidos que en el Alto Egipto; pero si Ud. tiene un corazón sensible, evítese el desagrado de observarnos.

Con la visita que proyecta no va hacer sino amargar sus recuerdos de turista. Son más alegres los espectáculos que le ha tocado ver en el Africa Central.

Hágame Ud. caso y no venga.

Suyo afmo.

P.

EL MÁRTIR COMODO

Por las piadosas relaciones de «Los Hechos de los Apóstoles» y de «El Año Cristiano», el lector conocerá, sin duda alguna, el fin heroico de los mártires, cuya sangre, al decir de Tertuliano «fué semilla de nuevos defensores de la fe».

La muerte horrible de esos santos que—en punto a sufrimientos materiales—sirve de «pendant» al libro no menos piadoso, sobre «La horrible muerte de los perseguidores», como para indicar que en este mundo los buenos y los malos suelen sufrir las mismas penas, merece ser meditada más que nunca en estos tiempos de abatimiento del espíritu y abandono de los principios y creencias.

Ante el ídolo falso del Gobierno, más cruel que la Astarthé púnica y más seductor, aún, que la Venus Citerea, porque esgrime en una mano la amenaza de la espada y brinda en la otra el cuerno de la abundancia, los hombres y los partidos han olvidado sus ideales para ofrecer incienso al dios del Presupuesto y de la fuerza.

La veneranda Constitución del 33, el régimen parlamentario, la unión de la Iglesia y el Estado, la libertad de opiniones, el derecho de propiedad, que fueron antes bases de partidos, puntos inamovibles de programas,

banderas de batalla electoral, han sido entregadas, ahora, sin resistencia ni protestas.

—No hay ambiente, dicen unos.

—La oposición es imposible, agregan otros.

—El Gobierno dispone de la fuerza, es dueño sin contrapeso de la vida y de la hacienda—afirman sentenciosamente algunos.—Oponerse a sus designios sería perturbar gravemente la economía nacional y, por lo tanto, los negocios, dar motivo para nuevos atropellos y retardar «la vuelta a la normalidad».

Ni siquiera hay valor para excusar la inercia, con el sueño de piedra de la estatua a cuyo pie grabara Miguel Angel:

Caro m'e'l sonno e piu l'essër di sasso
Mentre che'l danno e la vergogna dura;
Non veder, non sentir m'e gran ventura,
Pero non mi destar, deh! parla basso! (1).

Aquí la gente está despierta «mientras el mal y la vergüenza dura», no pide que respeten su reposo, tiene los ojos muy abiertos, y acude con sonrisa de conejo, al sepelio de sus más caros ideales.

Yo no se qué le habrá pasado al cristianismo, si sus mártires hubieran participado de las ideas de avenimiento, y sumisión al César, que dominan en 1925. Sin duda alguna Jesucristo para salvar su religión habría necesitado hacer un nuevo milagro.

(1) Me es grato el sueño y más el ser de piedra
Mientras el daño y la vergüenza dura;
No ver y no sentir me es gran ventura;
Pero no me despiertes, ¡Habla bajo!

Acaso «El Año Cristiano» no se habría atrevido tampoco, a consignar en sus páginas teñidas con la sangre de Tarcicio, Sebastián, Dionisio y Catalina, la historia de ese mártir avenible, sumiso a las opiniones del pretor, dispuesto a la transacción en sus principios, y resuelto a sacrificar cualquier idea a trueque de evitarse una molestia.

Es fácil de imaginarse, sin embargo la historia de ese santo confesor inspirado en el ambiente positivo y práctico de nuestra época, y trasladado de repente al siglo de Nerón y de Calígula.

La historia del mártir Cómodo—creo que el nombre es bien romano—merece unas cuantas líneas, aunque queden fuera del Martirologio.

El mártir Cómodo se negó siempre a ocultarse en las sombrías catacumbas. No es que quisiera desafiar la autoridad, exponiéndose a las persecuciones y a la muerte, sino, simplemente, porque le gustaba más tomar el sol junto a los pórticos, imponerse de los rumores y noticias que circulaban en el foro, y solazarse algunas horas en las Termas: Odiaba las catacumbas por oscuras e insalubres.

Por otra parte, le disgustaba profundamente ese consorcio con los canteros del Aventino, los esclavos, los pescadores del Tíber, y los proletarios mal olientes y sucios de la Suburra. Quien se mezclaba con ellos se exponía a ser mirado como subversivo. Y él tenía ideas claras y precisas acerca de la facultad que asiste a los gobiernos para matar a los menesterosos.

Para él, la primera condición de un mártir «bien» era cierta ductilidad en sus opiniones, único medio de mantener íntegramente los dogmas y la propiedad privada

inherentes a la personalidad y, por lo tanto, dignas de ser conservadas con tanto esmero como ella.

A pesar de estas ideas, Cómodo fué víctima de las persecuciones.

Un día en la taberna de «Los Dios curos» un decurión medio borracho le confesó, llorando a mares, que lo había denunciado como cristiano al Pretor Fosco.

Cómodo, con el pretexto de una cita amorosa con la suegra del Jefe de la Guardia Pretoriana, abandonó a medio beber el tercer «sócrates»—cocktail a base de Chipre con amargo de Cicuta—y salió desafortado a buscar a dos amigos de Calígula, a fin de que el gobierno, ejerciendo sus legítimas influencias sobre el poder judicial del Pretor Fosco, lo dispusiera a la benevolencia.

Después de mil juramentos por Pólux y las Tres Gracias, de su admiración al César y de que «solo por afición artística había recogido una especie de amuleto en forma de crucecita, cuando fué ájusticiado un subversivo», Cómodo dejó la casa de los amigos del Gobierno, quienes le aconsejaron fuera a hablar con Lelio.

El tal Lelio era un efebo del Pretor. Le regaló la cruz que conservaba a trueque de obtener que el Pretor Fosco, se apartara de su costumbre inveterada de aplicar tormento a los comparecientes para dar más fuerza y autenticidad a sus declaraciones.

—Yo nunca fuí cristiano ¡Te lo juro por los brazos sacrosantos de la Venus de Milo!—dijo Cómodo—El Pretor no tiene para qué hacer trabajar al esclavo de los cepos, dando vuelta a una rueda tan pesada. Es como se dice ahora, un rodaje innecesario.

¿Me ayudarás con el Pretor?

—¡Palabra de hombre!—respondió el efebo.

Ya en la vía, Cómodo se restregó las manos satisfecho.

—Hasta ahora no me desdigo de mis creencias. Le juré no ser cristiano por los brazos de la Venus de Milo; pero como ésta no los tiene...

Y esperó tranquilo el momento del llamado judicial.

Al día siguiente a la hora tercia llegaron los lictores.

No tardó más en salir que el tiempo indispensable para buscar un incensario y llenarlo de sustancias aromáticas.

Sin embargo, en esos cuantos minutos, tuvo tiempo para ofrecer a los lictores dos copas de falerno, y hablarles de «un juramento hecho a Dionisio de sacrificarle una vaquilla blanca y de obsequiar, al día siguiente, un vaso de Corinto a todos cuantos hubieran cruzado esa mañana sus umbrales, si nadie lo veía atravesar la ciudad con hombres de armas...»

Los lictores para no perjudicar a Dionisio, le dijeron que se fuera por su cuenta hasta el Pretorio.

Un grupo de cristianos harapientos, destacándose como una mancha negra, en la blancura del pórtico, aguardaba allí desde el amanecer la llegada del mártir.

Cómodo afectó no verlos y penetró sereno e indiferente, jugando con su incensario.

Media hora después, salía sonriente y satisfecho. El joven Lelio, hermoso como un dios, le alcanzó para entregarle el incensario que dejara olvidado ante el altar de Júpiter.

Cómodo hizo una seña a los cristianos que, aún con la angustia y el espanto retratado en sus rostros maçilentos, le acompañaron hasta un sucucho del Trans-Tíber!

—¡Uf! ¡Qué ciudad!—decía Cómodo—¡Roma está perdida! La autoridad no respeta las ideas, no hay libertad

de conciencia, ni de opinión, ni de palabra! ¡Si no ofrezco tan luego incienso a Júpiter y abomino de todas mis creencias, ese bruto del Pretor me sumerge para siempre en el Tulianum! ¡Qué animal! Por fortuna se topó con un hombre que comprende las realidades de la vida... Si esto mismo le pasa a Pablo de Tarso, o al Diácono Lorenzo o a cualquier otro correligionario de esos que gritan y defienden sus ideas, sin considerar que estamos en un país sin libertades, lo entregan al martirio y, a estas horas, teníamos ya dos cristianos menos. ¡La religión no puede progresar de esa manera! Hay que ver que estamos en un régimen abusivo y por lo tanto, anormal y transitorio. Es preciso transigir con los acontecimientos, en tanto viene la normalidad. Ahora no hay ambiente para nada. Menos mal, que todavía quedamos algunos mártires dispuestos a buscar avenimiento y transacción con las autoridades... Yo mismo acabo de hacer una componenda bastante favorable para nuestra causa... El Pretor—que no es tampoco esa fiera que nos pintan—después que dejé al ídolo más ahumado que un jamón, me confió que su temor al libertarme consistía en que no hubiera cristianos suficientes para el circo... ¡Un escrúpulo muy comprensible en una autoridad! Yo, entonces, para obviar esta dificultad, le propuse que apresara al santo Obispo Flavio que, al fin y cabo, es hombre viejo, ama el martirio y, dada la decrepitud en que los tienen los ayunos y el cilicio, no ha de vivir más de dos años... Va a ser casi una muerte natural. ¿Creerán ustedes? El muy bruto del Pretor, me aceptó la transacción con todo gusto. ¿Qué les parecería que en la próxima sesión de las catacumbas propusiéramos un voto de aplauso al Pretor Fosco por su espíritu de franco aveni-

miento para arreglar estas cuestiones político-religiosas?

Cuando Cómodo terminó de hablar no había ningún cristiano cerca.

Es probable que algunos se hubieran ido a prevenir al santo Obispo y a ocultarlo; pero de seguro, el resto había vuelto al Pretorio a tributar un aplauso al noble Fosco y a pedirle algún empleo, siquiera fuese modesto, a las ordenes del César.

Por su parte, el mártir regresó al Foro como de costumbre, y allí se impuso con honda indignación de unos letreros sediciosos escritos la noche antes con carbón en la paredes del templo de Mercurio. En ellos se criticaba acervamente al César por el último nombramiento consular recaído en la persona de su caballo Incitatus.

—No hay paciencia!—exclamaba el mártir Cómodo. Una cosa es la libertad de pensamiento y otra oponerse sistemáticamente a cuanta resolución tome el gobierno. Un caballo, por andar en cuatro pies, no es más bestia que otros muchos funcionarios nombrados, sin protestas ni escándalos, por las administraciones anteriores... El nombramiento podrá no ser muy acertado; pero es legal en todo caso. ¿Que ley prohíbe a los caballos ocupar un cargo público? ¿Existe, acaso, incompatibilidad entre las funciones de equino y las de cónsul? De todos modos no debió empequeñecerse la cuestión personalizando el ataque en Incitatus. Yo, por cierto, no estoy siempre de acuerdo con todas y cada una de las medidas del gobierno; pero creo que éste debe proceder con mano de hierro en contra de los autores de esas publicaciones que no logran sino exacerbar los ánimos en contra de la autoridad y obligarla a mantener el régimen anormal de

represión y fuerza en que hoy estamos. ¡Hay que sacrificar un poco los principios si se quiere volver a la normalidad!

Ocho días después de este discurso, Cómodo se impuso de la muerte del santo obispo Flavio devorado por un tigre de Hircania en el último espectáculo del Circo.

—¡Tenía que pasarle!—se dijo—¡De seguro no ha querido transigir en sus creencias! Es de inconsciente, no darse cuenta de que la autoridad tiene la fuerza y tratar de resistirla con ideales! Yo no siento la cuestión por el obispo,—dueño es él de dejarse devorar por la pantera, el león o el oso que le plazca,—pero no tiene derecho a perjudicarnos a todos los demás con sus peroraciones y protestas que no hacen más que agriar el ánimo del César. ¡A ese paso no vamos a volver nunca a la normalidad!

Y el Mártir Cómodo, con su sistema de dar siempre la razón al poderoso, vivió muchos, muchos años; pero murió esperando la normalidad.

Sin embargo, ésta existía; porque la normalidad era el gobierno despótico del César.

¡Quiera Dios que al imitar al Mártir Cómodo, no corramos igual suerte que la suya!

Julio 16 de 1925

ÍNDICE

	Pág.
Estas crónicas.....	v
La viruela artificial.....	1
Habla el mono de Voronoff.....	5
Un matadero oficial.—Notas duelísticas.....	9
Un plan.....	13
Partido fabuloso.....	16
Al margen del divorcio.—Excepciones desgraciadas.....	18
El amigo anecdótico.....	21
Situación legal del cadáver.....	24
El último lance.....	28
Desnudo y vestido.....	31
Carta abierta a don Aquiles Vergara.....	34
Sismología Doctrinaria.....	38
Renovando valores.—Nuestro programa.....	41
Prolongación de la vida.....	44
Tutenkhamen.....	47
Académicos.....	51
Portales quiere marcharse.....	54
Una defensa académica.....	58
¡Paso al frac!.....	62
La locura del box.....	65
Lo que vale una vida.....	69
Con el Plesiosauro.—Diez minutos de charla.....	74
Reportajes bíblicos.—Eva habla sobre la moda.....	78
Don Tomás y el divorciado.....	84
Un duelo primaveral.....	87
Carta a don Cristóbal Colón.....	91

	<u>Pág.</u>
La desinfección metódica.—Carta de una cobradora.....	95
Y va de fábulas.....	99
Falta otra colecta.....	103
Examinadores típicos.—Recuerdos.....	106
Recuerdos estudiantiles.—Los editores.....	111
Incomprensibles y pasantes.....	114
En el año 1970.....	118
El delirio del divorcio.....	123
Impulsos bolivianos.....	127
Una empresa original.....	131
Ti-Chan-Fu.....	134
Suma para igualar.....	138
Por patriotismo.....	142
Nuestros records.....	145
Como el Fisco.....	148
Ventaja de los exámenes.....	152
Proyectos matrimoniales.....	155
La bofetada científica.....	158
Carta a Mr. Kemmerer.....	162
Herodes rehabilitado.—Lo que dice un editorial de su época.—La matanza de inocentes y su día.....	166

ALESSANDRI

Cupido en el Ejército.....	175
La noche mil y dos.....	179
De subversivo a subversivo.—Carta a Santiago Labarca.....	184
Presidente maquinista.....	189
Su mejor amigo.....	193
El disfraz.....	197
Las seis mil palabras.....	200
Presidente ecuestre.....	203
La que faltaba!.....	210
El licenciado.....	213
Charlas de restaurant.....	217
La protesta de Rapa Nui.....	221
¡Un Presidente intolerable!.....	225

	<u>Pág.</u>
El capitán conspira.....	229
¡Viva Alessandri!.....	234
El regreso.....	237
Ventajas de la censura.....	241
¿Y nosotros?.....	244
Carta a mi censor.....	247
Que se salve.....	250
En mangas de camisa.....	253
Exceso de precauciones.....	256
Despedida.—A mi censor y amigo el capitán don Alejandro Lazo.....	260
Que se publique.....	263
El Chile nuevo.....	266
Máximas de un mandarín.....	270
Carta al Príncipe de Gales.....	274
El Mártir Cómodo.....	277

